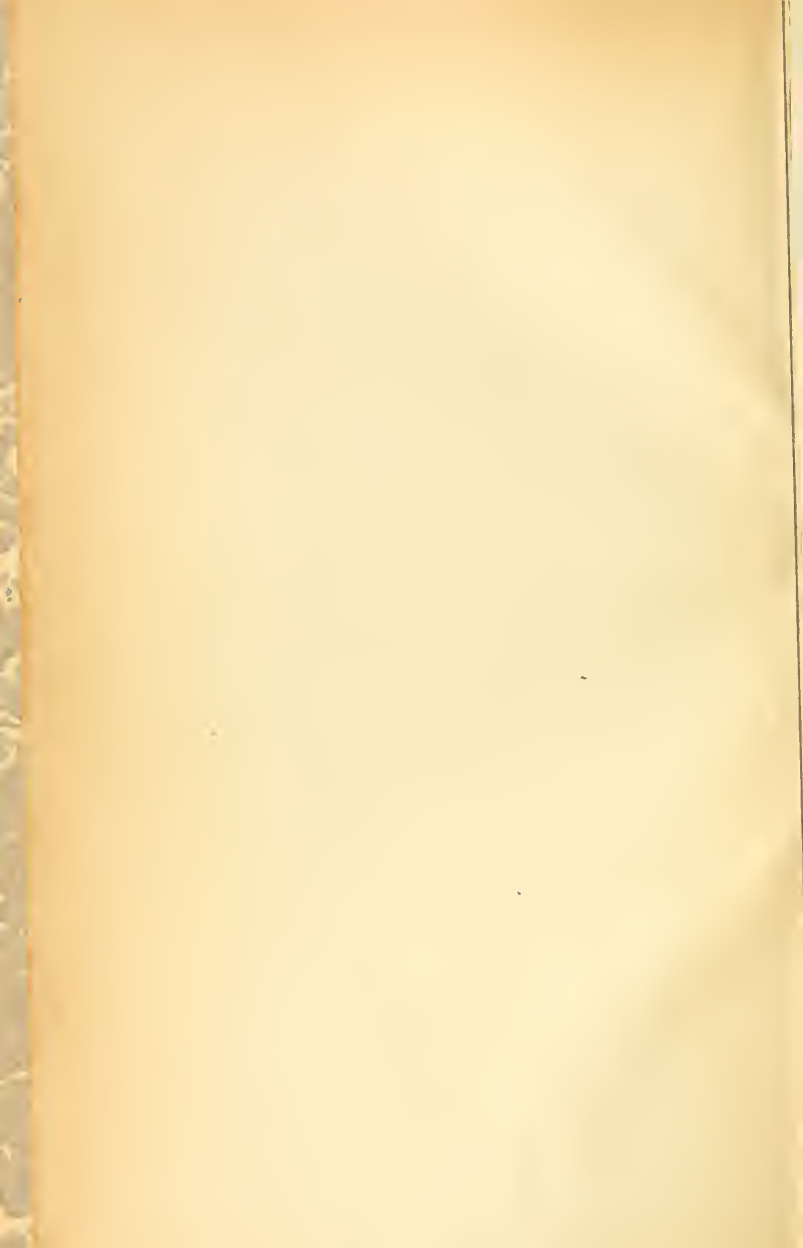








HISTORIAS DE AMOR



DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

HISTORIAS DE AMOR



PARÍS
CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6





OCTAVIA SANTINO

OCTAVIA SANTINO



OCTAVIA SANTINO

El pobre mozo permanecía en la actitud de un hombre sin consuelo, sentado delante de la mesa donde había escrito las « Cartas á una querida », aquellos versos eróticos, inspirados en la historia de sus amores con Octavia Santino. Conservaba la abatida cabeza entre las manos, y sus dedos flacos y descoloridos, desaparecían bajo la alborotada y obscura cabellera, á la cual se asían, de tiempo en tiempo, coléricos y nerviosos. Cuando se levantó para entrar en la alcoba, donde la enferma se quejaba débilmente, pudo verse que tenía los ojos escaldados por las lágrimas. Hacía un año que vivía con aquella mujer. No era ella una niña, pero sí todavía hermosa; de regular estatura y formas esbeltas; con esa morbidez fresca y sana que comunica á la carne femenina el aterciopelado del albérchigo, y le da grato sabor de madurez. Supiera hacerse amar, con ese talento de la querida que se siente envejecer, y conserva el corazón, joven como

á los veinte años; ponía ella algo de maternal en aquel amor de la decadencia; era el último, se lo decían bien claro los hililllos de plata que asomaban entre sus cabellos castaños, los cuales aún conservaban la gracia juvenil.

Un momento se detuvo Perico Pondal en la puerta de la alcoba. Era triste de veras, aquella habitación silenciosa, solemne, medio á obscuras; envuelta en un vaho tibio, con olor de medicinas y de fiebre.

La llama viva de la chimenea, arrojaba claridades trémulas y tornadizas sobre el contorno suave y lleno de gracia, que el cuerpo de la enferma dibujaba á través de las ropas del lecho. Lo primero que se veía al entrar era una cabeza lívida, de mujer hermosa, reposando sobre la blanca almohada. Pondal sintió que sus ojos volvían á llenarse de lágrimas, ante aquel rostro, que parecía no tener gota de sangre, y en el cual las tintas trágicas de la muerte empezaban á extenderse; pero vió que Octavia le miraba, llamándole á su lado con una triste sonrisa, y trató de sonreir también, para tranquilizarla. Llegóse al lecho; y tomando dulcemente la mano que la enferma dejaba colgar fuera, la retuvo entre las suyas, besándola en silencio, porque la emoción apenas le dejaba hablar. Ella le acarició la mejilla como á un niño, murmurando.

— ¡ Pobre pequeño !... ¡ cuánto siento dejarte !...

— ¡ No, no; tú no me dejas, porque yo me iré contigo...

En el rostro del joven se reflejaban las sacudidas nerviosas que le costaba no estallar en sollozos. Octavia le miró un momento, y atrayéndole á sí, prodigóle las palabras más tiernas. Después, devorándole con sus ojos febriles, y oprimiéndole la mano murmuró :

— ¿ Sabes qué día es mañana, Pedro?

Él contestó con la voz llena de lágrimas :

— No ¿ qué día es?

— Mañana hace dos años que nos hemos conocido. ¿Te acuerdas? ¡ Quién te había de decir entonces, que tendrías que cuidarme, mi pobre pequeño !... ¡ Pero por Dios no te aflijas ! ¡ Háblame ! ¡ háblame !... ¡ Dime que te acuerdas de todo !...

En el silencio y la obscuridad de la alcoba' el murmullo dela voz tenía algo de la solemnidad de un rezo. Perico muy conmovido gritó :

— ¡ Sí, me acuerdo ! ¡ me acordaré toda la vida ! ! !

Fué aquél un grito salido de lo más hondo del alma. Desde entonces ya no pudo contenerse por más tiempo, y se puso á sollozar como un niño.

— ¡ Octavia ! ¡ Octavia !... ¡ Alma mía !... ¡ queridita mía !... ¡ No me dejes sólo en el mundo !

Y sellaba con pasión sus labios sobre la mano de la enferma, una mano hermosa y blanca, húmeda ya por los sudores de la agonía.

Ella cerraba los ojos, suplicándole que callase.

— Mira, encanto; si no debes sentirme de ese modo. ¿Qué era yo para ti más que una carga? ¿no lo comprendes? Tú tienes por delante un gran porvenir. Ahora, luego que yo me muera, debes vivir solito; no creas que digo esto porque esté celosa; ya sé que á muertos y á idos.... Te hablo así, porque conozco lo que ata una mujer. Tú, si no te abandonas, tienes que subir muy alto. Créeme á mí. Pero Dios que da las alas, las da para volar uno sólo. ¿Sí, mi hijito? Después que hayas triunfado, te doy permiso para enamorarte....

Intentó sonreir para quitar á sus palabras la amargura que rebosaban. Pondal le puso una mano en la boca.

— No hables así, Octavia, porque me desgarras el corazón. Tú vivirás, y volveremos á ser felices.

— ¡ Aunque viviese, no lo seríamos ya!

Su voz era tan débil que no parecía sino que ya hablaba desde el sepulcro. En aquella conversación agónica, que podía ser la última, todo el pasado de sus relaciones

volvía á su memoria, y á pesar de la sonrisa resignada que contraía sus labios descoloridos, conocíase cuánto la hacía sufrir este linaje de recuerdos. Perico, sentado al borde de la cama, con la cabeza entre las manos, suspiraba en silencio. El, también recordaba otros días, días de primavera, azules y luminosos; mañanas perfumadas: tardes melancólicas; horas queridas : paseos de enamorados que se extravían en las avenidas de los bosquecillos, cuando los insectos zumban la ardiente canción del verano, florecen las rosas, y las tórtolas se arrullan sobre las reverdecidas ramas de los robles. Recordaba los albores de su amor, y todas las venturas que debía á la moribunda. Sobre aquel seno de matrona, perfumado y opulento, ¡había reclinado tantas veces en delicioso éxtasis, su testa orlada de rizos, como la de un dios adolescente! ¡ aquellas pobres manos, que ahora se enclavijaban sobre la sábana, tenían jugado tanto con ellos!... Y al pensar en que iba á verse sólo en el mundo; que ya no tendría regazo donde descansar la cabeza ni labios que le besasen ni brazos que le ciñesen ni manos que le halgasen; tropel de gemidos y sollozos subíale á la garganta, y se retorcía en ella, como rabiosa jauría.

— ¡ Señor! ¡ Señor!... ¡ No me la lleves! ¡ Sé bueno!...

Y Perico, conteniendo trabajosamente las

lágrimas, se puso á rezar, como un niño que era. ¿Por qué no había de hacer Dios un milagro? Y esta esperanza postrera, tan incierta, tan lejana, apoderándose de su pobre corazón, el recuerdo de la infancia en el hogar paterno, donde todas las noches se rezaba el rosario.... ¡ Ay ! ¡ fué al deshacerse aquel hogar, cuando conociera á Octavia Santino !...

Aunque mozo de veinte años, Perico Pondal, no pasaba de ser un niño triste y romántico, en quien el sentimiento adquiría sensibilidad verdaderamente enfermiza. De estatura no más que mediana; ademán frío, y continente tímido y retraído, difícilmente agradaba la primera vez que se le conocía; — él mismo, solía dolerse de ello, exagerándolo, como hacía con todo. — Apuntábale negra barba, que encerraba, á modo de marco de ébano, un rostro pálido y quevedesco. La frente era más altiva que despejada; los ojos más ensoñadores que brillantes. Aquella cabeza prematuramente pensativa, parecía inclinarse impregnada de una tristeza misteriosa y lejana. Su mirar melancólico, era el mirar de esos adolescentes, que, en medio de una gran ignorancia de la vida, parecen tener como la visión de sus dolores, y de sus miserias.

Octavia parecía dormitar; inmóvil, pálida como la muerte, con los cabellos sueltos

sobre la almohada. En los labios de Perico, vagaba el mosqueo igual y continuado de un rezo. Poco á poco su amiga abrió los ojos, y los fijó en él con vago espanto.

— ¿Qué haces?... ¿rezas?

Perico dijo que no; y la enferma procurando sonreir, le hizo seña de que se acercase :

— Esta mañana, poco después de haber salido tú, he tenido una visita.... Las hijas del general Rojas; dos niñas de quienes fuí institutriz.

Aquí tuvo que hacer una pausa y luego añadió :

— Una de ellas, Isabelita, viendo tu retrato, me preguntó si era mi novio.... Las inocentes no saben que vivo contigo.... Venía con ellas un sacerdote : el capellán de la casa, según creo.... Se sentó ahí, donde tú estás, y me estuvo hablando largo rato. ¡ Si vieras qué trabajos pasé para engañarle!... Luego temía que tú llegases y te viesen!...

Hubo de interrumpirse nuevamente. Suspirando, clavó los ojos en un crucifijo que había á los pies del lecho, y sin desviarlos ya, acabó en voz mucho más apagada :

— ¡ Ah ! ¡ es un santo ese sacerdote ! ¡Con tanto cariño me indicaba que debía confesarme !... Decía que no se debe esperar al último momento; que conviene hacerlo aun

cuando el mal no sea grave.... ¡ Te digo que es un santo !...

Perico, encorvándose sobre ella, preguntóle con afán :

— ¿Entonces, quieres que venga un confesor? Yo también había pensado en ello.... Gravedad no la hay, eso no....

La enferma vaciló un momento; luego volviendo á él los hermosos ojos, nublados por la calentura, exclamó con dolorosa resolución :

— ¡ No, no !... ¡ Prefiero condenarme así !... ¡ Anda, dame un beso !

Y exhalando un gemido, avanzaba el rostro y le presentaba la boca. Perico la miró asombrado.

— Pero ¿ por qué no quieres?

Octavia sollozó :

— ¡ Ay ! Cuando entrase el sacerdote, tú tendrías que irte; que salir de esta casa; que no volver ya... Diría que es pecado... ¡ No ves que soy tu querida !... ¡Y yo quiero verte, tenerte siempre á mi lado ! ¡ Pedirte perdón ! ¡ Lo demás no me importa nada !

Quiso arrojarse del lecho y Perico la sujetó suplicándole que se calmase. Sollozaba prometiendo casarse con ella.

— ¿Ves? este es el resultado.... ¡ Ya me lo temía ! ¿Pero qué tienes? ¿No comprendes que así te pones peor? ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! Yo tengo la culpa.

Octavia exánime y jadeante, había caído sobre la almohada. Sintió un ahogo que la privó de respiración un instante, y ocultando la frente en las almohadas, rompió á llorar amargamente. En vano su amante trató de consolarla. Ella sentíase conmovida ante el afecto de aquel niño; y la conciencia le remordía, como si no le hubiese amado bastante. Cediendo á sus ruegos descubrió el rostro, y las lágrimas siguieron cayendo de aquellos ojos de tan puro azul, pero silenciosas, sin gemidos ni sollozos. Se miraron inmóviles los dos, con las manos enlazadas, como si fuesen á hacerse un juramento. La mirada que cambiaron, era la despedida muda, solemne, angustiosa que se dan dos almas al separarse; era la evocación de sus recuerdos; todo el pasado de aquel amor, al cual iba á poner término la muerte. Las lágrimas corrieron más abundantes de los ojos de Octavia, y algo intolerable y mortificante sintió en el corazón :

— ¡ Qué no haría yo para que no me llorase mi pobre pequeño !...

Había vuelto á esconder la cabeza en las almohadas, sollozando tan bajito, que apenas se la oía.

Pondal se inclinó y puso sus labios en los cabellos de Octavia, besándolos suavemente, recorriendo toda la trenza. Estuvo así larguísimo rato, susurrando palabras cariño-

sas que producían en la enferma estremecimientos convulsivos y dolorosos. Se inclinó un poco más, y levantando con cuidado, como una reliquia, aquella adorada cabeza, la obligó á que le mirase. Ella clavó en él con extraordinaria tristeza las pupilas, que parecían más grandes y más bellas por efecto de la demacración del rostro, y los dos permanecieron mudos, tratando de leerse los más escondidos pensamientos : Perico fué el primero en hablar.

— ¿Qué tienes? ¿no me dices?

Los labios de la enferma se agitaron apenas.

— Pedro....

— ¿Qué, mi pobrecita?

— ¡ Quiero que me prometas una cosa !

— Cuantas quieras.

— Que en ningún caso me dejarás morir sola.

— ¿Qué dices Octavia?

— ¿Lo juras?

— ¡ Lo juro !... ¡ pero eso es una locura que á nada viene !

— ¡ Cállate, por Dios ! Me haces un daño horrible.... ¡ Calla !

Se cubrió los ojos, como si la llama de la chimenea le molestase, y añadió :

— Después te diré eso.... No quiero que mi muerte te haga sufrir.

Creyó Pondal que la enferma deliraba, y nada dijo. Ella siguió musitando :

— ¡ Sin embargo, te he amado mucho, Pedro !... ¡ mucho ! ¡ mucho !... ¡Bien lo sabe Dios !....

— ¡ Y yo también lo sé !...

— ¡ No ! ¡ no !... ¡ Tú no lo sabes !...

Experimentó una rápida conmoción, y se quedó lívida y distendida, como si fuese á morir. Cuando hubo cobrado ánimo, añadió :

— ¡Hubiese sido yo tan feliz sin este torcedor ! No; no quiero que me llores; no quiero...

— Pero Octavia, ¿qué tienes? ¡ tú deliras ! Te suplico que calles, ¿no me oyes, Octavia querida? Te lo suplico....

Se dejó caer en el sillón que había arrimado al lecho, y tomó la mano que Octavia tenía sobre el arrugado doblez de la sábana.

— Ahora te prohibo hablar, y si no me obedeces, ya lo sabes, me voy.

Octavia oprimió suavemente la mano de su amigo procurando sonreir, pero la mueca que hizo en la tentativa, resultó espantable. Después quedóse como dormida, pero sólo fué un momento; en seguida abrió los ojos sobresaltada, como si saliese de una pesadilla, y extendió las manos palpando con avidez la cabeza de su amante.

— ¿Estás ahí Perico? ¡ no te veo !

— ¡ Sí, aquí estoy mi vida !

Perico separó los cabellos empapados de

sudor que obscurecían la frente de la enferma, y depositó en ellos un largo beso, lleno de amor y de tristeza. Después, volviendo á sentarse, empezó á decir :

— Esta mañana encontré á Corsino Infante, que me preguntó por ti: le dije que no estabas bien, y prometió venir á verte.

Octavia gimió sordamente.

— ¡ No, no ! ¡ que no venga !

— ¿Pero por qué, hija? ¡ Vamos, no seas así ! Si no quieres hacer lo que él recete no lo haces.... Verdaderamente no viene más que como amigo.... Yo sin embargo, entre Corsino y tu doctor Cuevas, no vacilaría.... Ya has visto lo que pasó en mi enfermedad; Corsino fué el único que estuvo un poco acertado... ¡ El doctor Cuevas es un practicón, nada más; é Infante ha estudiado mucho !....

Y Perico, endulzaba la voz para no disgustar á la enferma.

— Pero tú no le quieres bien, y eres ingrata; de verdad que sí.

Octavia, que parecía sufrir mucho, balbuceó con creciente anhelo :

— ¡ Calla !... ¡ calla ! ¡ ¡ Por la Virgen María no me acongojes ! ! !

Un enorme gato de pelambre chamuscada y amarillenta que dormía delante de la chimenea, despertóse, enarcó el lomo erizado, sacó las uñas, giró en torno con diabólico maleficio, los ojos fosforescentes y

fantásticos y huyó con menudo trotecillo. Octavia estremecióse, poseída de uno de esos terrores supersticiosos que experimentan las imaginaciones enfermas, y se incorporó, apoyada en el borde del lecho, mirando anhelante; fué menester que Pondal, á la fuerza, la obligase á acostarse, colocándole suavemente la cabeza en el centro de la almohada; ella parecía no verle; tenía la mirada vaga, y respiraba fatigosa con el semblante contraído. Su amante la miraba, sin ser dueño de contener las lágrimas; por un formidable esfuerzo de la voluntad se serenó, para preguntarle qué tenía; no contestó Octavia, y él insistió :

— ¿Sufres mucho?

La enferma abrió los ojos, que se fijaron con extravío en los objetos; agitáronse sus labios, pero fueron tan apagadas y confusas las palabras que salieron de ellos, que casi no rozó su aliento el rostro de Perico, que se inclinaba sobre ella, para oir mejor; sin embargo, á él le pareció que Octavia decía :

— ¡ No puedo ! ¡ no puedo !... me remuerde...

Y la vió temblar en el lecho; el rostro demudado y convulso. Luego quedó estirada, rígida, indiferente; la cabeza torcida; entreabierta la boca por la respiración, el

pecho agitado. Pondal permanecía en pie; irresoluto, sin atreverse ni á llamarla ni á moverse, por no turbar aquel reposo que le causaba horror. Entenebrecido y suspirante volvió á sentarse junto al lecho, la barbeta apoyada en la mano, el oído atento al más leve rumor. Allá abajo, se oía el perpetuo sollozo de la fuentecilla del patio, unas niñas jugaban á la rueda; y los vendedorcillos de periódicos pasaban pregonando las últimas noticias de un crimen misterioso. La habitación empezaba á quedarse completamente á obscuras, y Pondal se levantó, para entornar los postigos del balcón que estaban cerrados. Era la tarde de esas adustas é invernales, de barro y de llovizna, que tan triste aspecto prestan á la vieja ciudad. Siniestras ráfagas plomizas y lechosas pasaban lentamente ante los cristales que la ventisca azotaba con furia. Dos aguadores sentados sobre sus cubas, aguardaban la vez, entonando una canción de su país. Perico no entendía la letra, que tenía una cadencia lánguida y nostálgica, pero, con aquella música, sentía poco á poco penetrar en su alma supersticioso terror. Creyó oir la voz de Octavia, y volvió vivamente la cabeza. La enferma se había incorporado en las almohadas, y le llamaba con la angustia pintada en el semblante. Él corrió al lado de ella.

— ¿Qué tienes?....

— Creo que voy á morirme. Escucha, no debes llorarme, porque....

Calló temblando; la huella de sus ojeras se difundió por toda la mejilla; agitáronse sus labios como si fuese á llorar, sus facciones acentuáronse cada vez más cadavéricas y los dientes se entrechocaron; pero luego, levantándose loca, gritó :

— ¡ No; no debes quererme ! ¡ Te he engañado ! ¡ He sido mala !

Pondal la miró estúpidamente, mientras en sus labios, trémulos y sin color, se dibujaba esa sonrisa tirante y angustiosa que algunos reos tienen sobre el cadalso; pero aquello no duró más que un momento, por que en seguida, como si volviese en sí gritó :

— ¿Qué dices Octavia? ¡ eso no puede ser ! ¡ es imposible !

— No, no; ¡ pero espera ! ¡ te quiero !... me lo has prometido !...

Pondal, encorvado sobre la moribunda, la sacudía brutalmente por los hombros, repitiendo :

— ¡ Habla ! ¡ habla ! ¡ dime que no es verdad ! ¡Dime quién es él ! ¡ Habla !

Octavia le miró con expresión sobrehumana, dolorida, suplicante, agónica; quiso hablar, y su boca sumida y reseca por la fiebre se contrajo horriblemente; giraron en las cuencas, que parecían hundirse por momentos, las pupilas dilatadas y vidrio-

sas; volviósele azulenca la faz; espumajaron los labios, el cuerpo enflaquecido extremecióse, como si un soplo helado lo recorriese, y quedó tranquila, insensible á todo, indiferente, lleno del reposo de la muerte.

Pedro Pondal, clavándose las uñas en la carne, y sacudiendo furioso la melena de león, sin apartar los ojos del cuerpo de su querida, repetía enloquecido :

— ¿Por qué? ¿Por qué quisiste ahora ser buena?

Nublóse la luna, cuya luz blanquecina entraba por el balcón; agonizó el fuego de la chimenea, y el lecho, que era de madera, crugió....





ROSITA ZEGRI

ROSITA



ROSITA

I

Zumbador enjambre de abejorros y tábanos rondaba los grandes globos de luz eléctrica que inundaban en parpadeante claridad el pórtico del « Foreing-Club »: Un pórtico de mármol blanco y estilo pompeyano, donde la acicalada turba de gomosos y clubmanes, humeaba cigarrillos turcos y bebía cocteles en compañía de algunas damas galantes. Oyendo á los caballeros, reían aquellas señoras, y sus risas locas, gorjeadas con gentil coquetería, besaban la dorada fimbra de los abanicos que, flirteadores y mundanos, aleteaban entre aromas de amable feminismo. A lo lejos, bajo la Avenida de los Tilos, iban y venían del brazo Colombina y Fausto, Pierrot y la señora de Pompadour. También acertó á pasar, pero solo y melancólico, el Duquesito de Ordax, agregado entonces á la Embajada Española. Apenas le divisó Rosita Zegri, una preciosa que lucía dos lunares en la mejilla, quitándose

el cigarro de la boca, le ceceó con andaluz gracejo :

— ¡ Espérame, mamarracho !

Puesta en pie apuró el último sorbo del coctel y salió presurosa al encuentro del caballero, que con ademán de rebuscada elegancia, se ponía el monóculo para ver quién le llamaba. Al pronto el Duquesito tuvo un movimiento de incertidumbre y de sorpresa. Súbitamente recordó :

— ¡ Pero eres tú, Rosita !

— ¡ La misma, hijo de mi alma !... ¡ Pues no hace poco que he llegado de la India !

El Duquesito arqueó las cejas y dejó caer el monóculo. Fué un gesto cómico y exquisito de polichinela aristocrático. Después exclamó atusándose el rubio bigotejo con el puño cincelado de su bastón :

— ¡ Verdaderamente tienes locuras dislocantes, encantadoras, admirables !

Rosita Zegri entornaba los ojos con desgaire alegre y apasionado, como si quisiese evocar la visión luminosa de la India :

— ¡ Qué tierra aquella ! ¡ Más calor que en Sevilla !

Y como el Duquesito insinuase una sonrisa algo burlona, Rosita aseguró :

— ¡ Más calor que en Sevilla ! ¡ No pondero, lo menos !...

El Duquesito seguía sonriendo :

— Bueno, mucho calor... Pero cuéntame cómo has hecho el viaje.

— Con lord Salvurry. Tú le conociste. Aquel inglés que me sacó de Sevilla... ¡ Tío más borracho !

— ¿Ahora estás aquí con él?

— ¡ Quita allá !

— ¿Estás sola?

— Tampoco. Ya te contaré. ¿Tú querías que estuviese sola?

El caballero se inclinó burlonamente :

— Yo quiero todo lo que tú quieres, Rosita.

Se miraron alegremente en los ojos :

— ¡ Cuidado que estás encantadora !

— ¡ Vaya, que deseaba encontrarme con alguno de Sevilla !

Rosita Zegri no podía olvidarse de su tierra. Aquella andaluza con ojos tristes de reina mora, tenía los recuerdos alegres como el taconeo glorioso del bolero y del fandango. Sin embargo, suspiró :

— Dime una cosa : ¿Estabas tú en Sevilla cuando murió el pobre Manolillo?

— ¿Qué Manolillo?

— ¡ Pues cuál va á ser ! Manolo el Espartero.

El Duquesito hizo un gesto indiferente :

— Yo hace diez años que no caigo por allá.

Rosita puso los ojos tristes :

— ¡ Pobre Manolo !... Ahí tienes un hom-

bre á quien he querido de verdad. ¿Tú le recuerdas?

— Desde que empezó.

— ¡ Mira que tenía guapeza en la plaza !

— Pero no sabía de toros.

— ¡ Pobre Manolillo ! Cuando leí la noticia me pasé llorando cerca de una hora.

La sonrisa del Duquesito, que parecía subir enroscándose por las guías del bigote, comunicaba al monóculo un ligero estremecimiento burlón :

— No sería tanto tiempo, Rosita.

Rosita se abanicó gravemente :

— ¡ Sí, hijo !... Hay cosas que no pueden olvidarse.

— ¿Fué tu primer amor, sin duda?

— Uno de los primeros.

El monóculo del gomoso tuvo un temblor elocuente :

— ¡ Ya !... Tu primer amor entre los toreros, como yo entre los aristócratas.

— ¡ Cabal !... ¡ Cuidado que tienes talento !

Y Rosita se reía guiñando los ojos y luciendo los dientes blancos y menudos. Después, ajustándose un brazalete, volvió á suspirar. ¡ Era todavía el recuerdo de Manolillo ! Aquel suspiro hondo y perfumado, levantó el seno de Rosita Zegri como una ola de juventud fecunda. Para endulzar su pena se dispuso á saborear los confites que llevaba dentro de un huevo de oro :

— Anda, hijo, tenme un momento el abanico. Daremos una vuelta al lago, y luego volveremos al « Foreing-Club ».

Metióse un confite en la boca, y tomando otro con las yemas de los dedos, brindóselo, al Duquesito :

— Ten. ¡ No hay más !

El galán, con uno de sus gestos de polichinela, solicitó el que la dama tenía en la boca. La dama sacóle al aire en la punta de la lengua.

— ¡ Vamos, hombre, no te encalabrines !



II

Tuvieron que apartarse para dejar paso á una calesa con potros á la jerezana. Reclinadas en el fondo, riendo y abanicándose, iban dos mujeres jóvenes y casquivanas, ataviadas manolescamente con peinetas de teja, y pañolones de crespón que parecían jardines. Cuando pasaron, Rosita murmuró al oído del Duquesito :

— ¿Las conoces?

— Sí... También son españolas.

— Y de Sevilla.

— ¿No érais amigas?

— Muy amigas... Pero no está bien que me saluden á la faz del mundo. A ti mismo te permito que me hables como en nuestros buenos tiempos, porque aquí estoy de incógnito... De otra manera tendrías que darme tratamiento.

— ¿Cuál, Rosita?

— De Majestad.

— Su Graciosa Majestad.

— ¡ Naturalmente !

Desde la orilla lejana, un largo cortejo de bufones y de azafatas, de chambelanes patizambos y de princesas locas, parecía saludar á Rosita agitando las hachas de viento que se

reflejaban en el agua. Era un séquito real. Cuatro enanos cabezudos conducían en andas á un viejo de luengas barbas, que reía con la risa hueca de los payasos, y agitaba en el aire las manos ungidas de albayalde para las bofetadas chabacanas. Princesas, bufones, azafatas, chambelanes, se arremolinaban saltando en torno de las andas ebrias y bamboleantes. Todo el séquito cantaba á coro, un coro burlesco de voces roncas. La dama cogió el brazo del galán :

— Demos vuelta. No quiero lucirme contigo.

Y levantándose un poco la falda, le arrastró hacia un paseo solitario. La orilla del agua fué iluminándose lentamente con las antorchas del cortejo. Bajo la Avenida de los Tilos, la sombra era amable y propicia. En los viejos bancos de piedra, parejas de enamorados hablaban en voz baja. El Duquesito de Ordax intentó rodear el talle de Rosita Zegri, que le dió con el abanico en las manos :

— Vamos, hijo, que atentas á mi pudor.

Con la voz un poco trémula, el Duquesito murmuró :

— ¿Por qué no quieres?

— Porque no me gustan las uniones morganáticas.

— ¿Y un beso?

— ¿Uno nada más?

— Nada más.

— Sea... Pero en la mano como á las reinas.

Y haciendo un mohín, le alargó la diestra cubierta de sortijas hasta la punta de los dedos. El duquesito posó apenas los labios. Después se atusó el bigote, porque un beso, aun cuando sea muy ceremonioso, siempre lo descompone un poco :

— ¡ Verdaderamente eres una mujer peligrosa, Rosita !

Rosita se detuvo riendo con carcajadas de descoco, que sonaban bajo el ramaje de la Avenida, como gorjeos de un pájaro burlón :

— ¿Pero oye, mamarracho, has creído que pretendo seducirte.

— Me seduces sin pretenderlo. ¡ Ahí está el mal !

— ¿De veras?... Pues hijo, separémonos.

La dama apresuró el paso. El galán la siguió :

— ¡ Oye !

— No oigo.

— En serio.

— Me aburre lo serio.

— Tienes que contarme tu odisea de la India.

Rosita Zegri se de tuvo y volvió á tomar el brazo del Duquesito. Mirándole maliciosamente suspiró :

— ¡ Ay !... Está visto que nos une el pasado.

— Debíamos renovarlo.

— ¿Y mi reputación?

— ¡ Cuál reputación !

— Mi reputación de mujer de mundo. ¡ Ni que fuese yo una prójima de las que tienen un amante diez años, y hacen las paces todos los domingos ! Es de muy malísimo tono restaurar amores viejos.

El Duquesito puso los ojos en blanco, y alzó los brazos al cielo. En una mano tenía el bastón de bambú, en la otra los guantes amarillos :

— ¡ Ya estamos en ello Rosita !... Y tú me conoces lo bastante para saber que soy incapaz de proponerte nada como no sea absolutamente correcto. ¡ Pero la noche, la ocasión !

Rosita, inclinó la cabeza sobre un hombro, con gracia picaresca y gentil :

— ¡ Ya caigo ! Deshojemos una flor sobre su sepultura, y á vivir...

El Duquesito se detuvo, y miró en torno :

— Sentémonos en aquel banco.

Rosita no hizo caso, y siguió adelante :

— Me hace daño el rocío.

— Sin embargo, en otro tiempo, Rosita...

— ¡ Ah !... En otro tiempo aún no había estado en la India.

El galán alcanzó á la dama y volvió á rodearla el talle, y quiso besarla en la boca. Ella se puso seria :

— ¡ Vamos quieres estarte quieto !

— ¿Decididamente, te sientes Lucrecia?

— No me siento Lucrecia, chalado... ¡ Pero lo que pretendes no tiene sentido común !... ¡ Aquí, al aire libre, sobre la hierba !... Ciertas cosas, ó se hacen bien ó no se hacen...

— ¡ Pero Rosita de mi alma, la hierba no impide que las cosas se hagan bien !

Rosita Zegri, un poco pensativa, paseó sus ojos morunos y velados, todo á lo largo de la orilla que blanqueaba al claro de la luna. Los remos de una góndola tripulada por diablos rojos, batían á compás en el dormido lago donde temblaban amortiguadas las estrellas, y alguna dama, con la cabeza empolvada, tal vez una duquesa de la fronda, cruzaba en carretela por la orilla. Rosita se apoyó lánguidamente en el brazo del Duquesito.

— Cómo se conoce que eres hombre. ¡ Todos sois iguales ! Así oye una esas tonterías de que venimos del mono. ¡ Vosotros tenéis la culpa, mamarrachos ! A los monos también les parece admirable la hierba para hacerse carocas. Los he visto con mis bellos ojos en la India.

Y la risa volvió á retozar en los labios de Rosita Zegri, aquellos labios de clavel andaluz, que parecían perfumar la brisa.



III

El Duquesito agitaba en el aire sus guantes amarillos. Parecía desesperado :

— En otro tiempo no eras tan mirada, Rosita.

— ¡ Como que en otro tiempo aún no había estado en las tierras del sol, y no me hacía daño el rocío !

— Te desconozco.

— Achaque viejo, chiquillo. ¿Cuándo has sabido leer en mi corazón? ¡ Nunca !... Te dió siempre la ventolera por decir que te engañaba.

— ¿Y no era verdad?

Rosita se detuvo rehaciendo en sus dedos los rizos lacios y húmedos de rocío que se le metían por los ojos :

— Como verdad, sí... Pero yo te engañaba solamente con algún amigo, mientras que Leré te ha engañado después con todo el mundo. ¡ Suerte que tienen algunas ! Esa te había puesto una venda en los ojos.

El Duquesito de Ordax alzó los hombros, como pudiera alzarlos el más sabio de los estoicos :

— No creas... Unicamente que con el

tiempo cambia uno mucho. He comprendido que los celos son plebeyos.

— Todos los hombres comprendéis lo mismo cuando no estáis enamorados.

— ¡ Hoy quién se enamora !

— ¿También es plebeyo?

— Anticuado nada más.

Rosita se detuvo recogiéndose la falda, y miró al Duquesito con expresión burlona. Su risa de faunesa, alegre y borboteante, iluminaba con una claridad de nieve la rosa de su boca :

— Oye,en nuestros buenos tiempos la pasión volcánica debió ser el último grito. ¡ Mira que has hecho tonterías por mí !

— ¿Estás segura?

— ¿De que eran tonterías? ¡ Vaya !

La sonrisa del Duquesito hacía temblar el monóculo, que brillaba en la sombra como la pupila de un cíclope. Rosita se puso seria :

— ¿Vas á negarlo? Si me escribías unas cartas inflamadas. Aún hace poco las he quemado. Todo era hablar de mis ojos, á donde se asomaba el alma de una sultana, y de las estrellas negras... ¿Te acuerdas de tus cartas?

El Duquesito dejó caer el monóculo que, prendido al extremo de la cinta de seda, quedó meciéndose como un péndulo sobre el chaleco blanco :

— ¡ Ay, Rosita !... ¡ Si te dijese que todo

eso lo copiaba de los dramas de Echegaray!
¡Las mujeres sois tan sugestionables!

La mirada de Rosita Zegri volvió á vagar perdida á lo lejos, contemplando las ondas que rielaban. Sobre su cabeza la brisa nocturna estremecía las ramas de los tilos con amoroso susurro. Caminaron algún tiempo en silencio. Después Rosita fijó largamente en el Duquesito sus ojos negros, poderosos y velados. ¡Aquellos ojos á donde se asomaba el alma de una sultana!

—Oye, ¿cómo no estando enamorado eras tan celoso?

— Por orgullo. Aún no sabía que en amor á todos los hombres nos ocurren los mismos contratiempos.

— ¡Ese consuelo no lo tengas, hijo!

— ¿Qué, no somos todos engañados, Rotisa?

— No.

— ¿Tú has sido fiel alguna vez?

— No recuerdo.

— ¡Pues entonces!

Rosita le miró maliciosamente, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua:

— Qué trabajo para que comprendas. ¿A cuántos engañé contigo? ¡A ninguno!... ¡Y á mi pobre Duquesito con tantos!... Ahí tienes la diferencia.

El Duquesito cogió una mano de Rosita:

— Anda, déjame que te bese la garra.

— No seas payaso... Dime, y los versos que escribiste en mi abanico?

— De Bécquer.

— ¡ Habrá farsante !... ¡ Yo que casi riño con Carolina Otero porque me dijo que ya los había leído !

— ¡ Tiene gracia !

— No puedes figurártelo. Porque al fin me confesó que no los había leído... Unicamente que Carolina no te creía capaz.

El duquesito sonrió desdeñosamente, se puso el monóculo y contempló las estrellas que parpadeaban en el horizonte. Rosita le miraba de soslayo :

— ¡ Yo no sabía que fueses tan temible !... ¿De manera, que la tarde aquella, cuando me enseñaste un revólver jurando matarte, también copiabas de Echegaray?

— La frase de Echegaray, el gesto de Rafael Calvo.

— Por lo visto, en la aristocracia únicamente servimos para cómicos.

El Duquesito se atusó el rubio bigotejo con toda la impertinencia de un dandy.

— Y para cómicos malos. Desgraciadamente ciertos desplantes sólo conmueven a los corazones virginales.

Rosita le amenazó con el abanico.

— ¡ Calla, chalado !... Eso no lo oirás por mí.

IV

Un grupo de muchachas alegres y ligeras pasó corriendo y persiguiéndose con risas y gritos. Entre sus cabellos sueltos y sus faldas crujientes, traían una brisa de jardín. Era un tropel airoso y blanco que se desvaneció en el fondo apenas esclarecido, donde la luna dejaba caer su blanca luz. La dama se detuvo y alargó su mano al galán .

— Aquí termina nuestro paseo. Encantada de tu compañíia.

Y Rosita Zegri despedía al Duquesito de Ordax haciendo una cortesía principesca. El Duquesito aparentó sorprenderse :

— ¿Qué te ha dado, Rosita?

— Nada. Veo la iluminación del « Foreing-Club », y no quiero lucirme contigo.

— ¿Te has enojado por lo que dije?

— No, por cierto. Siempre me había figurado eso...

— ¿Entonces, qué?

— ¡ Entonces, nada! Que me aburre la conversación y prefiero terminar sola el paseo. Quiero ver cómo la luna se refleja en el lago.

— ¿Te has vuelto poética?

— No sé...

— Luna, lago, nocturnidad.

— ¡ Qué quieres ! Eso me recuerda las verbenas del Guadalquivir. En ciertos días me entra un aquel de Sevilla, que siento tentaciones de arrancarme por Soledades. Te lo digo yo : el único amor verdad es el amor patrio.

El Duquesito no tuvo la osadía de reirse. Había oído lo mismo infinitas veces á todos los grandes oradores de España. Sin embargo, movió la cabeza en señal de duda :

— ¿ Y dónde dejas el amor maternal, Rosita?

Rosita suspiró :

— Por ahí no me preguntes, hijo. Yo no he conocido á la pobrecita de mi madre. Tengo oído que ha sido una mujer de aquellas que dan el ole.

Y Rosita Zegri permaneció un momento con las manos en cruz, como si rezase por aquella madre desconocida que daba el ole. Bajo la luz de la luna fulguraba la pedrería de sus anillos en los dedos pálidos. El aliento del ondulante lago le alborataba las plumas del sombrero. Distinguió un banco en la orilla del camino, y andando con fatiga fué á sentarse :

— ¡ Qué hermosa noche !...

— ¡ Y qué mal la aprovechamos !

El galán quiso sentarse en el banco al lado

de la dama, pero ella tendió la sombrilla para impedírselo :

— ¡ Lejos, lejos !... No te quiero á mi lado.

El Duquesito se apoyó en el tronco de un árbol :

— Me resigno á todo.

La luna, arrebujada en nubes, dejaba caer su luz lejana y blanca sobre el negro ramaje de los tilos. Parecía la faz de una religiosa amortajada con tocas negras. Rosita entornó los ojos y respiró con lánguido desmayo .

— ¡ Qué agradable aroma ! Ya empiezan á florecer las acacias. Me gustaría pasar aquí la noche.

— ¿Y la humedad, Rosita? Recuerda que has estado en la India.

Rosita siguió abanicándose en silencio y mirando ondular el lago. A lo lejos cantaba un pescador con los remos levantados, goteando en el agua, y la barca deslizábase sola impulsada por la corriente. El pescador cantaba los amores tristes que riman los poetas con la luna. El pescador quería morir. Rosita suspiró arreglándose los rizos :

— ¡ Ah !... Yo también.

Después volvióse hacia el Duquesito :

— Me da pena verte ahí como una estatua. Siéntate si quieres.

Y la dama hizo sitio al galán. En aquel momento tenía los ojos llenos de lágrimas que

permanecían temblando en las pestañas. El Duquesito pareció consternado :

— ¡ Tú lloras !

Rosita parpadeó sonriendo con melancolía.

— Me dan estas cosas. Tú quizá no lo comprenderás.

El Duquesito se dejó ganar el corazón por aquella voz acariciadora, voz de mujer interesante y bella que le hablaba al claro de la luna, ante el rielar de un lago, en el silencio de la noche :

— Sí, lo comprendo, Rosita. Yo mismo, lloro muchas veces el vacío de mi vida. ¡ Es la penitencia por divertirse demasiado, chiquilla !

— ¡ Ah !... ¡ Si cuando yo me lancé hubiese encontrado con un hombre de corazón en mi camino !

— Te hubieras divertido menos.

— Pero hubiera sido más feliz. Créeme, yo no había nacido para ciertas cosas. La vida ha sido muy dura conmigo. ¿Tú sabes la historia de aquel clovn, que se moría de tristeza haciendo reir á la gente?... ¡ Ah ! ¡ Si yo hubiese encontrado un hombre en mi camino !

El monóculo del Duquesito permanecía inmóvil, incrustado bajo la ceja rubia. Ya no sonreía :

— ¿Y si encontrases, todavía, alguno en tu diapasón, Rosita?

— Puede ser que hiciese una locura.

— ¿Una nada más? Para ti es muy poco. ¿De tus amantes antiguos no has querido á ninguno?

— De esta manera que sueño, no.

Y Rosita volvió á seguir con los ojos el cabrilleo de las ondas. Allá en el fondo misterioso, balanceábase la barca negra, donde cantaba el pescador.

— ¿Qué exigirías de ese amante ideal?

— No sé.

— ¿Sería un Abelardo, un Romeo ó un Alfonso?

— Lo que él quisiese.

— ¿Y si pretendía ser el único?

Rosita Zegri se volvió gentilmente :

— ¿Tienes alguno que proponerme? ¿Quién es el gachí?

El Duquesito no respondió, pero su mano buscó en la sombra la mano de Rosita, una mano menuda que íntima y tibia se enlazó con la suya .La dama y el galán guardaron silencio, mirando á lo lejos cómo la luna crestaba de plata las olas negras. El Duquesito, murmuró en voz baja, con cierto trémolo apasionado y ronco.

— Hace un momento, cuando tú me has llamado, iba pensando en dar un paseo solitario. También estaba triste sin motivo. Cruzaba por la Avenida removiendo en mi pensamiento recuerdos casi apagados. Aventando cenizas.

— ¿Pensabas en mí?

— También pensaba en ti... ¡ Y cuánta verdad, que muchas veces basta un soplo para encender el fuego ! Tu voz, tus ojos, tu deseo de un amor ideal, ese deseo que nunca me habían confesado tus labios... ¡ Si yo lo hubiese adivinado ! Pero qué importa, si aun ignorándolo te quise como á ninguna otra mujer, porque yo no he querido á nadie más que á ti, y te quiero aún... Cuando me hablabas hace un momento, veía en tus ojos la claridad de tu alma.

Rosita le interrumpió riendo :

— ¡ Calla ! ¡ Calla !... Lo que tú quieras, pero nada de citas.

— ¿De citas?

— Sí... ¡ De Echegaray, supongo !... ¡ De los dramas de Echegaray !

El galán agitó los guantes, y miró á la dama para ver si en realidad se burlaba. Ella se puso en pie, y echándole los brazos al cuello, le besó alegremente:

— ¡ Embustero !... Ya has visto como sé vengarme. Ahora no negarás...

Se reía, y en aquellos labios de clavel andaluz, la risa era fragante, el aire se aromaba.

V

Rosita tomó el brazo del Duquesito, y le arrastró hacia el « Foreing-Club ». Caminaron un momento en silencio cambiando miradas. Rosita volvió á reirse :

— Parece que jugamos al escondite con los ojos.

El galán se detuvo estrechando amorosamente en la sombra el talle de la dama, y buscando sus labios :

— Es preciso que volvamos á vernos.

Rosita rompió suavemente el cerco de aquellos brazos, y continuó andando :

— ¡Hijo, no me tientes! El viaje á la India ha decidido para siempre de mi destino! Yo, con mil amores, vendría aquí todas las noches, sólo para oirte.

— ¿A pesar de la hierba?

— A pesar de la hierba. Tú no sabes cómo camelan el oído esas frases poéticas, apasionadas, tiernas... Los parlamentos de Echegaray... Pero no puede ser, no puede ser... ¡ No puede ser !...

— ¿Todo por ese viaje á la India?

— Todo... ¡ Ay chiquillo, si tú supieses lo que verdaderamente me animó á embarcarme

para ese fin del mundo!... Yo que hasta en tierra me mareo.

Y naturalmente, como el Duquesito no sabía nada, Rosita se apresuró á contárselo :

— Pues, hijo, únicamente ver leones y panteras en libertad. ¡ Es de aquello que las fieras me encantan !

— A mí también... Ya lo sabes.

— ¡ Quita allá gracioso !

— ¿No hubo algún príncipe negro ó amarillo que diese cacerías en tu honor?

— ¡ Todos los días ! Los que nunca se dieron en mi honor han sido los leones y los tigres. Solamente he visto un elefante, y el infeliz se arrodillaba para que yo montase. ¡ Calcúlate lo fiero que sería !

Y Rosita Zegri cruzaba las manos con trágico abatimiento. ¡ Para eso había dejado su escenario de El Molino Rojo y los amigos de París y aquellas alegres cenas del amanecer, las adorables cenas que Rosita terminaba siempre saltando sobre la mesa del festín y bailándose sevillanas entre las copas rotas y las flores marchitas ! ¡ Qué tiempos ! En Londres dijeron los lores que aquel cuerpo de andaluza era la cuna del donaire, y en París dijeron los poetas que las gracias se agrupaban en torno de su falda, cantando y riendo al son de cascabeles de oro. Rosita, al oirlos se burlaba. Sólo llevaban razón los novilleros de Sevilla : ¡ Ella era muy gitana ! Todas sus pala-

bras tenían un aleteo gracioso, como los decires de las manolas. En el misterio de su tez morena, en la nostalgia de sus ojos negros, en la flor ardiente de su boca bohemia, vivía aquella quimera de admirar en libertad tigres y leones. Las fieras rampantes y bebedoras de sangre que hace tantos siglos emigraron hacia las selvas lejanas y misteriosas donde están los templos del Sol.

— ¡ Ay chiquillo !... ¡ Las cosas que tengo que contarte !

Cansada de correr mundo al son de sus castañuelas, volvía de la India sin haber visto, por parte alguna, ni tigres ni leones. Rosita al recordarlo cruzaba las manos y se desconsolaba con mucha gracia :

— Á mí ya me parecía que esos animalitos no podían andar sueltos por ninguna parte. ¡ Infundios que nos tragamos aquí ! Todos esos tíos de los circos dicen que cazan los leones en las selvas vírgenes de la India. ¡ Guasones ! Chiquillo, estoy convencida de que son historias.

Hablaba con adorable alocamiento, entornando los ojos de princesa egipcia. Bajo sus pestañas parecía mecerse y dormitar la visión maravillosa del tiempo antiguo, con las serpientes dóciles al mandato de las sibilas, con los leones favoritos de cortesanas y emperatrices. Siempre riendo, riendo, proseguía el cuento cascabelante de sus aventuras.

— Yo, para decirte la verdad, no pasé de Kilakua. Allí tuve que firmar los pasaportes á milord. Ya me tenía hasta más allá de la punta de los pelos. Con todo, el viaje me trajo la suerte. Creo que Dios quiso premiar mi resolución de mandar á paseo un tío protestante. Esta sortija de la esmeralda, me la regaló el emperador del Japón cuando me casé.

Aquello era tan extraordinario, que el Duquesito dejó caer el monóculo :

— ¡ Diablo qué cosas ! Nada, ni la menor noticia.

— ¿De veras?... ¡ Pero si es imposible que no sepas !... Todas las ilustraciones han traído mi retrato. De España también me lo pidieron, pero no me quedaba ya ninguno. Me escribió aquel tío que vendía en Sevilla el agua de azahar. Puede ser que quisiese darme como Madama Soponcio. El hombre decía que era dueño de un periódico y me mandaba un número que traía á la familia real. ¡ Daba pena verla, pobrecilla !

— ¿Es preferible salir en las cajas de fósforos, verdad?

— ¡ Y bien ! Siquiera ahí, sólo salen mujeres de aquellas que dan el ole.

— De aquellas que lo dan todo, Rosita.

— ¡ Quieres callar !... De otra manera renuncio á contarte mis aventuras...

Rosita Zegri se dió aire con el abanico. Son-

reía recordando su historia. ¡Una historia maravillosa y bella!

— Pues verás...

Y se detuvo de pronto, soltando el brazo del galán. Por la Avenida de los Tilos adelantaba un hombre con ropaje oriental: Era negro y gigantesco, admirable de gallardía y de nobleza. Llegóse á ellos y saludó al caballero con leve sonrisa, al par amable y soberana. Rosita Zegri los presentó:

— Un amigo de Sevilla. Mi marido...

Y ante el gesto de asombro que hizo el Duquesito, se interrumpió riendo, con su reir sonoro y claro. Mordiéndose los labios, añadió:

— Mi marido, el Rey de la Islas de Dalicam.

Su Majestad, después de dudar un momento dignóse tender al Duquesito una mano cubierta de anillos: Parecía la mano de un Rey Mago. Sonrió el Duquesito, y con alarde de ironía, se inclinó para besarla, pero la Reina de Dalicam interpuso su sombrilla llena de encajes:

— ¿Qué haces, resalado? ¿No sabes que viajamos de incógnito?

Y bajo aquella mirada picaresca y riente, le Rey de Dalicam y el Duquesito de Ordax, se estrecharon las manos vigorosamente, muy á la inglesa. Rosita, como si la sombrilla fuése una alabarda, dió con el regatón un golpe en tierra:

— ¡Al pelo, hijos!



VI

En los jardines del « Foreing-Club », Pierrot y la Señora de Pompadour, Colombina y Fausto, bebían cocteles y humeaban cigarrillos turcos. La bella Cardinal y la bella Otero, como dos favoritas reales, se apeaban de sus carrozas doradas, luciendo el zapato de tacón rojo y la media de seda. Un loro mejicano gritaba en el minarete del palacio árabe, y una vieja enlutada, con todo el cabello blanco, acechaba tras los cristales esperando al galán de su señora la princesa, para decirle, por señas, que no podía subir. El enjambre de abejorros y tábanos zumbaba en torno de los globos de luz eléctrica que iluminaban el pórtico del « Foreing-Club », y sobre la terraza de mármol blanco, colgada de enredaderas en flor la orquesta de zíngaros preludiaba en sus violines un viejo minué de Andrés Belino. El Duquesito de Ordax quiso despedirse. La Reina de Dalicam le retuvo :

— Quédate, hijo. Quiero que intimes con mi marido.

Y al mismo tiempo, los dedos enguantados de Rosita Zegri — primera de su nombre en la

Historia de Dalicam — buscaban algunos luises, prisioneros entre las mallas de un bolsillo con cierre de turquesas.

— ¡Todo mi caudal!... Vamos á jugarnos estos tres luises. Asocio vuestra suerte á la mía. ¡No olvidéis que cada uno me adeuda un luis!...

Adivinando el sentido de aquellas palabras, Su Majestad el Rey de Dalicam, mostró la nieve de los dientes bajo el belfo opulento, y alargó una mano florecida de piedras preciosas. Rosita, depositó en ella sus tres luises de oro :

— Duquesito, le dejaremos que los juegue.

El Duquesito se inclinó :

— La voluntad de un rey es sagrada.

— Si continúas así, serás nuestro primer ministro.

Y con un mohín picaresco de los labios y de los ojos, Su Majestad Rosita Zegri, tomó asiento al pie de un árbol iluminado con faroles de colores. Después levantó la cabeza y sonrió al Rey :

— Aquí esperamos.

El Rey le envió un beso con las yemas de los dedos, que unidos imitaron apretado racimo de moras, y se alejó reposado y solemne. Rosita se volvió al Duquesito :

— ¿Qué corazonada tienes?

— Ninguna.

— ¿Perdemos ó ganamos?

— No sé... Debiste advertirle que jugase los reyes.

— ¡Pues tienes razón!

Por la carrera enarenada, siempre riendo tras los abanicos, llegaban las dos españolas de los pañolones de crespón y las peinetas de teja. Viendo todavía juntos á la Reina de Dalicam y al Duquesito de Ordax, se hicieron un guiño picaresco. — ¡Qué noble indignación la de Rosita!

— ¿Has visto? Se figuran que estamos en camino de ponerle otra corona á mi marido.

— No debes hacer caso.

— Naturalmente.

El Rey de Dalicam apareció en el pórtico del « Forcing-Club ». Desde lejos levantó los brazos y abrió las manos indicando que había perdido. Rosita puso los ojos tristes :

— No tenía fe ninguna. Yo hubiera querido que jugases tú. No olvides que me debes un luis.

— Voy á tener el honor de devolvértelo.

— ¡Ahora no! Pueden verte y creer que se trata de otra cosa. Te lo recuerdo porque estoy completamente arrancada. Nos hemos jugado la corona, y estamos en camino de jugarnos el cetro.

El Rey de Dalicam se acercaba lentamente, y el Duquesito de Ordax se puso en pie, esperando á que llegase para retirarse con la venia real. Era gentilhombre en la corte de España,

y conocía el ceremonial palatino. Su Majestad, después de dudar breves momentos, le retuvo con un gesto, y de entre la faja con que ceñía su túnica de seda azul turquí, sacó varias fotografías hechas á su paso por París, en casa de Nadar. Tomó asiento bajo el árbol iluminado con faroles de colores, al lado de la Reina, y con un gesto expresivo que descubría el blanco de los ojos y el blanco de los dientes, ofreció uno de aquellos retratos al Duquesito. Antes de entregárselo, sin duda para hacerle más honor, descolgó el lapicero de oro que colgaba entre los tres mil dijes de su reloj y silencioso y solemne, lo depositó en manos de Rosita como si fuese el cetro de su reino. La andaluza, con el lapicero de oro entre los labios, alzó los ojos hacia las estrellas : Las consultaba. De pronto sacó al aire la roja punta de la lengua. Había sentido el aleteo de la inspiración, bajo la mirada amorosa de su dueño. ¡ Aquel magnífico rey negro de las Islas de Dalicam, como los reyes de las edades heroicas, no sabía escribir !...





LA CONDESA DE CELA

LA CONDESA DE CELA



LA CONDESA DE CELA

I

« Espérame esta tarde ». No decía más el fragante y blasonado plieguecillo.

Aquiles, de muy buen humor, empezó á pasearse canturreando una jota zarzuelesca, popularizada por todos los organillos de España; luego quedóse repentinamente serio, mientras, se atusaba el bigote ante el espejo roto de un gran armario de nogal. ¿Por qué le escribiría ella tan lacónicamente? Hacía algunos días que Aquiles tenía el presentimiento de una gran desgracia; creía haber notado cierta frialdad, cierto retraimiento. Quizá todo ello fuesen figuraciones suyas : pero él no podía vivir tranquilo.

Aquiles Calderón, era un muchacho americano, que había salido muy joven de su patria con objeto de estudiar en la Universidad española de Brumosa, donde al cabo de los años mil, continuaba sin haber terminado ninguna carrera. En los primeros tiempos derrochaba como un príncipe, mas parece

ser que su familia se arruinara años después en una revolución,y ahora vivía de la gracia de Dios. Pero al verle hacer el tenorio en las esquinas, y pasear las calles desde la mañana hasta la noche requebrando á las niñeras, y pidiéndoles nuevas de sus señoras, nadie adivinaría las torturas á que se hallaba sometido su ingenio de estudiante tronado y calavera que cada mañana y cada noche, tenía que inventar un nuevo arbitrio para poder bandearse. Aquiles Calderón, tenía la alegría desesperada y el gracejo amargo de los artistas bohemios; por lo demás era en todo un simpático muchacho. Su cabeza airosa é inquieta, más correspondía al tipo criollo que al español; el pelo era indómito y rizoso; los ojos negrísimos; la tez juvenil y melada; todas las facciones sensuales y movibles; las mejillas con grandes planos, como esos idolillos aztecas tallados en obsidiana. Era hermoso, con hermosura magnífica de cachorro de Terranova; una de esas caras expresivas y que parecen aculotadas en largas navegaciones trasatlánticas, por regiones de sol. Estaba impaciente, y para distraerse, tamborileaba con los dedos el himno mejicano en los cristales de la ventana que le servía de atalaya. De pronto enderezóse examinando con avidez la calle, arrojó el cigarro y fué á echarse sobre el sofá aparentando dormir.

Tardó poco en oirse el roce de una cola de

seda desplegada en el corredor. Pulsaron desde fuera ligeramente y no contestó. Entonces la puerta se abrió apenas, y una cabecita de mujer, de esas cabezas rubias y delicadas en que hace luz y sombra el velillo moteado de un sombrero, asomó sonriendo, escudriñando el interior con alegres ojos de pajarillo parlero. Juzgó dormido al estudiante, y acercósele andando de puntillas, mordiéndose los labios de risa.

— ¡ Así se espera á una señora, borricote !

Y le pasó la piel del manguito por la cara, con tan fino, tan intenso cosquilleo que le obligó á levantarse riendo nerviosamente. Entonces la gentil visitante sentósele con estudiada monería en las rodillas, y empezó á atusarle con sus lindos dedos las guías del bigote juvenil y fanfarrón.

— ¡Con que no ha recibido mi epístola el señor don Aquiles !

— ¡ Cómo no ! ¡ Pues si te esperaba !

— ¡ Durmiendo ! ¡ Ay hijo ! ¡ lo que va de tiempos !... Mira tú, yo también me había olvidado de venir, me acordé en la catedral.

— ¿Rezando?

— Sí, rezando; me tentó el diablo.

Hizo un mohín; y con arrumacos de gatita mimada se levantó de las rodillas del estudiante.

— ¡ Carambola ! no tienes más que huesos: la atraviesas á una.

— Es raro : con esa balumba de cosas que traes encima, no debía pasarte un cañón.

— Cállate embustero; bien sabes que todo es mío; antes yo no necesito...

Hablaba colocada delante del espejo, ahuecándose los pliegues de la falda.

— Ven acá galante : quítame el sombrero, y colócalo ahí donde no se manche, porque aquí hay polvo de cien años.

Aquiles acercóse con aquella dejadez de perdido, que él exageraba un poco, y le desató las bridas de la capotita de terciopelo verde, anudadas graciosamente bajo la barbeta de escultura clásica, pulida, redonda y hasta un poco fría como el mármol. La otra, siempre sonriendo, levantó la faz, y juntando los labios, rojos y apetecibles como las primeras cerezas, alzóse en la punta de los pies.

— Bese usted, caballero.

El estudiante besó, con un beso largo, sensual y alegre, como prenda de amorosa juventud.

Era por demás extraño el contraste que hacían la condesa y el estudiante. Ella llena de gracia, vestida con natural sencillez; trascendiendo de sus cabellos rubios, y de su carne fresca y rosada como manzana sanjuanera, grato y voluptuoso olor de esencias elegantes; deshilachando con esa inconscien-

cia de las damas ricas los encajes de un pañolito de batista; Aquiles envuelto en un gabancillo blanquizco, que se caía de puro viejo; las manos hundidas en los bolsillos; y la colilla adherida al labio como molusco. Lo tronado de su pergeño; la expresión ensoñadora de sus ojos; y el negro y luengo cabello, que peinaba en trova, dábanle gran semejanza con aquellos artistas apasionados y bohemios de la generación romántica. Pero en Brumosa nadie paraba mientes en contraste tal. Del mismo jaez habían sido todos los amores de la condesa Cela. ¡La pobre Julia, tenía la cabeza á componer y un corazón de cofradía! Antes que con aquel estudiante, diera mucho que hablar con el hermano de su doncella; un muchachote tosco y encogido, que acababa de ordenarse de misa, y era la más rara visión de clérigo que pudo salir de seminario alguno. Había que verle, con el manteo á media pierna; la sotana verdosa enredándosele al andar; los zapatos claveteados; el sombrero de canal metido hasta las orejas; caminando á grandes trancos con movimiento desmañado y torpe. Y sin embargo la condesa le había amado algún tiempo, con ese amor curioso y ávido que inspiran á ciertas mujeres las jóvenes cabezas tonsuradas. No podían pues causar extrañeza sus relaciones con Aquiles Calderón, sin tener larga fecha, habían comenzado en los tiempos

prósperos del joven. Más tarde, cuando llegaron los días sin sol, Aquiles, que era muy orgulloso, quiso terminarlas bruscamente, pero la condesa se opuso; lloró abrazada á él, jurando que tal desgracia los unía con nuevo lazo más fuerte que ningún otro. Durante algún tiempo, tomó ella en serio su papel. A pesar de ser casada creía haber recibido de Dios la dulce misión de consolar al estudiante. Entonces hizo muchas locuras y dió que hablar á toda Brumosa, pero se cansó pronto.

II

Traveseando como chicuela aturdida, rodea la cintura de su amante, y le obliga á dar una vuelta de vals por la sala. Sin soltarse, se dejan caer sobre el sofá : Aquiles, haciéndose el sentimental, empieza á reprocharle sus largas ausencias que ni aún tienen la disculpa de querer guardar el secreto de aquellos amores. ¡ Ay ! ¡ eran veleidades de coqueta únicamente ! Ella se había encasquetado un fez argelino que estaba sobre el sofá, sonríe como mujer de carácter plácido que entiende la vida y sabe tomar las cosas cual se debe. Aquiles, habla y se queja con simulada frialdad; con ese acento extraño de los enamorados que sienten muy honda la pasión y procuran ocultarla como vergonzosa lacería; resabio casi siempre de toda infancia pobre de caricias, amargada por una sensibilidad exquisita, que es la más funesta de las precocidades. La condesa le escucha distraída, ajustándose el gorro, poniéndoselo unas veces de frente, otras de soslayo, sin estarse quieta jamás; por último, cansada de oirle se levanta, y comienza á pasearse por la sala con las manos cruzadas á la espalda y el aire de colo-

4.

gial aburrido. Aquiles se indigna: ¡para eso, sólo para eso se ha pasado toda la tarde esperándola! Ella se vuelve sonriente.

— ¡Y acaso yo he venido á oirte sermonear! No comprendes que bastante disgustada estoy...

— ¡Tú!

— Sí, yo : que siento las penas de los dos; las tuyas y las mías... Pero como me ves amable y risueña con todo el mundo, te figuras... y lo mismo que tú los demás...

Deja de hablar, contrariada por la sonrisa incrédula de su amante; luego clavando en él los ojos claros, y un poco descaradillos como toda su persona, añade irónicamente :

— Desengáñate, rapaz, las apariencias engañan mucho. ¿Quién viéndote á ti podrá sospechar ni remotamente las penurias que pasas?

— Pues, hija, el que tenga ojos. Esta vitola no creo que pueda engañar á nadie.

Aunque herido en su orgullo, el bohemio sonríe atusándose el bigote, mostrando los dientes blancos como los de un negro. La condesa ríe también.

— ¡Cállate sinvergüenza! La verdad, yo no sé cómo he podido quererte, porque eres feo! feo! feo!...

Y semejante á « Flirt », su lindo galguillo inglés, muerde jugueteando una de las manos del estudiante, mano de hombre, fina, morena,

y varonilmente velluda. De pronto se levanta exclamando :

— ¿Y mi manguito?

Búscanle por todos los rincones sin resultado, hasta que Aquiles da con él bajo una silla cargada de libros; quiere limpiarlo, y la condesa se lo arrebata de las manos.

— Trae, trae. Aquí tienes lo que me ha hecho venir.

¡Y saca un papel doblado de entre el tibio y perfumado aforro de la piel!

— ¿Qué es ello?

— Una carta evangélica; carta de mi marido. Dice que perdona con tal de no dar escándalo al mundo, y mal ejemplo á nuestros hijos.

Por el tono de la condesa es difícil saber qué impresión le ha causado la carta. Aquiles sin dejar de atusarse el bigote, hacía rodar sus negras y brillantes pupilas de criollo.

— Pues decididamente Julia, tu marido no morirá atorado.

— ¿Por qué?

— Phs... porque se tiene las grandes tragaderas.

Y ríe, con aquella risa silbada que rebosa amarga burlería. La condesa un poco colorada hace dobleces al papel. El estudiante, aparentando indiferencia pregunta :

— ¿Y bien, tú que has resuelto?

— Ya sabes que yo no tengo voluntad.

Consulté con mi hermano Jacobo y dice que debo...

— ¿Pero bueno, tú?

La actitud de Aquiles es tranquila; el gesto entre irónico y desdeñoso; pero la voz, lo que es la voz tiembla un poco. A todo esto, la condesa baja la cabeza y parece dudosa.

Allá en su hogar todo la insta á romper; las amonestaciones de su madre, el amor de los hijos, y, sin que ella se dé cuenta, ciertos recuerdos de la vida conyugal, que tras dos años de separación, la arrastran otra vez hacia su marido, un buen mozo que la hiciera feliz en los albores del noviazgo. Y sin embargo, duda. Siente su ánimo y su resolución flaquear en presencia del pobre muchacho que tan enamorado se muestra. Pero si á un momento duélese de abandonarle, y como mujer le compadece, á otro momento hácese cargos a sí misma, pensando que es realmente absurdo sentirse conmovida y arrastrada hacia aquel bohemio, precisamente cuando va á reunirse con el conde. Piensa que si es débil, si no se decide á romper de una vez, hallarase más que nunca ligada á Aquiles, sujeta á sus tiranías, y expuesta á sus atolondramientos. Y entonces el único afán de la condesa es dejar al estudiante en la vaga creencia de que sus amores se interrumpen, pero no acaban. Obra así llevada de cierta señoril repugnancia que siente por todos los sentimentalismos

ruidosos, los cuales juzgaba siempre plebeyos; y su instinto de coqueta, no le muestra mejor camino para huir la dolorosa explicación que presiente. Ella no aventura nada : apenas llegue su marido, irase á Madrid, pues el conde aborrece la provincia, y al volver por Brumosa, después de seis ó siete meses, quizá de un año, Aquiles Calderón, si aún no ha olvidado, lo aparentará al menos.



III

No diera nunca la condesa gran importancia á los negocios del corazón. Desde mucho antes de los quince años, comenzara la dinastía de sus novios que eran destronados á los ocho días, sin lágrimas ni suspiros, verdaderos novios de quita y pon. Aquella cabecita rubia, aborrecía la tristeza, con un epicurismo gracioso y distinguido que apenas se cuidaba de ocultar. No quería que las lágrimas, borrasen la pintada sombra de los ojos. Era el egoismo pagano de una naturaleza femenina y poco cristiana que se abroquela contra las negras tristezas de la vida. Momentos antes-mientras subía los ochenta escalones del cuarto de Aquiles, no podía menos de cavilar en lo que ella llamaba « la rotura de la vajilla ». Conforme iba haciéndose vieja, aborrecía estas escenas, tanto como las había amado en otro tiempo. Tenía raro placer en conservar la amistad de sus amantes antiguos, y guardarles un rinconcito en el corazón. No lo hacía por miedo ni coquetería, sino por gustar el calor singular de estas afecciones de seducción extraña, cuyo origen vedado la

encantaba, y en torno de las cuales percibía algo de la galantería íntima y familiar, de aquellos linajudos provincianos, que aun alcanzara á conocer de niña. La condesa aspiraba tadas las noches en su tertulia, al lado de algun ex-adorador que había envejecido mucho más á prisa que ella, este perfume lejano y suave, como el que exhalan las flores secas, — reliquias de amoroso devaneo, conservadas largos años entre las páginas de algún libro de versos. — Y sin embargo, en aquel momento supremo, cuando un nuevo amante caía en la fosa, no se vió libre de ese sentimiento femenino, que trueca la caricia en arañazo; esa crueldad, de que aun las mujeres más piadosas suelen dar muestra en los rompimientos amorosos. Fruncido el arco de su lindo ceño; contemplando las uñas rosadas y menudas de su mano, dejó caer lentamente estas palabras :

— No te incomodes Aquiles : considera que á la pobre mamá le doy un verdadero alegrón : yo tampoco he dicho que á ti no te quiera; la prueba está en que he venido á consultarte; pero partiendo de mi marido la insinuación, no hay ya ningún motivo de delicadeza que me impida... ¿A ti que te parece?

Aquiles, que en ocasiones llegaba á grandes extremos de violencia, se levantó pálido y trémulo, la voz embargada por la cólera.

— ¿Qué me parece á mí? ¡á mí! ¡á mí!

¿Y me lo preguntas? Eso es propio de una mujerzuela!

La condesa humilló la frente con sumisión de mártir enamorada.

— ¡Ahora insúltame, Aquiles!

— Todavía no te digo lo que mereces. ¿Qué has pensado que era yo?

El estudiante estaba hermoso. Los ojos vibrantes de despecho; la mejilla pálida; la ojera ahondada; el cabello revuelto sobre la frente, que una vena abultada y negra, dividía á modo de tizne satánico.

Aquiles Calderón, que era un poco loco, sentía por la condesa esa pasión vehemente, con resabios grandes de animalidad, que experimentan los hombres fuertes, las naturalezas primitivas cuando llegan á amar; pasión combinada en el bohemio, con otro sentimiento muy sutil, de sensualismo psíquico satisfecho. La satisfacción de las naturalezas finas condenadas á vivir entre la plebe, y conocer únicamente hembras de germania, cuando, por acaso, la buena suerte les depara una dama de honradez relativa. El bohemio había tenido esta rara fortuna. La condesa de Cela, aunque liviana, era una señora; tenía viveza de ingenio; y sentía el amor en los nervios, y un poco también en el alma.



IV

Hela allí, la cabeza obstinadamente baja, y el labio inferior entre los dientes. La condesa juega con una de sus pulseras y parece dudar entre hablar ó callarse. No pasan inadvertidas para Aquiles vacilaciones tales, pero guárdase bien de hacerle ninguna pregunta. Su vidriosa susceptibilidad de pobre le impide ser el primero en hablar. Nada, nada que sea humillante. ¡Aquel bohemio que debe dinero á toda Brumosa sin pensar nunca en pagarlo; aquel gran arrancado hecho á batirse con todo linaje de usureros, y á implorar plazos y más plazos á trueque de humillaciones sin cuento, considera harto vergonzoso implorar de la condesa un poco de amor!

Ella más débil ó más artera, fué quien primero rompió el silencio, preguntando en muy dulce voz:

— ¿Has hecho lo que te pedí, Aquiles? ¿Tienes aquí mis cartas?

Aquiles la miró con dureza, sin dignarse responder; pero como su amiga siguiese interrogándole con la actitud y con el gesto, gritó sin poder contenerse:

— ¡Donosa ocurrencia! ¿pues dónde había de tenerlas?

La condesa enderézase en su asiento, ofendida por el tono del estudiante; por un momento, pareció que iba á replicar con igual altanería; pero en vez de esto, sonríe echando la cabeza sobre el hombro, en una actitud llena de gracia. Así, medio de soslayo, estúvose buen rato contemplendo al bohemio, guiñados los ojos, y derramada por todas las facciones una expressión de finísima picardía.

— Pues mira, Aquiles, no debías incomodarte.

Hizo una pausa muy intencionada; y sin dejar de dar á la voz inflexiones dulces añadió :

— Bien podían estar mis cartas en Peñaranda. ¡Nada tendría de particular! Vamos á ver ¿en dónde están el reloj y las sortijas? Si el día menos pensado vas á ser capaz de citarme en el Monte de Piedad. Pero yo no iré ¡quiá! correría el peligro de quedarme allí.

Aquiles tuvo el buen gusto de no contestar : abrió el cajón de una cómoda, y sacó varios manojos de cartas atados con listones de seda. Estaba tan emocionado que sus manos temblaban al desatarlos; hizo entre los dedos un ovillo con aquellos cintajos, y los tiró lejos á un rincón.

— Aquí tienes.

La condesa se acercó un poco conmovida.

— Debías ser más razonable, Aquiles; en la vida hay exigencias á las cuales es preciso doblegarse. Yo no quisiera que concluyéramos así; esperaba que fuésemos siempre buenos amigos; me hacía la ilusión de que aun cuando esto acabase...

Se enjugó una lágrima, y en voz mucho más baja añadió :

— ¡ Hay tantas cosas que no es posible olvidar !

Calló, esperando en vano alguna respuesta : Aquiles, no tuvo para ella, ni una mirada ni una palabra ni un gesto.

La condesa se quitó los guantes muy lentamente, y comenzó á repasar las cartas que su amante había conservado en los sobres con religioso cuidado. Después de un momento, sin levantar los ojos, y con visible esfuerzo llegó á decir :

— Yo á quien quiero es á ti, y nunca, nunca, te abandonaría por otro hombre; pero cuando una mujer es madre, preciso es que sepa sacrificarse por sus hijos. El reunirme con mi marido, era una cosa que tenía que ser. Yo no me atrevía á decírtelo; te hacía indicaciones, y me desesperaba al ver que no me comprendías... Hoy mi madre lo sabe todo, ¿voy á dejarla morir de pena?

Cada palabra de la condesa era una nueva herida que inferían al pobre amante aquellos

labios adorados, pero ¡ay! tan imprudentes; llenos de dulzuras para el placer; hojas de rosa el besar la carne, y amargos como la hiel, duros y fríos como los de una estatua, para aquel triste corazón, tan lleno de neblinas delicadas y poéticas. Habíase ella aproximado á la lumbre, y quemaba las cartas una á una, con gran lentitud, viéndolas retorcerse en el fuego, cual si aquellos renglones de letra desigual y felina, apretados de palabras expresivas, ardorosas, palpitantes, que prometían amor eterno, fuésen capaces de sentir dolor. Con cierta melancolía vaga, inconsciente, parecida á la que produce el atardecer del día, observaba cómo algunas chispas, brillantes y tenues cual esas lucecitas que en las leyendas místicas son ánimas en pena, iban á posarse en el pelo del estudiante, donde tardaban un momento en apagarse. Consideraba, con algo de remordimiento, que nunca debiera haber quemado las cartas en presencia del pobre muchacho, que tan apenado se mostraba. ¿Pero qué hacer? ¿Cómo volver con ellas á su casa, al lado de su madre, que esperaba ansiosa, el término de entrevista tal? Parecíale que aquellos plieguecillos perfumados como el cuerpo de una mujer galante, mancharían la pureza de la achacosa viejecita, cual si fuese una virgen de quince años.

Aquiles, mudo, insensible á todo, miraba fijamente ante sí con ojos extraviados. Y allá

en el fondo de las pupilas cargadas de tristeza, bailaban alegremente las llamitas de oro, que, poco á poco, iban consumiendo el único tesoro del bohemio. La condesa, se enjugó los ojos; y afanosa por ahogar los latidos de su corazón de mujer compasiva, arrojó de una vez todas las cartas al fuego.

Aquiles se levantó temblando.

— ¿Por qué me las arrebatas? ¡Déjame siquiera algo que te recuerde!

Su rostro, tenía en aquel instante una expresión de sufrimiento aterradora. Los ojos se conservaban secos, pero el labio temblaba bajo el retorcido bigotejo como el de un niño que va á estallar en sollozos. Desatalentado, loco, sacó del fuego las cartas, que levantaron una llama triste en medio de la vaga obscuridad que empezaba á invadir la sala.

La condesa lanzó un grito:

— ¡Ay! ¿Te habrás quemado? ¡Dios mío qué locura!

Y le examinaba las manos sin dejar de repetir:

— ¡Qué locura! ¡qué locura!

Aquiles, cada vez más sombrío, inclinóse para recoger las cartas, que, caídas á los pies de la dama se habían salvado del fuego. Ella le miró hacer, muy pálida y con los ojos húmedos. La inesperada resistencia del estudiante, todavía más adivinada que sentida, conmovíala hondamente; faltábale valor para abrir

aquella herida, para producir aquel dolor desconocido. Su egoismo falto de resolución, sumíala en graves vacilaciones sin dejarla ser cruel ni generosa. Apoyada en la chimenea retorciendo una punta del pañolito de encajes, murmuró en voz afectuosa y conciliadora :

— Yo te dejaría esas cartas... Sí, te las dejaría... Pero ¡ ay ! reflexiona de cuántos disgustos pueden ser origen si se pierden. ¿Dime, dime tú mismo si no es una locura?

La condesa no ponía en duda la caballerosidad de Aquiles, ¡ muy lejos de eso ! Pero tampoco podía menos de reconocer que era una cabeza sin atadero; un verdadero bohemio. ¿Cuántas veces no había ella intentado hacerle entrar en una vida de orden? y todo inútil. Aquel muchacho era una especie de salvaje civilizado; se reía de los consejos, enseñando unos dientes muy blancos, y contestaba bromeando, sosteniendo que tenía sangre araucana en las venas.

El insistía con palabras muy tiernas y un poco poéticas.

— Esas cartas, Julia, son un perfume de tu alma; el único consuelo que tendré cuando te hayas ido. Me estremezco al pensar en la soledad que me espera; ¡ soledad del corazón que es la más horrible ! hace mucho tiempo que mis ideas son negras como si me hubiesen pasado por el cerebro grandes brochazos

de tinta. Todo á mi lado se derrumba, todo me falta...

Susurraba estas quejas al oído de la condesa inclinado sobre el sillón, besándole los cabellos con apasionamiento infinito. Sentía en toda su carne un estremecimiento suave al posar los labios y deslizarlos sobre las hebras rubias y sedeñas.

—¡Déjamelas! ¡Son ya tan pocas las que quedan! Haré con ellas un libro, y leeré una carta todos los días como si fuesen oraciones.

La condesa suspira y calla. Había ido allí dispuesta á rescatar sus cartas, cediendo en ello á ajenas sugestiones; creyendo que las cosas se arreglarían muy de otro modo, conforme á la experiencia que de parecidos lances tenía. No sospechara nunca tanto amor por parte de Aquiles; y al ver la herida abierta de pronto en aquel corazón que era todo suyo, permanecía sorprendida y acobardada, sin osar insistir; trémula como si viese sangre en sus propias manos. Ante dolor tan sincero, sentía el respeto supersticioso que inspiran las cosas sagradas, aun á los corazones más faltos de fe.



V

Por demás es advertir que no estaba la condesa locamente enamorada de Aquiles Calderón; pero queríale á su modo, con esa atractiva simpatía del temperamento, que tantas mujeres experimentan por los hombres fuertes, — los buenos mozos que no empalagan, del añejo decir femenino. — No le abandonaba ni hastiada ni arrepentida. Pero la condesa, deseaba vivir en paz con su madre : una buena señora de rigidez franciscana que hablaba á todas horas del infierno, y tenía por cosa nefanda los amores de su hija, con aquel estudiante sin creencias, libertino y masón, á quien Dios, para humillar tanta soberbia, tenía sumido en la miseria.

Era la gentil condesa de condición tornadiza y débil, sin ambiciones de amor romántico, ni vehemencias pasionales; por manera que en los afectos del hogar, impuestos por la educación y la costumbre, había hallado siempre cuanto necesitar podía su sensibilidad reposada y plebeya. El corazón de la dama no había sufrido esa profunda metamorfosis que en las naturalezas apasionadas, se obra con el primer amor. Desconocía las tristes vague-

rizosos. Enderezóse él muy poco y le rodeó el talle suspirando, atrayéndola á sí, buscando e hombro para reclinar la frente. La condesa siguió acariciando aquellos hermosos cabellos, sin cuidarse de enjugar las lágrimas que lentas y silenciosas como gotas de lluvia que se deslizan por las mejillas de una estatua, rodaban por su pálida faz y caían sobre la cabeza del estudiante, el cual abatido y como olvidado de sí propio apenas entendía las frases que la condesa suspiraba.

— No me has comprendido, Aquiles mío. Si un momento quise poner fin á nuestros amores, no fué porque hubiese dejado de quererte; quizá te quería más que nunca; pero ya me conoces... Yo no tengo carácter : tú mismo dices que se me gobierna por un cabello. Ya sé que debí haberme defendido; pero estaba celosa, ¡ me habían dicho tantas cosas !...

Hablaba animada por la pasión. Su acento era insinuante; sus caricias cargadas de fluído, como la piel de un gato negro. Sentía la tentación caprichosa y enervante de cansar el placer en brazos de Aquiles. En aquella desesperación hallaba promesas de nuevos y desconocidos transportes pasionales; de un convulsivo languidecer, epiléctico como el del león, y suave como el de la tórtola. Colocó sobre su seno la cabeza de Aquiles, ciñóla con las manos enlazadas y murmuró en voz imperceptible :

— ¿No me crees, verdad? ¡Es muy cruel que lo mismo la que miente, que la que habla con toda el alma, hayan de emplear las mismas palabras, los mismos juramentos!...

Y le besaba prodigándole cuantas caricias apasionadas conocía : refinamientos que, una vez gustados, hacen aborrecible la doncella ignorante.

Sin fuerza para resistir el poder de aquellos halagos, Aquiles, la besó cobardemente en el cuello blanco y terso como plumaje de cisne. Entonces la condesa se levantó y sonriendo á través de sus lágrimas con sonrisa de bacante, arrastróle, por una mano hasta la alcoba. El intentó resistir pero no pudo. Quisiera vengarse despreciándola, ahora, que tan humilde se le ofrecía; pero era demasiado joven para no sentir la tentación, y poco cristiano su espíritu para triunfar en tales combates; y hubo de seguirla, bien que aparentando una frialdad desdeñosa, en que la condesa creía muy poco. Actitud falsa y llena de soberbia, con que aspiraba á encubrir lo que á sí mismo se reprochaba como una cobardía, y no era más que el encanto misterioso de los sentidos.

Al encontrarse en brazos de su amante, la condesa tuvo otra crisis de llanto; pero llanto seco, nervioso, cuyos sollozos tenían notas extrañas de risa histérica. Si Aquiles Calderón tuviese la dolorosa manía analista, que puso la pistola en manos de su gran

amigo Pedro Pondal, hubiese comprendido con horror que aquellas lágrimas que en su exaltación ansiaba beber en las mejillas de la condesa, no eran de arrepentimiento, sino de amoroso sensualismo, y sabría que en tales momentos no faltan á ninguna mujer.

En la vaga obscuridad de la alcoba, unidas sus cabezas sobre la blanca almohada, se hablaban en voz baja, con ese acento sugestivo y misterioso de las confesiones, que establece entre las almas, corrientes de intimidad y amor. La condesa suspiraba, presentándose como víctima de la tiranía del hogar. Ella había cedido á las sugestiones maternales; faltárale entereza para desoir los consejos de aquellos labios que la besaban con amor; cuyas palabras manaban dulces, suaves, persuasivas, con perfume de virtud, como aguas de una fuente milagrosa. Pero ahora no habría poder humano capaz de separarlos; morirían, así, el uno en brazos del otro. — Y como el recuerdo de su madre no la abandonase, añadió con zalamería, poniendo sobre el pecho desnudo, una mano de Aquiles :

— Guardaremos aquí nuestro secreto, y nadie sabrá nada, ¿verdad?

Aquiles la miró intensamente.

— ¡Pe[illegible] tu madre!

— Mi [illegible]adre tampoco.

El bigotejo retorcido y galán del estudiante, esbozó una sonrisa cruel.

Aquiles aborrecía con todo su ser á la madre de la condesa. En aquel momento parecíale verla recostada en el monumental canapé de damasco rojo, con estampados chinescos; uno de esos muebles arcaicos, que todavía se ven en las casas de abolengo, y parecen conservar en su seda labrada y en sus molduras lustrosas, algo del respeto y de la severidad engolada de los antiguos linajes. Se la imaginaba hablando con espíritu mundano, de rezos, de canónigos y de prelados; luciendo los restos de su hermosura deshecha; una gordura blanca de vieja enamoradiza. Creía notar el movimiento de los labios, todavía frescos y sensuales que ofrecían raro contraste con las pupilas inmóviles, casi ciegas, de un verde neutro y sospechoso de mar revuelto. Encontraba antipática aquella vejez sin arrugas, que aún parecía querer hablar á los sentidos.

El estudiante recordó las murmuraciones de Brumosa y tuvo de pronto una intuición cruel. Para que la condesa no huyese de su lado, bastaríale derribar á la anciana del dorado camarín donde el respeto y la credulidad de su hija la miraban; y arrastrado por un doble anhelo de amor y de venganza, no retrocedió ante la idea de descubrir todo el pasado de la madre á la hija que adoraba en ella.

— ¡ Pareces una niña Julia ! No comprendo ni ese respeto fanático ni esos temores. Tu madre aparentará que se horroriza ¡ es natu-

ral! pero seguramente cuando tuvo tus años, haría lo mismo que tú haces. ¡Sólo que las mujeres olvidáis tan fácilmente!...

—¡Aquiles! ¡Aquiles! ¡no seas canallita!... ¡Para que tú puedas hablar de mi madre necesitas volver á nacer! ¡Si hay santas ella es una!...

— No riñamos hija. Pero también tú puedes ser canonizada. Figúrate que yo me muero; que tú te arrepientes... ¿No hay en el Año Cristiano alguna historia parecida? A tú madre que lo lee todos los días debes preguntárselo.

La condesa le interrumpió:

— No tienes para que nombrar á mi madre.

— ¡Bueno! Cuando la canonicen á ella ya habrá la historia que buscamos.

La condesa medio enloquecida, se arrojó del lecho; pero él no sintió compasión ni aún viendola en medio de la estancia; los rubios cabellos destrenzados, lívidas las mejillas que humedecía el llanto; recogiendo con expresión de suprema angustia, la camisa sobre los senos desnudos. Aquiles sentía esa cólera brutal, que en algunos hombres se despierta ante las desnudeces femeninas. Con clarividencia satánica, veía cuál era la parte más dolorosa de la infeliz mujer, y allí, hería sin piedad, con sañudo sarcasmo.

— ¡Julia! ¡Julita! También tus hijos di-

rán mañana que tú has sido una santa. Reconozco que tu madre supo elegir mejor que tú sus amantes.¿Sabes cómo la llamaban hace veinte años? ¡La canóniga, hija! ¡la canóniga!

La condesa horrorizada huyó de la alcoba. Aun cuando Aquiles tardó mucho en seguirla, la halló todavía desnuda, gimiendo monótonamente, con la cara entre las manos. Al sentirle, incorporóse vivamente y empezó á vestirse, serena y estoica ya. Cuando estuvo dispuesta para marcharse, el estudiante trató de detenerla. Ella retrocedió con horror, mirándole de frente.

— ¡Déjeme usted!

Y con el brazo siempre extendido, como para impedir el contacto del hombre, pronunció lentamente :

— ¡Ahora todo, todo ha concluído entre nosotros! Ha hecho usted de mí una mujer honrada. ¡Lo seré! ¡lo seré! ¡Pobres hijas mías si mañana las avergüenzan diciéndoles de su madre, lo que usted acaba de decirme de la mía!...

El acento de aquella mujer era á la vez tan triste y tan sincero, que Aquiles Calderón, no dudó que la perdía. ¡Y sin embargo, la mirada que ella le dirigió desde la puerta al alejarse para siempre, no fué de odio, sino de amor!...







DRAMA VULGAR

DRAMA VULGAR



DRAMA VULGAR

Una estancia tibia y llena de silencio con un vasto aroma de alcanfor. Los cortinajes blancos de la alcoba cierran todo el fondo, y en los cristales de la ventana ríe el sol, un hermoso sol matinal y otoñal. Sentado cerca de la alcoba, con la abatida cabeza entre las manos y en la actitud de un hombre sin consuelo, está Pedro Pondal. Cuando se levanta para entreabrir el cortinaje porque la enferma se queja débilmente, puede verse que tiene los ojos escaldados por las lágrimas.

OCTAVIA

¡Pedro! ¡Pedro!

PEDRO

¿Qué quieres?

OCTAVIA

No estés triste.

PEDRO

No...

OCTAVIA

¡Pobre pequeño, cuánto siento dejarte!

PEDRO

¡No me aflijas, Octavia!

OCTAVIA

La muerte me llama...

PEDRO

Tú eres quien la llama... Ayer aún te sentías alegre, llena de esperanza, y esta noche no sé qué sueño, no sé qué locura... Octavia, no me hables así que me desgarras el corazón.

Pedro Pondal, deja caer el cortinaje y vuelve á sentarse. En sus palabras, un poco bruscas, se adivina el esfuerzo que le cuesta no estallar en sollozos. Se sienta y torna á esconder el rostro entre las manos. Sus dedos pálidos y descoloridos, desaparecen bajo la alborotada cabellera á la cual se enredan, de tiempo en tiempo, coléricos y nerviosos. Vuelve á oirse la voz de Octavia.

OCTAVIA

¿Han ido á la Residencia?

PEDRO

Sí...

OCTAVIA

¿No me engañas?

PEDRO

No...

OCTAVIA

¿Quién ha ido?

PEDRO

Yo mismo.

OCTAVIA

¿Por qué no fué Sabel?

PEDRO

Porque fuí yo.

OCTAVIA

¿Hablaste tú con el Padre Rojas?

PEDRO

Hablé...

OCTAVIA

¿Qué te dijo?

PEDRO

¡Cien veces me lo has preguntado, y cien veces te lo he dicho...

OCTAVIA

¿Que vendría luego de decir su misa?

PEDRO

Sí...

OCTAVIA

Su misa es á las nueve.

PEDRO

No sé...

OCTAVIA

¡ Ya son las diez !

PEDRO

No sé...

Hay un largo silencio entre los dos amantes. La enferma parece haber hallado un momento de descanso, y se queja débilmente, como entre sueños. Pedro Pondal, levanta sin ruido el cortinaje de la alcoba y la contempla con angustia, el oído atento al más leve rumor. La enferma yace sepultada en el vasto lecho, una cama antigua en forma de góndola, sostenida por sirenas doradas. Pedro Pondal, la había comprado para trono de sus amores, en la almoneda de un Infante. Era graciosa y armónica, con esa divina línea curva de las palomas y esa voluptuosidad de las rosas, que en el misterio de sus formas, aún conservan remembranzas de mujeres. En el hoyo calenturiento de las almohadas, casi desaparece la cabeza de Octavia. Si se perfila, es por la sombra que el cabello le hace en torno. Tiene una indecisión lunar, parece borrosa como una vieja medalla de plata. El amante, con los ojos llenos de lágrimas, deja caer la cortina. Acércase á la ventana, y apoya la frente en los

cristales, bajo los oros del sol matinal y otoñal. Se oye el perpetuo sollozo de la fuente, y los gritos de los vendedores de periódicos que pasan pregonando las últimas noticias de un crimen misterioso. Una Hermana de la Caridad alta, hombruna, melada, con aspecto de granjera francesa bajo las tocas blancas y el delantal azul, asoma en la puerta enfriando con la cuchara una tisana.

LA HERMANA

¿Duerme?

PEDRO

Sí, al fin descansa.

LA HERMANA

¡Pobre alma, que noche de fiebre y de delirio!... No sé que espantos se le figuraba ver acechándola alrededor de la cama... Así tuvimos una enferma en el Asilo de Santa Mónica. ¡Era un batallar de noche, gritando que su alma estaba condenada, y con unas suplicaciones, también, para que la confesasen!... Si duerme, le dejaré su bebiba sobre la mesa.

La Hermana de la Caridad, entra en la alcoba apagando el ruido que hacen sus recios zapatos de campesina. Al mismo tiempo, se

oye en el corredor la voz grave y eclesiástica del Padre Rojas. El jesuíta modula su saludo en la puerta, con afectada pureza silábica, dejando caer las palabras como desde el púlpito, doctoral y gramatical.

EL PADRE ROJAS

¡La Gracia de Dios sea en esta casa! ¡Ave María! ¿Concede su permiso el Señor Pondal?

PEDRO

Pase usted.

EL PADRE ROJAS

Desde que nos hemos visto, bien, ¿verdad?

PEDRO

Sí, señor..

EL PADRE ROJAS

Hay que tener ánimo hijo mío.

PEDRO

Lo tengo.

EL PADRE ROJAS

La muerte no es la mayor de todas nuestras tribulaciones. Si para los pecadores puede ser la eterna noche, para los justos es la luz. ¿Y esa señora, cómo está?

PEDRO

Hace un momento dormía.

EL PADRE ROJAS

Pues no la despertaremos. ¡De ninguna manera! Me será muy agradable tener con usted un rato de plática. Haber si salimos buenos amigos. A la pobre enferma la conozco desde hace muchos años, y á usted también, aunque sin habérseme cumplido hasta hoy el gusto de hablarle. Ya tengo noticia de su pintura, su talento para la poesía. Entre nosotros tiene usted un amigo muy devoto: El Padre Cejador.

PEDRO

¡Pobre Padre Cejador!

EL PADRE ROJAS

¿Por qué pobre?...

PEDRO

Porque es un niño cargado con la ciencia de un sabio.

EL PADRE ROJAS

¡Cierto que para un niño es mucha carga!

PEDRO

¿El Padre Cejador, no había roto con la Compañía?

EL PADRE ROJAS

Roto no... Su salud, muy quebrantada, le obligó á separarse por un tiempo indefinido. y vivir sin la rigidez que impone la Regla. Pero nosotros solamente esperamos el momento en que pueda volver. ¡Es una de nues-

tras glorias! ¿También conocerá usted al Padre Salas? Cultiva la pintura.

PEDRO

No le conozco.

EL PADRE ROJAS

No recordará. El, á usted, le conoce muy bien. Es un sacerdote ya anciano, que pinta en el Museo.

PEDRO

Sí, ahora le recuerdo.

EL PADRE ROJAS

Recientemente, ha hecho para nuestra Casa, una copia admirable...

PEDRO

Se la vi hacer.

EL PADRE ROJAS

Del retrato de nuestro Padre San Ignacio. Y á usted, como inteligente, ¿qué le ha parecido? ¿Verdad que era exacta al original que guarda el Museo?

PEDRO

Si he de ser franco apenas la recuerdo... No siento gran admiración por las copias, aun cuando sean buenas.

EL PADRE ROJAS

Cierto que es preferible poseer los originales.

La Hermana de la Caridad, que sale de la alcoba, con los ojos bajos y las manos en cruz se detiene entre las dos cortinas, y en el silencio que sigue á las palabras del jesuíta, eleva su voz donde el eceeo andaluz contrasta con el sonsonete de salmodia.

LA HERMANA

La enferma solicita hablar breves momentos con su confesor.

EL PADRE ROJAS

Pues no la hagamos esperar, Continuaremos la conversación, señor Pondal.

El jesuíta, entra en la alcoba, y el amante sale de la estancia entenebrecido y huraño. En la puerta se cruza con la vieja Sabel.

SABEL

¡No duerma, no descanse, que luego habrá de sentirlo! ¡Los fierros más recios, también enmohecen y crian orín y con él se acaban! ¡Divino Jesús, ahora en vez de darle al cuerpo su descanso, iráse á poner sobre esos libros

de la medicina, buscando saber cuándo quiebra el hilo de las vidas, lo que nadie sabe si no eres tú, Divino Jesús!

LA HERMANA

Señora Sabel, si no mandan otra cosa, yo me retiro. Es la hora.

SABEL

¿Volverá esta noche?

LA HERMANA

Esta noche le corresponde á otra compañera.

SABEL

¿No podría volver usted?

LA HERMANA

¡Ya comprende, hacemos lo que dispone la Superiora!

SABEL

Como la enferma ya la conoce y se encariñó tanto...

LA HERMANA

Y la Superiora, hace lo que disponen los Estatutos.

Las voces tienen ese murmullo de rezo, y los ademanes esa lentitud sigilosa de quienes están cerca de un enfermo. Las dos mujeres

dejan la estancia. En el silencio que sigue, se oye el afligido suspirar de la enferma, y la voz grave del confesor que exhorta. Sabel, reaparece á poco hablando con el famoso Doctor Don José Olivares.

EL MÉDICO

¿Y ha sido ella quien pidió que la confesasen, ó fué cosa de ustedes?

SABEL

Fué ella, ella solamente. Antes del escandalazo se confesaba con ese señor. Después la pobre tuvo que dejarlo...

EL MÉDICO

¿Pero qué motivo había para tanta alarma?

SABEL

Los escrúpulos que la agonían. La pobre alma me pidió el rosario y me dijo, dice: — ¡Si Dios Nuestro Señor hiciese que antes de morir pudiese ver á mi hija!... — La niña, como usted sabe, está con la otra familia. ¡Cuantísimas lágrimas le tiene costado á la pobre señorita! Pero dicen que son cosas de la ley.

Al penetrar en la estancia bajan más la voz, y cuando la vieja calla, el médico guarda

silencio. Desde la alcoba, llegan los suspiros de la enferma, y el murmullo grave del confesor que aconseja. El bordoneo de aquella voz llena la estancia, saturada de olor á drogas, como el vuelo de un tábano. El amante, entra sin hacer ruido, con el andar de una sombra. Tiene los ojos febriles.

PEDRO

¿Doctor, ha visto usted á Octavia?

EL MÉDICO

Era preciso interrumpir... ¿Hace mucho que está ahí ese buen señor?

SABEL

Como mucho no hace... Preguntó quién la asistía. Le conoce á usted, señor médico.

PEDRO

¡Se la oye suspirar!...

EL MÉDICO

No es que yo sea opuesto por sistema á esas prácticas piadosas... Pero á los enfermos les impresionan.

SABEL

¡Pobre cordera! Lo pedía con un afán...

PEDRO

¡Llora! ¡Está llorando!

Se oye un llanto débil como el llanto de un niño. Se le adivina sofocado por las pálidas manos de la enferma. Pedro Pondal hace un vago intento para entrar en la alcoba, y se detiene con los ojos llenos de indecisión, unos ojos de buen muchacho, grandes é ingenuos, que se abren asustados ante aquella crueldad de la muerte que siega. La sombra negra del jesuíta aparece sobre el umbral de la alcoba, separando las cortinas.

EL PADRE ROJAS

Pueden ustedes pasar cuando gusten.

EL MÉDICO

Amigo Padre Rojas, se le saluda, aun cuando usted no quiera...

EL PADRE ROJAS

¿Quién le ha dicho á usted que yo no quiero? Tengo siempre una verdadera satisfacción en verle y en saludarle.

EL MÉDICO

¿Qué se hace ahora? ¿Sigue usted dedicándose á los estudios prehistóricos?

EL PADRE ROJAS

Alguna vez, á ratos perdidos. Es un vicio caro. Ya me había enterado de que asistía usted á esta señora.

EL MÉDICO

¿De qué no se enteran ustedes?

EL PADRE ROJAS

¿Usted querrá hacer su visita á la enferma? Pase usted, pase usted.

El jesuíta se aparta, dobla su talle flaco y luengo con una cortesía, y la sotana, al encojerse, deja ver los elásticos de las botas holgadas y fuertes, hechas á largas caminatas. El médico entra en la alcoba seguido de la vieja criada. El jesuíta, muy suave y untuoso, detiene á Pedro Pondal.

EL PADRE ROJAS

Dispénseme un momento. Deseo hablar con usted. Tengo que dirigirle un ruego en nombre de esa pobre señora.

PEDRO

¿En nombre de Octavia?

EL PADRE ROJAS

Sí, señor, sí... Pero siéntese y escuche. Tenga la bondad. Esa desgraciada señora...

PEDRO

No necesito escuchar. Sé lo que va usted á decirme.

EL PADRE ROJAS

En ese caso sabrá usted que yo no tengo nada que decirle. Quien tiene que decirle algo, muy doloroso ciertamente, es esa señora. Este humilde sacerdote no tiene otro carácter que el de emisario.

PEDRO

Para hablar conmigo, Octavia no necesita emisarios. No los ha necesitado jamás.

EL PADRE ROJAS

Ahora los necesita. Tal es la voluntad de Dios.

PEDRO

Todos ustedes tienen la vanidad de las conversiones.

EL PADRE ROJAS

Yo hago lo que me dicta mi conciencia.

PEDRO

Yo también.

EL PADRE ROJAS

No.

PEDRO

Sí.

EL PADRE ROJAS

Usted solamente atiende la voz del pecado.

PEDRO

La de mi corazón.

EL PADRE ROJAS

Para que esa pobre señora pueda morir tranquila, para que yo pueda absolverla de sus culpas, es preciso que usted salga de esta casa para no volver.

PEDRO

Mi sitio está ahí dentro, á la cabecera de Octavia.

EL PADRE ROJAS

Ese sitio puede ser el de la madre, el del marido, el de los hijos, el mío también... ¡El del amante nunca! ¿Desoirá usted el ruego de esa señora?...

PEDRO

Sí, porque no es ella quien exige que me vaya. Es usted, que amedrenta su alma con la idea del infierno.

EL PADRE ROJAS

No, la redimo con la esperanza del perdón y de la Gracia.

PEDRO

¡Pobre Octavia, amor mío, en vez de consuelos sute han traído remordimientos.

Don José Olivares, sale de la alcoba guardándose el termómetro, mal cabalgados sobre la nariz los quevedos de guarnición dorada, temblorosos y luminosos.

EL MÉDICO

Ahora reposo, absoluto reposo.

PEDRO

¿Cómo está?

EL MÉDICO

En lo que cabe, con una gran mejoría.

PEDRO

¿Mejor?

EL MÉDICO

En lo que cabe, nada más que en lo que cabe. No me sorprende. Á veces estos señores realizan curas maravillosas. ¿Tiene usted algo que decir, Padre Rojas?

EL PADRE ROJAS

Nada, nada... Le escucho...

PEDRO

¿Es decir que la encuentra usted mejor?

EL MÉDICO

Más calmada.

EL PADRE ROJAS

Este caballero hace un momento me acusa-

ba de haber llenado su espíritu de sombras y de inquietudes... Este caballero se conoce que está poco acostumbrado á dominarse... Pero hay nobleza, hay nobleza, he podido observarlo. Tiene un carácter muy poco cristiano, eso sí. La humildad, la resignación, el sufrimiento, son cosas con las cuales no quiere avenirse... Es la manera de ser de nuestra sociedad pagana, más pagana que aquella de la antigua Roma. ¿Conque esa señora en opinión tan autorizada está mejor? Vamos, me felicito, me felicito.

EL MÉDICO

Ya sabemos lo frecuentes que son tales reacciones en algunos enfermos, después de confesarse.

El jesuíta, asiente moviendo gravemente la cabeza y entornando los párpados largos, descarnados, que al tenderse sobre los ojos parecen transparentarlos. Después, cuando el médico deja de hablar, se vuelve hacia el amante, y le interroga cortesano, y lleno de miel, robozadas las palabras en una sonrisa de su boca rasurada y sagaz.

EL PADRE ROJAS

¿Y usted qué tiene que decir?

PEDRO

Nada.

EL MÉDICO

Claro está que en esas mejorías no pueden fundarse grandes esperanzas, pero son un hecho. Cuando yo salí de la Universidad, no creía en otra ciencia que en la de los libros. Hoy soy ecléctico. Creo lo mismo en la eficacia de una reliquia que en la de un específico. No son paradojas. Claro, que según los enfermos... Para mí, las aguas de Lourdes han curado más tísicos que las de Panticosa. Los milagros son hechos indudables, aun cuando no sean milagros.

EL PADRE ROJAS

Es usted incorregible, señor mío. Si usted reconoce la esencia y virtualidad de los hechos...

EL MÉDICO

Lo reconozco todo... Otro día que no tenga enfermos graves, discutiremos y nos pelearemos.

Don José Olivares, habla en tono de jovial franqueza, un poco rudo, que contrasta con la manera delicada y sutil del jesuíta. Pero la rudeza del médico, y la cortesanía del sacerdote, se asemejan como dos máscaras. Al oirlos se adivina su arte de viejos comediantes.

EL PADRE ROJAS

Vaya usted con Dios, señor mío. Pero conste que yo en manera alguna me proponía discutir.

El médico, recoge su sombrero y sale con un reir grave, incrédulo y burlón. Pedro Pondal, le acompaña en silencio. El jesuíta, queda solo, y se sienta con las manos en cruz, esperando á que vuelva el amante de aquella pobre señora. Sabel, en tanto, sale de la alcoba, donde se oye á la enferma que suspira. La vieja criada, busca en torno con los ojos inquisidores y perplejos.

SABEL

¿Dónde ha quedado la receta?

EL PADRE ROJAS

Hija mía, la enferma está mejor, y no ha recetado.

SABEL

¡Y para eso ganar más que gana un pobre arrancando piedras, todo el santo día!... Si á lo menos cumpliese, recetando todos los días como es debido.

EL PADRE ROJAS

Si la enferma parece que está mejor.

SABEL

¡Mejor! ¡Ay! No sé qué le diga. Aquel corazón está penando mucho.

EL PADRE ROJAS

La Gracia de Dios le dará fuerza.

SABEL

Por resignación que haya, no puede ser que se desaparte de su querer, sin que le cueste muchas lágrimas.

EL PADRE ROJAS

Las lágrimas, son como piedras preciosas que, á los ojos de Dios, avaloran el sacrificio de esa pobre señora.

SABEL

Serán, sí señor. Yo tampoco le digo menos. Pero tocante á que el señorito se camine de la casa, me parece que es pedirle los imposibles.

EL PADRE ROJAS

Si verdaderamente quiere á la enferma, cederá.

SABEL

¡Pues por lo mismo que la quiere más que á las niñas de sus ojos!

EL PADRE ROJAS

¡Qué pena me causa oirte!... Se adivina en

ti un corazón sencillo, lleno de bondad, pero tan descuidado en su educación religiosa... No dejes que hable por tus labios el espíritu de este siglo, sensual y egoísta. Quédese eso para los poderosos de la tierra, para el rico avariento que busca la felicidad en esta vida mortal. No para ti, pobre mujer, que jamás te revelaste contra la ley divina del dolor y del trabajo, sierva resignada, que ganas tu pan en el hogar ajeno, y que serás ensalzada con todos los humildes.

SABEL

¡Mía fe! Ciega debo estar por el enemigo, pues no alcanzo qué pecado puede haber donde la muerte acecha tan de cerca.

Aparece en la puerta la pálida figura del amante. El jesuíta, se pone en pie al verle, y se le acerca sacerdotal y paternal. Entonces, Sabel, entra en la alcoba, sigilosa y callada, andando en la punta de los pies.

EL PADRE ROJAS

Ya ha visto usted que esa señora no se ha agravado.

PEDRO

Felizmente.

EL PADRE ROJAS

¿Me permitirá usted todavía algunos momentos?

PEDRO

Diga usted.

EL PADRE ROJAS

Después de lo que el señor Doctor ha dicho, usted, sin duda alguna, habrá reflexionado. La mejoría de esa pobre señora, le señala á usted el camino que debe seguir. Esa pobre señora, cuyo pecado ha sido quererle, le ruega, le suplica, que no turbe su conciencia, que huya de su lado sin intentar verla, que la olvide y que la perdone.

PEDRO

Así son todos los milagros de ustedes. Triunfar de una infeliz mujer enferma, que agoniza, que delira, que muere. Amargar con remordimientos horribles sus últimos momentos. ¿Qué pecado puede haber en que yo la cierre los ojos?

EL PADRE ROJAS

Hijo mío, si nuestras culpas han de sernos perdonadas, es á condición de que el llanto de la penitencia las lave.

PEDRO

Yo no quiero que Octavia sufra. Yo no quiero que Octavia llore.

EL PADRE ROJAS

Qiuen no quiere sufrir, quien no quiere llorar, es usted.

PEDRO

Yo, sí.

EL PADRE ROJAS

Pues tenga usted un acto de fortaleza. Abandone esta casa. ¡Que la conciencia triunfe del corazón.

PEDRO

¿Y á dónde iré yo? ¡Sólo! ¡Sólo como los muertos! ¡Octavia! ¡Mi Octavia! ¡Tú no puedes querer que yo me vaya!

EL PADRE ROJAS

Cálmese. Sosiéguese usted. Lo quiere, lo quiere, porque Dios le ha tocado en el corazón.

PEDRO

Yo saldré de esta casa si Octavia lo desea, pero antes le diré que si me voy, es porque la adoro.

EL PADRE ROJAS

Evitemos una despedida tan dolorosa, hijo mío.

PEDRO

¡El mayor dolor es no verla! ¡Usted no se ha separado nunca de una mujer á quien se quiere más que á uno mismo, de una mujer

que es toda nuestra vida! ¡Usted no sabe lo que es eso!

EL PADRE ROJAS

Yo he tenido que separarme de mi madre para vestir este hábito. Mi madre, que era una santa, me animaba á entrar en religión, pero cuando llegó el momento de separarnos, se abrazó á mí llorando: — ¡Hijo mío, que me quedo sola en el mundo! ¡No te vayas! — Y yo no me fuí.

PEDRO

Pero usted ha profesado.

EL PADRE ROJAS

Algún tiempo después entré en religión: para ello, fué preciso que abandonase mi casa furtivamente, á la media noche. ¡Mi pobre madre dormía!

PEDRO

¿Y á usted no se le ocurrió entrar en su alcoba y darla un último beso?

EL PADRE ROJAS

No, porque en vez de uno le hubiera dado tantos, que mi madre se hubiera despertado.

PEDRO

¡El adiós que usted hubiera dado á su madre, de haber tenido corazón, quiero yo dárselo á Octavia! Quiero estrecharla entre mis brazos por última vez. Quiero que ella también por última vez me diga...

EL PADRE ROJAS

Lo que esa desgraciada señora tiene que decir á usted, no son ya frases que puedan murmurarse al oído, no son ya protestas y juramentos de amor, es el lenguaje del deber y de la religión, áspero, como la corona de espinas que ciñeron al Salvador del mundo.

Entre el cortinaje de la alcoba, aparece la figura blanca de la enferma. El cabello amortaja el rostro espectral.

OCTAVIA

¡Pedro, ten piedad de mí!

PEDRO

¿Tú quieres que yo me vaya, Octavia?

OCTAVIA

¡No ves qué desgraciada soy!

PEDRO

Contesta. ¿Tú quieres que yo me vaya?

OCTAVIA

Sí... Yo no... Lo quiere Dios.

PEDRO

¿Y que no vuelva á verte?

OCTAVIA

Sí... ¡Lo quiere Dios!

PEDRO

¡Me iré! ¡Me iré, y no me verás más! ¡Adiós, Octavia! ¡Mi Octavia querida! ¡Adiós, infame!

OCTAVIA

¡Pedro!... ¡Pedro!... ¡No te vayas! ¡No te vayas aunque me condene!

Sus brazos, se tienden desesperados hacia el amante, y desfallecida, sosteniéndose apenas sobre los pies descalzos, corre vacilante para detenerle. El jesuíta inclina la tonsurada cabeza, recoge el vuelo de sus hábitos, y helado, silencioso, prudente, sale. En la puerta se vuelve y hace la señal de la cruz.







LA NIÑA CHOLE

Memorias del Marqués de Bradomín

LA NIÑA CHOLE

(MEMORIAS DEL MARQUÉS DE BRADOMÍN)



LA NIÑA CHOLE

(MEMORIAS DEL MARQUÉS DE BRADOMÍN)

I

... Quería olvidar unos amores desgraciados y pensé recorrer el mundo en romántica peregrinación.

Aquella mujer tiene en la historia de mi vida un recuerdo galante, cruel y glorioso, como lo tienen en la historia de los pueblos, Thais, la de Grecia, y Ninon, la de Francia, esas dos cortesanas menos bellas que su destino. ¡Acaso el único destino que merece ser envidiado! Yo hubiérale tenido igual, y quizás más grande, de haber nacido mujer. Entonces lograría lo que jamás pude lograr. A las mujeres, para ser felices, les basta con no tener escrúpulos, y probablemente, no los hubiera tenido esa quimérica Marquesa de Bradomín. Dios mediante haría como las gentiles marquesas todos los viernes, después de haber pecado todos los días. Por cierto que algunas se han arrepentido todavía bellas y

tentadoras, olvidando que basta un punto de contrición al sentir cercana la vejez.

Por aquellos días de peregrinación sentimental era yo joven y algo poeta, con ninguna experiencia y harta novelería en la cabeza. Creía de buena fe en muchas cosas que ahora pongo en duda, y libre de escepticismos, dábame buena prisa á gozar de la existencia. Aunque no lo confesase, y acaso sin saberlo, era feliz, con esa felicidad indefinible que da el poder amar á todas las mujeres. Sin ser un donjuanista, he vivido una juventud amorosa y apasionada, pero de amor juvenil y bullente, de pasión equilibrada y sanguínea. Los decadentismos de la generación nueva no los he sentido jamás. Todavía hoy, después de haber pecado tanto, tengo las mañanas triunfantes y no puedo menos de sonreir recordando que hubo una época lejana donde lloré por muerto á mi corazón : muerto de celos, de rabia y de amor.

Decidido á correr tierras, al principio dudé sin saber á donde dirigir mis pasos; después, dejándome llevar de un impulso romántico, fuí á Méjico. Yo sentía levantarse en mi alma como un canto homérico, la tradición aventurera y noble de todo mi linaje. Uno de mis antepasados, Gonzalo de Sandoval, había fundado en aquellas tierras el reino de la Nueva Galicia, otro había sido Inquisidor General, y todavía el Marqués de Bradomín, conserva-

ba allí los restos de un mayorazgo, deshecho entre legajos de un pleito. Sin meditarlo más, resolví atravesar los mares. Me atraía la leyenda mejicana con sus viejas dinastías y sus dioses crueles.

Embarqué en Londres, donde vivía emigrado desde la traición de Vergara, é hice el viaje á la vela, en aquella fragata « Dalila » que después naufragó en las costas del Yucatán. Como un aventurero de otros tiempos, iba á perderme en la vastedad del viejo Imperio Azteca, imperio de historia desconocida, sepultada para siempre con las momias de sus reyes, entre restos ciclópeos que hablan de civilizaciones, de cultos, de razas que fueron y sólo tienen par en ese misterioso cuanto remoto Oriente.



II

Aun cuando toda la navegación tuvimos tiempo de bonanza, como yo iba herido de mal de amores, apenas salía de mi camarote ni hablaba con nadie. Cierto que viajaba para olvidar, pero hallaba tan novelescas mis cuitas, que no me resolvía á ponerlas en olvido. En todo me ayudaba aquello de ser inglesa la fragata y componerse el pasaje de herejes y mercaderes.

¡ Cúan diferente había sido mi primer viaje á bordo del « Masanielo », aquel navío genovés de tres puentes, que conducía viajeros de todas las partes del mundo ! Recuerdo que al tercer día ya tuteaba á un príncipe napolitano, y no hubo entonces damisela mareada, á cuya pálida y despeinada frente no sirviese mi mano de reclinatorio. Érame divertido entrar en los corros que se formaban sobre cubierta á la sombra de grandes toldos de lona, y aquí chapurrear el italiano con los mercaderes griegos de rojo fez y fino bigote negro, y allá encender el cigarro en la pipa de los misioneros armenios. Había gente de toda laya : tahures que parecían diplomáticos, cantantes con los dedos cubiertos de sortijas,

abates barbilindos que dejaban un rastro de almizcle, y generales americanos y toreros españoles y judíos rusos, y grandes señores ingleses. Una farándula exótica y pintoresca que con su algarabía causaba vértigo y mareo. Era por los mares de Oriente, con rumbo á Jafa. Yo iba como peregrino á Tierra Santa.

El amanecer de las selvas tropicales, cuando sus macacos aulladores y sus verdes bandadas de guacamayos saludan al sol, me ha recordado muchas veces los tres puentes del navío genovés, con su feria babélica de tipos, de trajes y de lenguas, pero más, mucho más me los recordaron las horas untadas de opio que constituían la vida á bordo de la fragata « Dalila ». Por todas partes asomaban rostros pecosos y bermejos, cabellos azafranados y ojos perjuros. Herejes y mercaderes en el puente, herejes y mercaderes en la cámara. ¡ Cualquiera tendría para desesperarse ! Yo, sin embargo, lo llevaba con paciencia. Mi corazón estaba muerto, tan muerto, que no digo la trompeta del Juicio, ni siquiera unas castañuelas le resucitarían. Desde que el cuitado diera las boqueadas, yo parecía otro hombre : habíame vestido de luto,y en presencia de las mujeres, á poco lindos que tuviesen los ojos, adoptaba una actitud lúgubre de poeta sepulturero y doliente. En la soledad del camarote edificaba mi espíritu con largas reflexiones, considerando cuán pocos hombres tienen la sueret

de llorar á los veinte años una infidelidad que hubiera cantado el divino Petrarca.

Por no ver aquella taifa luterana, apenas asomaba sobre cubierta. Solamente cuando el sol declinaba iba á sentarme en la popa, y allí, libre de importunos, pasábame las horas viendo borrarse la estela de la fragata. El mar de las Antillas, con su trémulo seno de esmeralda donde penetraba la vista, me atraía, me fascinaba, como fascinan los ojos verdes y traicioneros de las hadas que habitan palacios de cristal en el fondo de los lagos. Pensaba siempre en mi primer viaje. Allá, muy lejos, en la lontananza azul donde se disipan las horas felices, percibía como en esbozo fantástico las viejas placenterías. El lamento informe y sinfónico de las olas, despertaba en mí un mundo de recuerdos : perfiles desvanecidos, ecos de risas, murmullo de lenguas extranjeras, y los aplausos y el aleteo de los abanicos mezclándose á las notas de la tirolesa que en la cámara de los espejos cantaba Lili. Era una resurrección de sensaciones, una esfumación luminosa del pasado, algo etéreo, brillante, cubierto de polvo de oro, como esas reminiscencias que los sueños nos dan á veces de la vida.



III

Nuestra primera escala en aguas de Méjico, fué San Juan de Tuxtlan. Recuerdo que era media mañana cuando bajo un sol abrasador que resecaba las maderas y derretía la brea, dimos fondo en aquellas aguas de bruñida plata. Los barqueros indios, verdosos como antiguos bronces, asaltan la fragata por ambos costados, y del fondo de sus canoas sacan exóticas mercancías : cocos esculpidos, abanicos de palma y bastones de carey, que muestran sonriendo como mendigos á los pasajeros que se apoyan sobre la borda. Cuando levanto los ojos hasta los peñascos de la ribera, que asoman la tostada cabeza entre las olas, distingo grupos de muchachos desnudos que se arrojan desde ellos y nadan grandes distancias, hablándose á medida que se separan y lanzando gritos. Algunos descansan sentados en las rocas, con los pies en el agua : otros se encaraman para secarse al sol, que los ilumina de soslayo, gráciles y desnudos, como figuras de un friso del Partenón.

Por huir del enojo que me causaba la vida á bordo, decidíme á desembarcar. No olvidaré nunca las tres horas mortales que duró el

pasaje desde la fragata á la playa. Aletargado por el calor, voy todo este tiempo echado en el fondo de la canoa de un negro africano que mueve los remos con lentitud desesperante. A través de los párpados entornados, veía erguirse y doblarse sobre mí, guardando el mareante compás de la bogada, aquella figura de carbón, que unas veces me sonríe con sus abultados labios de gigante, y otras silba esos aires cargados de religioso sopor, una música compuesta solamente de tres notas tristes, con que los magnetizadores de algunas tribus salvajes adormecen á las grandes culebras. Así debía ser el viaje infernal de los antiguos en la barca de Carón : sol abrasador, horizontes blanquecinos y calcinados, mar en calma sin brisas ni murmullos, y en el aire todo el calor de las fraguas de Vulcano.

Cuando arribamos á la playa, se levantaba una fresca ventolina, y el mar, que momentos antes semejaba de plomo, empezaba á rizarse. « La Dalila » no tardaría en levar anclas para aprovechar el viento que llegaba tras largos días de calma. Solamente me quedaban algunas horas para recorrer aquel villaje indio. De mi paseo por las calles arenosas de San Juan de Tuxtlan conservo una impresión somnolente y confusa, parecida á la que deja un libro de grabados hojeado perezosamente en la hamaca durante el bochorno de la siesta. Hasta me parece que cerrando los

ojos, el recuerdo se aviva y cobra relieve. Vuelvo á sentir la angustia de la sed y el polvo : atiendo el despacioso ir y venir de aquellos indios ensabanados como fantasmas, oigo la voz melosa de aquellas criollas ataviadas con graciosa ingenuidad de estatuas clásicas, el cabello suelto, los hombros desnudos, velados apenas por rebocillo de transparente seda.

Aun á riesgo de que la fragata se hiciese al mar, busqué un caballo y me aventuré hasta las ruinas de Tequil. Un indio adolescente me sirvió de guía. El calor era insoportable. Casi siempre al galope, recorrí extensas llanuras de Tierra Caliente, plantíos que no acaban nunca, de henequen y caña dulce. En la línea del horizonte se perfilaban las colinas de configuración volcánica revestidas de maleza espesa y verdinegra. En la llanura los chaparros tendían sus ramas, formando una á modo de sombrilla gigantesca, y sentados en rueda, algunos indios devoraban la miserable ración de tamales.

Nosotros seguíamos una senda roja y polvorienta. El guía, casi desnudo, corría delante de mi cabello. Sin hacer alto una sola vez, llegamos á Tequil. En aquellas ruinas de palacios, de pirámides y de templos gigantes, donde crecen polvorientos sicomoros y anidan verdes reptiles, he visto por vez primera una singular mujer á quien sus criados indios, casi estoy por decir sus siervos, llamaban dul-

cemente la Niña Chole. Me pareció la Salambó de aquellos palacios. Venía de camino hacia San Juan de Tuxtlan y descansaba á la sombra de una pirámide, entre el cortejo de sus servidores. Era una belleza bronceada, exótica, con esa gracia extraña y ondulante de las razas nómadas, una figura hierática y serpentina, cuya contemplación evocaba el recuerdo de aquellas princesas hijas del sol, que en los poemas indios resplandecen con el doble encanto sacerdotal y voluptuoso. Vestía como las criollas yucatecas, albo hipil recamado con sedas de colores, vestidura indígena semejante á una tunicela antigua, y zagalejo andaluz que en aquellas tierras ayer españolas llaman todavía con el castizo y jacaresco nombre de fustán. El negro cabello caíale suelto, el hipil jugaba sobre el clásico seno. Por desgracia, yo solamente podía verla el rostro aquellas raras veces que hacia mí lo tornaba, y la Niña Chole tenía esas bellas actitudes de ídolo, esa quietud estática y sagrada de la raza maya, raza tan antigua, tan noble, tan misteriosa, que parece haber emigrado del fondo de la Asiria. Pero á cambio del rostro desquitábame en aquello que no alcanzaba á velar el rebocillo, admirando cómo se merecía la tornátil morbidez de los hombros y el contorno del cuello. ¡Válgame Dios! Me parecía que de aquel cuerpo bruñido por el ardiente sol de Méjico se exhala-

ban lánguidos efluvios, y que yo los aspiraba, os bebía, que me embriagaba con ellos...

Un criado indio trae del diestro el palafrén de aquella Salambó, que le habla en su vieja lengua y cabalga sonriendo. Entonces, al verla de frente, el corazón me dió un vuelco. Tenía la misma sonrisa de Lili. ¡Aquella Lili, no sé si amada, si aborrecida!



IV

Descansé en un bohío levantado en medio de las ruinas y adormecí en la hamaca colgada de un cedro gigantesco que daba sombra á la puerta. El campo se hundía lentamente en el silencio amoroso y lleno de suspiros de un atardecer ardiente. La brisa aromada y fecunda de los crepúsculos tropicales, oreaba mi frente. La campiña toda se estremecía cual si acercarse sintiese la hora de sus nupcias, y exhalaba de sus entrañas vírgenes un vaho caliente de negra enamorada, potente y deseosa.

Adormecido por el ajetreo, el calor y el polvo, soñé como un árabe que imagínase haber traspasado los umbrales del paraíso. ¿Necesitaré decir que las siete huríes con que me regaló el profeta eran siete criollas vestidas de fustán é hipil, y que todas tenían la sonrisa de Lili y el mirar de la Niña Chole? Verdaderamente aquella Salambó de los palacios de Tequil empezaba á preocuparme demasiado. Lo advertí con terror, porque estaba seguro de concluir enamorándome locamente de sus lindos ojos si tenía la desgracia de volver á verlos. Afortunadamente

las mujeres que así tan de súbito nos cautivan suelen no aparecer más que una vez en la vida. Pasan como sombras envueltas en el misterio de un crepúsculo ideal. Si volviesen á pasar, quizá desvaneceríase el encanto. ¡ Y á qué volver si una mirada suya basta á comunicarnos todas las secretas melancolías del amor !

¡ Oh románticos devaneos, pobres hijos del ideal, nacidos durante algunas horas de viaje ! ¿Quién llegó á viejo y no ha sentido estremecerse el corazón bajo la caricia de vuestra ala blanca? ¡ Yo guardo en el alma tantos de estos amores ! Aun hoy, con la cabeza llena de canas, viejo prematuro, no puedo recordar sin melancolía un rostro de mujer entrevisto cierta madrugada entre Urbino y Roma, cuando yo estaba en la Guardia Noble de Su Santidad : es una figura de ensueño pálida y suspirante, que flota en lo pasado y esparce sobre todos mis recuerdos juveniles el perfume ideal de esas flores secas que, entre cartas y rizos, guardan los enamorados, y en el fondo de algún cofrecillo parecen exhalar el cándido secreto de los primeros amores.

Los ojos de la Niña Chole habían removido en mi alma tan lejanas memorias, tenues como fantasmas, blancas como bañadas por luz de luna. Aquella sonrisa, evocadora de la sonrisa de Lili, había encendido en mi sangre tumultuosos deseos, y en mi espíritu an-

sia vaga de amor. Rejuvenecido y feliz, con cierta felicidad melancólica, suspiraba por los amores ya vividos, al mismo tiempo que me embriagaba con el perfume de aquellas rosas abrileñas que tornaban á engalanar el viejo tronco. El corazón tanto tiempo muerto sentía con la ola de savia juvenil que lo inundaba nuevamente, la nostalgia de viejas sensaciones : sumergíase en la niebla del pasado y saboreaba el placer de los recuerdos, ese placer de moribundo que amó mucho y en formas muy diversas. ¡Ay, era delicioso aquel estremecimiento que la imaginación excitada comunicaba á los nervios!...

Y en tanto la noche detendía por la gran llanura su sombra llena de promesas apasionadas, y los pájaros de largas alas volaban de las ruinas. Di algunos pasos y con voces que repitió el eco milenario de aquellos palacios, llamé al indio que me servía de guía. Con el overo ya embridado asomó tras un ídolo gigantesco esculpido en piedra roja. Cabalgué y partimos. El horizonte relampagueaba. Un vago olor marino, olor de algas y brea, mezclábase por veces al mareante de la campiña y allá, muy lejos, en el fondo obscuro del Oriente, se divisaba el resplandor rojizo de la selva que ardía. La Naturaleza lujuriosa y salvaje, aun palpitante del calor de la tarde, semejaba dormir el sueño profundo y jadeante de una fiera fecundada. En aque-

llas tinieblas pobladas de susurros nupciales y de moscas de luz que danzan entre las altas hierbas, raudas y quiméricas, me parecía respirar una esencia suave, deliciosa, divina, la esencia que la primavera vierte al nacer en el cáliz de las flores y en los corazones.

V

Ya metida la noche llegamos á San Juan de Tuxtlan. Descabalgué y, arrojando al guía las riendas del caballo, por una calle solitaria bajé solo á la playa. Al darme en el rostro la brisa del mar, avizoréme pensando si la fragata habría zarpado. En estas dudas iba, cuando percibo á mi espalda blando rumor de pisadas descalzas. Un indio ensabanado se me acerca.

— ¿No tiene mi amito alguna cosita que me ordenar?

— Nada, nada...

El indio hace señal de alejarse.

— ¿Ni precisa que le guíe, niño?

— No preciso nada.

Sombrío y musitando, embózase mejor en la sábana que le sirve de clámide y se va. Yo sigo adelante camino de la playa. De pronto la voz mansa y humilde del indio llega nuevamente á mi oído. Vuelvo la cabeza y le descubro á pocos pasos. Venía á la carrera y cantaba los gozos de Nuestra Señora de Guadalupe. Me dió alcance y murmuró emparejándose.

— De verdad, niño, si se pierde no sabrá salir de los médanos...

El hombre empieza á cansarme, y me resuelvo á no contestarle. Esto, sin duda, le anima porque sigue acosándome buen rato de camino. Calla un momento y luego, en tono misterioso, añade :

— ¿No quiere que le lleve junto á una chinita, mi jefe?... Una tapaíta de quince años que vive aquí merito. Andele, niño, verá bailar el jarabe. Todavía no hace un mes que la perdió el amo del ranchito de Huaxila. Niño Nacho, no sabe.

De pronto se interrumpe, y con un salto de salvaje plántaseme delante en ánimo y actitud de cerrarme el paso : encorvado, el sombrero en una mano á guisa de broquel, la otra echada fieramente atrás, armada de una faca ancha y reluciente. Confieso que me sobrecogí. El paraje era á propósito para tal linaje de asechanzas : médanos pantanosos cercados de negros charcos donde se reflejaba la luna, y allá lejos una barraca de siniestro aspecto con los resquicios iluminados por la luz de dentro. Quizá me dejo robar entonces si llega á ser menos cortés el ladrón y me habla torvo y amenazante, jurando arrancarme las entrañas y prometiendo beberse toda mi sangre. Pero en vez de la intimación breve é imperiosa que esperaba, le escucho murmurar con su eterna voz de esclavo :

— No se llegue, mi amito, que puede clavarse...

Oirle y recobrarme fué obra de un instante. El indio ya se recogía, como un gato montés, dispuesto á saltar sobre mí. Parecióme sentir en la médula el frío del acero : tuve horror á morir apuñalado, y de pronto me sentí fuerte y valeroso. Con ligero estremecimiento en la voz, grité al truhán adelantando un paso, apercibido á resistirle :

— ¡ Andando ó te dejo seco !

El indio no se movió. Su voz de siervo parecióme llena de ironía.

— ¡ No se arrugue, valedor !... Si quiere pasar, ahí merito, sobre esa piedra, arríe la plata. Andele, luego, luego.

Otra vez volví á tener miedo de aquella faca reluciente. Sin embargo, murmuré resuelto :

— ¡ Ahora vamos á verlo, bandido !

No tenía armas, pero en las ruinas de Tequil á una india joven que vendía pieles de jaguar, cocos delicadamente esculpidos, idolillos, caracoles marinos, y el diablo sabe cuántas cosas raras y exóticas, había tenido el capricho de comprarle un bastón que me encantó por la rareza de sus labores. Aún lo conservo : parece el cetro de un rey negro, tan oriental y al mismo tiempo tan ingenua y primitiva es la fantasía con que está labrado. Me afirmé los quevedos, requerí el palo, y con gentil compás de pies,como diría un bravo de ha dos siglos, adelanté hacia el ladrón, que

dió un paso, procurando herirme de soslayo. Por ventura mía, la luna dábale de lleno y advertí el ataque en sazón de evitarlo. Recuerdo confusamente que intenté un desarme con amago á la cabeza y golpe al brazo, y que el indio lo evitó jugándome la luz con destreza de salvaje. Después no sé. Sólo conservo una impresión angustiosa como de pesadilla. El médano iluminado por la luna; la arena negra y movediza donde se entierran los pies; el brazo que se cansa; la vista que se turba; el indio que desaparece, vuelve, me acosa, se encorva y salta con furia fantástica de gato embrujado; y cuando el palo va á desprenderse de mi mano, un bulto que huye y el brillo de la faca que pasa sobre mi cabeza y queda temblando como víbora de plata clavada en el árbol negro y retorcido de una cruz hecha de dos troncos chamuscados...

Quedéme un momento azorado y sin darme cuenta cabal del suceso. Como á través de niebla muy espesa, vi abrirse sigilosamente la puerta de la barraca y salir dos hombres á catear la playa. Recelé algún encuentro como el pasado y tomé á buen paso camino del mar. Llegué á punto que largaba un bote de la fragata, donde iban el segundo de á bordo y el capellán. Gritéles, me conocieron y mandaron virar para recogerme. Ya con el pie sobre la borda exclamé :

— ¡Buen susto !...

A contar iba mi aventura con el indio, cuando sin saber por qué cambié de propósito y me limité á decir :

— ¡ Buen susto ! ¡ Creí que « La Dalila » habría zarpado !

Y el segundo, que como buen marino era desabrido en el habla, tornando á colocar la caña del timón, repuso en mal castellano y sin volverse :

— Hasta mañana en la noche, Sir.

Arrastró una alfombrilla y doblando el cuerpo como el jinete que quiere dar ayudas al caballo, gritó :

— ¡ Avante !

Seis remos cayeron en el mar, y el bote arrancó como una flecha.



VI

Llegado que fuí á la fragata, recogíme á mi camarote, y como estuviese muy fatigado, me acosté en seguida. Cátate que no bien apago la luz empiezan á removerse las víboras mal dormidas del deseo que desde todo el día llevaba enroscadas al corazón, apercibidas á morderle. Al mismo tiempo sentíame invadido por una gran melancolía, llena de confusión y de misterio. La melancolía del sexo, germen de la gran tristeza humana. El recuerdo de la Niña Chole perseguíame con mariposeo ingrávido y terco. Su belleza índica, y aquel encanto sacerdotal, aquella gracia serpentina, y el mirar sibilino, y las caderas ondulosas, la sonrisa inquietante, los pies de niña, los hombros desnudos, todo cuanto la mente adivinaba, cuanto los ojos vieran, todo, todo era hoguera voraz en que mi carne ardía. Me figuraba que las formas juveniles y gloriosas de aquella Venus de bronce florecían entre céfiros, y que veladas primero se entreabrían, como rosas de Alejandría en los jardines de Tierra Caliente. Y era tal el poder sugestivo del recuerdo, que en algunos momentos creí respirar el perfume voluptuoso

que al andar esparcía su falda, con ondulaciones suaves.

Poco á poco cerróme los ojos la fatiga, y el arrullo monótono y regular del agua acabó de sumirme en un sueño amoroso, febril é inquieto, representación y símbolo de mi vida. Despertéme al amanecer con los nervios vibrantes, cual si hubiese pasado la noche en un invernadero entre plantas exóticas, de aromas raros, afroditas y penetrantes, sobre mi cabeza sonaban voces confusas y blando pataleo de pies descalzos, todo ello acompañado de mucho chapoteo y trajín. Empezaba la faena del baldeo. Me levanté y subí al puente. Heme ya respirando la ventolina que huele á brea y algas. En aquella hora el calor es deleitante. Percíbense en el aire estremecimientos voluptuosos : el horizonte ríe, bajo un hermoso sol.

Envuelto en el rosado vapor que la claridad del alba extendía sobre el mar azul, adelantaba un esquife. Era tan esbelto, ligero y blanco, que la clásica comparación con la graviota y con el cisne veníale de perlas. En las bancas traía hasta seis remeros. Bajo un palio de lona levantado á popa se guarecía del sol una figura vestida de blanco. Cuando el esquife tocó la escalera de la fragata, ya estaba yo allí, en confusa espera de no sé qué gran ventura. Una mujer venía sentada al timón. El toldo solamente me deja ver el borde de la falda y los pies de reina calzados

con chapines de raso blanco, pero mi alma la adivina. ¡Es ella, la Salambó de los palacios de Tequil!... Sí, era ella, más gentil que nunca, velada apenas en el rebocillo de seda. Hela en pie sobre la banca, apoyada en los hercúleos hombros de un marinero negro. El labio abultado y rojo de la criolla sonríe con la gracia inquietante de una egipcia, de una turania. Sus ojos, envueltos en la sombra de las pestañas, tienen algo de misterioso, de quimérico y lejano, algo que hace recordar las antiguas y nobles razas que en remotas edades fundaron grandes imperios en los países del sol... El esquife cabecea al costado de la fragata. La criolla, entre asustada y divertida, se agarra á los crespos cabellos del gigante, que impensadamente la toma al vuelo y se lanza con ella á la escala. Los dos ríen envueltos en un salsero que les moja la cara. Ya sobre cubierta, el coloso negro la deja sola y se aparta secreteando con el contramaestre.

Yo gano la cámara por donde necesariamente han de pasar. Nunca el corazón me latiera con más violencia. Recuerdo perfectamente que estaba desierta y un poco obscura. Las luces del amanecer cabrilleaban en los cristales. Pasa un momento. Oigo voces y gorjeos, un rayo de sol más juguetón, más vivo, más alegre, ilumina la cámara, y en el fondo de los espejos se refleja la imagen de la Niña Chole.



VII

Fué aquel uno de esos largos días de mar encalmados y bochornosos que navegando á vela no tienen fin. Sólo de tiempo en tiempo alguna ráfaga cálida pasaba entre las jarcias y hacía flamear el velamen. Yo andaba avizorado y errabundo, con la esperanza de que la Niña Chole se dejase ver sobre cubierta algún momento. Vana esperanza. La Niña Chole permaneció retirada en su camarote, acaso por esto las horas me parecieron, como nunca, llenas de tedio. Desengañado de aquella sonrisa que yo había visto y amado en otros labios, fuí á sentarme en la popa.

Sobre el dormido cristal de esmeralda la fragata dejaba una estela de bullentes rizos. Sin saber cómo resurgió en mi memoria cierta canción americana que Nieves Agar, la amiga querida de mi madre, me enseñaba hace muchos años, allá en tiempos, cuando yo era rubio como un tesoro y solía dormirme en el regazo de las señoras que iban de tertulia al Palacio de Bradomín. Esta afición á dormir en un regazo femenino la conservo todavía. ¡Pobre Nieves Agar, cuántas veces me has

mecido en tus rodillas al compás de aquel danzón que cuenta la historia de una criolla más bella que Atala, dormida en hamaca de seda, á la sombra de los cocoteros! ¡Tal vez la historia de otra Niña Chole!

Ensoñador y melancólico permanecí toda la tarde sentado á la sombra del foque, que caía lacio sobre mi cabeza. Solamente al declinar el sol se levantó una ventolina, y la fragata, con todo su velamen desplegado, pudo doblar la isla de Sacrificios y dar fondo en aguas de Veracruz. Cautiva el alma de religiosa emoción, contemplé la abrasada playa donde desembarcaron antes que pueblo alguno de la vieja Europa, los aventureros españoles, hijos de Alarico el bárbaro y de Tarik el moro. Vi la ciudad que fundaron y á la que dieron abolengo de valentía, espejarse en el mar quieto y de plomo, como si mirase fascinada la ruta que trajeron los hombres blancos. A un lado, sobre desierto islote de granito, baña sus pies en las olas el Castillo de Ulúa, sombra romántica que evocaba un pasado feudal que allí no hubo, y á lo lejos la cordillera del Orizaba, blanca como la cabeza de un abuelo, dibújase con indecisión fantástica sobre un cielo clásico de límpido y profundo azul. Recordé lecturas casi olvidadas que, niño aún, me habían hecho soñar con aquella tierra hija del sol, narraciones medio históricas, medio novelescas, en que siempre se dibujaban

hombres de tez cobriza, tristes y silenciosos como cumple á los héroes vencidos, y selvas vírgenes pobladas de pájaros de brillante plumaje, y mujeres como la Niña Chole, ardientes y morenas, símbolo de la pasión que dijo un pobre poeta de estos tiempos.

Como no es posible renunciar á la patria, yo, español y caballero, sentía el corazón henchido de entusiasmo y poblada de visiones gloriosas la mente, y la memoria llena de recuerdos históricos. La imaginación exaltada me fingía al aventurero extremeño, poniendo fuego á sus naves, y á sus hombres esparcidos por la arena, atisbándole de través, los mostachos enhiestos al antiguo uso marcial, y sombríos los rostros varoniles, curtidos y con pátina, como las figuras de los cuadros muy viejos. Yo iba á desembarcar en aquella playa sagrada, siguiendo los impulsos de una vida errante, y al perderme, quizás para siempre, en la vastedad del viejo Imperio Azteca, sentía levantarse en mi alma de aventurero, de hidalgo y de cristiano, el rumor augusto de la historia.

Apenas anclamos, sale en tropel de la ribera una gentil flotilla compuesta de esquifes y canoas. Desde muy lejos se oye el son monótono del remo. Centenares de cabezas asoman sobre la borda de la fragata, y abigarrada muchedumbre hormiguea, se agita y se desata en el entrepuente. Háblase á gritos el español,

el inglés, el chino. Los pasajeros hacen señas á los barqueros indios para que se aproximen : ajustan, disputan, regatean, y al cabo, como rosario que se desgrana, van cayendo en el fondo de las canoas que rodean la escalera y esperan ya con los remos armados. La flotilla se dispersa. Todavía á larga distancia vese una diminuta figura moverse agitando los brazos, y se oyen sus voces, que destaca y agranda la quietud solemne de aquellas regiones abrasadas. Ni una sola cabeza se ha vuelto hacia el vapor, para mandarle un adiós de despedida. Allá van, sin otro deseo que tocar cuanto antes la orilla. Son los conquistadores del oro.

La noche se avecina. En esta hora del crepúsculo, el deseo ardiente que la Niña Chole me produce, se aquilata y purifica, hasta convertirse en ansia vaga de amor ideal y poético. Todo obscurece lentamente : gime la brisa, riela la luna, el cielo azul turquí se torna negro, de un negro solemne, donde las estrellas adquieren una limpidez profunda. Es la noche americana de los poetas.

VIII

Acababa de bajar á mi camarote, y hallábame tendido en la litera fumando una pipa, y quizá soñando con la Niña Chole, cuando se abre la puerta y veo aparecer á Julio César, un rapazuelo mulato que me había regalado en Jamaica cierto aventurero portugués que, andando el tiempo, llegó á general y ministro en la República Dominicana. Julio César se detiene en la puerta, bajo el pabellón que forman las cortinas.

— ¡Mi amito! A bordo viene un moreno que mata los tiburones en el agua, con el trinchete. ¡Suba, mi amito, no se dilate!...

Y desaparece velozmente, como esos etíopes, carceleros de princesas, en los castillos encantados. Yo, espoleado por la curiosidad, salgo tras él. Heme en el puente, que ilumina la plácida claridad del plenilunio. Un negro colosal, con el traje de tela chorreando agua, se sacude como un gorila, en medio del corro que á su rededor han formado los pasajeros, y sonríe, mostrando sus blancos dientes de animal familiar. A pocos pasos, dos marineros encorvados sobre la borda de estribor, halan un tiburón medio degollado, que se

balancea, fuera del agua, al costado, de la fragata. Mas he ahí, que de pronto rompe el cable, y el tiburón desaparece en medio de un remolino de espumas. El negrazo musita apretando los labios elefancíacos :

— ¡ Pendejos !

Y se va, dejando como un rastro, en la cubierta del navío, las huellas húmedas de sus pies descalzos. Una voz femenil le grita desde lejos :

— ¡ Che, moreno !...

— ¡ Voy, horita, Niña !... No me dilato.

La forma de una mujer blanquea sobre negro fondo en la puerta de la cámara. ¡ No hay duda, es ella ! ¿Pero cómo no la he adivinado? ¿Qué hacías tú, corazón, que no me anunciabas su presencia? ¡ Oh, con cuánto gusto hubiérate entonces puesto bajo sus lindos pies para castigo ! El marinero se acerca.

— ¿Mandaba alguna cosa la Niña Chole?

— Quiero verte matar un tiburón.

El negro sonríe, con esa sonrisa blanca de los salvajes, y pronuncia lentamente, sin apartar los ojos de las olas que argenta la luna :

— No puede ser, mi amita : se ha juntado una punta de tiburones, ¿sabe?

— ¿Y tienes miedo?

— ¡ Qué va !... Aunque fácilmente, como la sazón está peligrosa... Vea su merced no más...

La Niña Chole no le dejó concluir.

— ¿Cúanto te han dado esos señores?

— Veinte tostones : dos centenes, ¿sabe?

Oyó la respuesta el contramaestre, que pasaba ordenando una maniobra, y con esa concisión ruda y franca de los marinos curtidos, sin apartar el pito de los labios ni volver la cabeza, apuntóle.

— ¡Cuatro monedas y no seas guaje!...

El negro pareció dudar. Asomóse al barandar de estribor y observó un instante el fondo del mar, donde temblaban amortiguadas las estrellas. Veíanse cruzar argentados y fantásticos peces que dejaban tras sí estela de fosforescentes chispas y desaparecían confundidos con los rieles de la luna : en la zona sombra que sobre el azul de las olas proyectaba el costado de la fragata, esbozábase la informe mancha de una cuadrilla de tiburones. El marinero se apartó reflexionando. Todavía volvióse una ó dos veces á mirar las dormidas olas, como penetrado de la queja que lanzaban en el silencio de la noche. Picó un cigarro con las uñas, y se acercó :

— Cuatro centenes, ¿le apetece á mi amita?

La Niña Chole, con ese desdén patricio que las criollas opulentas sienten por los negros, volvió á él su hermosa cabeza de reina india, y en tono tal, que las palabras parecían dormirse cargadas de tedio en el borde de los labios, murmuró :

— ¿Acabarás?... ¡Sea los cuatro centenes!...

Los labios hidrópicos del negro esbozaron una sonrisa de ogro avaro y sensual: seguidamente despojóse de la blusa, desenvainó el cuchillo que llevaba en la cintura, y como un perro de Terranova, tomóle entre los dientes y se encaramó sobre la borda. El agua del mar relucía aún en aquel torso desnudo, que pareció de barnizado ébano. Inclinóse el negrazo sondando con los ojos el abismo, y luego, cuando los tiburones salieron á la superficie, le vi erguirse negro y mitológico sobre el barandal que iluminaba la luna, y con los brazos extendidos, echarse de cabeza y desaparecer buceando. Tripulación y pasarejeros, cuantos se hallaban sobre cubierta agolpáronse á la borda. Sumiéronse los tiburones en busca del negro, y todas las miradas quedaron fijas en un remolino que no tuvo tiempo á borrarse, porque casi incontinenti una mancha de espumas rojas coloreó el mar, y en medio de los hurras de la marinería y el vigoroso aplaudir de las manos coloradotas y plebeyas de los mercaderes, salió á flote la testa chata y lanuda del marinero, que nadaba, ayudándose de un solo brazo, mientras con el otro sostenía entre aguas un tiburón degollado por la garganta, donde traía clavado el cuchillo. Tratóse en tropel, de izar al negro; arrojáronse cuerdas, ya para el caso

prevenidas, y cuando levantaba medio cuerpo fuera del agua, rasgó el aire un alarido horrible, y le vimos abrir los brazos y desaparecer sorbido por los tiburones. Yo permanecía aún sobrecogido, cuando sonó á mi espalda una voz que decía :

— ¿Quiere hacerme sitio, señor?

Al mismo tiempo, alguien tocó suavemente mi hombro. Volví la cabeza y halléme con la Niña Chole. Vagaba cual siempre por su labio inquietante sonrisa y abría y cerraba velozmente una de sus manos, en cuya palma vi lucir varias monedas de oro. Rogóme con cierto misterio que la dejase sitio, y doblándose sobre la borda, las arrojó lo más lejos que pudo. En seguida volvióse á mí con gentil escorzo de todo el busto :

— ¡Ya tiene para el flete de Carón !...

Yo debía estar más pálido que la muerte, pero como ella fijaba en mí sus hermosos ojos y sonreía, vencióme el encanto de los sentidos, y mis labios, aún trémulos, pagaron aquella sonrisa de reina antigua con la sonrisa del esclavo, que aprueba cuanto hace su señor. La crueldad de la criolla me horrorizaba y me atraía : nunca como entonces me pareciera tentadora y bella. Del mar obscuro y misterioso subían murmullos y aromas : la blanca luna les prestaba no sé qué rara voluptuosidad. La trágica muerte de aquel coloso negro, el mudo espanto que se pintaba aún en todos los

rostros, un violín que lloraba en la cámara, todo en aquella noche, bajo aquella luna, era para mí objeto de voluptuosidad depravada y sutil...

Alejóse la Niña Chole con ese andar rítmico y ondulante que recuerda al tigre, y al desaperecer, una duda cruel me mordió el corazón. Hasta entonces no había reparado que á mi lado estaba un adolescente bello y rubio, que recordé haber visto al desembarcar en la playa de Tuxtlan. ¿Sería para él la sonrisa de aquella boca, en donde parecía dormir el enigma de algún antiguo culto licencioso, cruel y diabólico?

IX

Con las primeras luces del alba desembarqué en Veracruz. Tuve miedo de aquella sonrisa, la sonrisa de Lili, que ahora se me aparecía en boca de otra mujer. Tuve miedo de aquellos labios, los labios de Lili, frescos, rojos, fragantes como las cerezas de nuestro huerto, que tanto gustaba de ofrecerme en ellos. Si el pobre corazón es liberal, y dió hospedaje al amor más de una y de dos veces, y gustó sus contadas alegrías, y padeció sus innumerables tristezas, no pueden menos de causarle temblores, miradas y sonrisas, cuando los ojos y los labios que las prodigan son como los de la Niña Chole. ¡Yo he temblado entonces, y temblaría hoy, que la nieve de tantos inviernos cayó sin deshelarse sobre mi cabeza!







ROSARITO

ROSARITO



ROSARITO

I

Sentada ante uno de esos arcaicos veladores con tablero de damas, que tanta boga conquistaron en los comienzos del siglo, cabecea el sueño la anciana Condesa de Cela : los mechones plateados de sus cabellos, escapándose de la toca de encajes, rozan con intermitencias desiguales los naipes alineados para un solitario. En el otro extremo del canapé su nieta Rosarito mueve en silencio cuatro agujas de acero, de las cuales, antes que la velada termine, espera ver salir un botinín blanco con borlas azules, igual en todo á otro que la niña tiene sobre el regazo, y sólo aguarda al compañero para ir á calzar los diminutos pies del futuro Conde de Cela. Aunque muy piadosas entrambas damas, es lo cierto que ninguna presta atención á la vida del Santo del día, que el capellán del Pazo lee en voz alta, encorvado sobre el velador y calados los espejuelos de recia arma-

zón dorada. De pronto Rosarito levanta la cabeza y se queda como abstraída, fijos los ojos en la puerta del jardín, que se abre sobre un fondo de ramajes oscuros y misteriosos : ¡No más misteriosos en verdad que la mirada de aquella niña pensativa y blanca! Vista á la tenue claridad de la lámpara, con la rubia cabeza en divino escorzo, la sombra de las pestañas temblando en el marfil de la mejilla, y el busto delicado y gentil destacándose en la penumbra incierta sobre la dorada talla y el damasco azul celeste del canapé, Rosarito recordaba esas ingenuas madonas pintadas sobre fondo de estrellas y luceros. La niña entorna los ojos, palidece, y sus labios, agitados por temblor extraño, dejan escapar un grito :

— ¡Jesús!... ¡Qué miedo!...

Interrumpe su lectura el clérigo, y mirándola por encima de los espejuelos, carraspea :

— ¿Alguna araña, señorita? ...

Rosarito mueve la cabeza :

— ¡No, señor; no!

Estaba muy pálida. Su voz, un poco velada, tenía esa inseguridad delatora del miedo y de la angustia. En vano, por aparecer serena, quiso continuar la labor que yacía en su regazo : las agujas temblaban demasiado entre aquellas manos pálidas, transparentes como las de una santa, manos místicas y ardientes, que parecían adelgazadas en la oración

por el suave roce de las cuentas del rosario. Profundamente abstraída clavó las agujas en el brazo del canapé. Después, con voz baja é íntima, cual si hablase consigo misma, balbuceó :

— ¡Jesús, qué cosa tan extraña!

Al mismo tiempo entornó los párpados y cruzó las manos sobre el seno, de cándidas y gloriosas líneas : parecía soñar. El capellán la miró con extrañeza :

— ¿Qué le pasa, señorita Rosario?

La niña entreabrió los ojos y lanzó un suspiro :

— Diga, Don Benicio: ¿será algún aviso del otro mundo?

— ¡Un aviso del otro mundo!... ¿Qué quiere usted decir?

Antes de contestar, Rosarito dirigió una nueva mirada al misterioso y dormido jardín, á través de cuyos ramajes se filtraba la blanca luz de la luna : luego, en voz dulce y temblorosa, murmuró :

— Hace un momento juraría haber visto entrar por esa puerta á Don Juan Manuel.

— ¿Don Juan Manuel, señorita?... ¿Está usted segura?

— Sí; era él, y me saludaba sonriendo...

— ¿Pero usted recuerda á Don Juan Manuel? Si lo menos hace diez años que está en la emigración.

— Me acuerdo, Don Benicio, como si le

hubiese visto ayer. Era yo muy niña, y fuí con el abuelo á visitarle en la cárcel de Santiago, donde le tenían preso por liberal. El abuelo le llamaba primo. Don Juan Manuel era muy alto, con el bigote muy retorcido y el pelo todo blanco y rizado.

El capellán asintió :

— Justamente, justamente. A los treinta años tenía la cabeza más blanca que yo ahora. Sin duda, usted habrá oído referir la historia...

Rosarito juntó las manos .

— ¡Oh ! ¡Cuántas veces ! El abuelo la contaba siempre.

Se interrumpió viendo enderezarse á la Condesa. La anciana señora miró á su nieta con severidad, y todavía mal despierta, murmuró :

— ¿Qué tanto tienes que hablar, niña? Deja leer á Don Benicio.

II

Rosarito tiene la cabeza inclinada y mueve las largas agujas de su calceta. La tos del capellán resuena en el silencio de la sala. Don Benicio, que no está en ánimo de seguir leyendo, cierra el libro y baja los anteojos hasta la punta de la nariz :

— Hablábamos del famoso Don Juan Manuel, señora Condesa. Don Juan Manuel Montenegro, emparentado, si no me engaño, con la ilustre casa de los Condes de Cela...

La anciana le interrumpe :

— ¿Y adónde han ido ustedes á buscar esa conversación? ¿También usted ha tenido noticia del hereje de mi primo? Yo sé que está en el país, y que conspira. El cura de Cela, que le conoció mucho en Portugal, le ha visto en la feria de Barbanzón disfrazado de chalán.

Don Benicio se quita los anteojos vivamente :

— ¡Hum! He ahí una noticia, y una noticia de las más extraordinarias. Pero ¿no se equivocaría el cura de Cela?...

La Condesa se encoge de hombros :

— ¡Qué! ¿Lo duda usted? Pues yo no. ¡Conozco harto bien á mi señor primo!

— Los años quebrantan las peñas, señora Condesa : cuatro anduve yo por las montañas de Navarra con el fusil al hombro, y hoy, mientras otros baten el cobre, tengo que contentarme con pedir á Dios en la misa el triunfo de la Causa.

Una sonrisa desdeñosa asoma en la desdentada boca de la linajuda señora :

— ¿Pero quiere usted compararse, Don Benicio?... Ciertamente que en el caso de mi primo cualquiera se miraría antes de atravesar la frontera, pero esa rama de los Montenegros es de locos. Loco era mi tío Don José, loco es el hijo y locos serán los nietos. Usted habrá oído mil veces en casa de los curas hablar de Don Juan Manuel : pues bien, todo lo que se cuenta no es nada comparado con lo que ese hombre ha hecho.

El clérigo repite á media voz :

— Ya sé, ya sé... Tengo oído mucho. ¡Es un hombre terrible, un libertino, un masón!

La Condesa alza los ojos al cielo y suspira :

— ¿Vendrá á nuestra casa? ¿Qué le parece á usted?

— ¿Quién sabe? Conoce el buen corazón de la señora Condesa.

El capellán ha sacado del pecho de su levitón un gran pañuelón á cuadros azules, y lo sacude en el aire con suma parsimonia : después se limpia la calva :

— ¡Sería una verdadera desgracia! Si la

señora atendiese mi consejo, le cerraría la puerta.

Rosarito lanza un suspiro. Su abuela la mira severamente, y se pone á repiquetear con los dedos en el brazo del canapé :

— Eso se dice pronto, Don Benicio. Está visto que usted no le conoce. Yo le cerraría la puerta, y él la echaría abajo. Por lo demás, tampoco debo olvidar que es mi primo.

Rosarito alza la cabeza. En su boca de niña temblaba la sonrisa pálida de los corazones tristes, y en el fondo misterioso de sus pupilas brilla una lágrima rota. De pronto lanza un grito. Parado en el umbral de la puerta del jardín está un hombre de cabellos blancos, estatura gentil y talle todavía arrogante y erguido.



III

Don Juan Manuel Montenegro podría frisar en los sesenta años. Tenía ese hermoso y varonil tipo suevo tan frecuente en los hidalgos de la montaña gallega. Era el mayorazgo de una familia antigua y linajuda, cuyo blasón lucía diez y seis cuarteles de noblezas y una corona real en el jefe. Don Juan Manuel, con gran escándalo de sus deudos y allegados, al volver de la emigración hiciera picar las armas que campeaban sobre la puer ta de su Pazo solariego : un caserón antiguo y ruinoso, mandado edificar por el Mariscal Montenegro, que figuró en las guerras de Felipe V, y fué el más notable de los de su linaje. Todavía se conserva en el país memoria de aquel señorón excéntrico, déspota y cazador, beodo y hospitalario.

Don Juan Manuel á los treinta años había malbaratado su patrimonio. Solamente conservó las rentas y tierras de vínculo, el Pazo, y una capellanía, todo lo cual apenas le daba para comer. Entonces empezó su vida de conspirador y aventurero, vida tan llena de riesgo y azares como la de aquellos segundones hidalgos que se enganchaban en los

tercios de Italia por buscar lances de amor, de espada y de fortuna. Liberal aforrado en masón, fingía gran menosprecio por toda suerte de timbres nobiliarios, lo que no impedía que fuése altivo y cruel como un árabe noble. Interiormente sentíase orgulloso de su abolengo, y pese á su despreocupación dantoniana, placíale referir la leyenda heráldica que hace descender á los Montenegros de una emperatriz alemana. Creíase emparentado con las más nobles casas de Galicia, y desde el Conde de Cela al de Altamira, con todos se igualaba, y á todos llamaba primos, como se llaman entre sí los reyes. En cambio despreciaba á los hidalgos sus vecinos y se burlaba de ellos sentándolos á su mesa y haciendo sentar á los criados. Era cosa de ver á Don Juan Manuel erguirse cuan alto era, con el vaso desbordante, gritando con aquella engolada voz de gran señor, que ponía asombro en sus huéspedes :

— En mi casa, señores, todos los hombres son iguales. Aquí es ley la doctrina del Filósofo de Judea.

Don Juan Manuel era uno de esos locos de buena vena, con maneras de gran señor, ingenio de coplero y alientos de pirata. Bullía de continuo en él una desesperación sin causa ni objeto, tan pronto arrebatada como burlona, ruidosa como sombría. Atribuíansele cosas verdaderamente extraordinarias. Cuan-

do volvió de su primera emigración, encontróse hecha la leyenda. Los viejos liberales partidarios de Riego contaban que le había blanqueado el cabello desde que una sentencia de muerte tuviérale tres días en capilla, de la cual consiguiera fugarse por un milagro de audacia. Pero las damiselas de su provincia, abuelas hoy que todavía suspiran cuando recitan á sus nietas los versos de « El Trovador », referían algo mucho más hermoso... Pasaba esto en los buenos tiempos del romanticismo, y fué preciso suponerle víctima de trágicos amores. ¡ Cuántas veces había oído Rosarito en la tertulia de sus abuelos la historia de aquellos cabellos blancos ! Contábala siempre su tía la de Camarasa, una señorita cincuentona, que leía novelas con el ardor de una colegiala y todavía cantaba en los estrados aristocráticos de Compostela melancólicas tonadas del año treinta. Amada de Camarasa, conociera á Don Juan Manuel en Lisboa cuando las bodas del Infante Don Miguel. Era ella una niña, y habíale quedado muy presente la sombría figura de aquel emigrado español de erguido talle y ademán altivo, que todas las mañanas se paseaba con el poeta Espronceda en el atrio de la Catedral, y no daba un paso sin golpear fieramente el suelo con la contera de su caña de Indias. Amada de Camarasa, no podía menos de suspirar siempre que hacía memoria de

los alegres años pasados en Lisboa. ¡Quizá volvía á ver con los ojos de la imaginación la figura de cierto hidalgo lusitano de moreno rostro y amante labia, que había sido la única pasión de su juventud!...

¡Pero esta es otra historia que nada tiene que ver con la de Don Juan Manuel!

IV

El mayorazgo se había detenido en medio de la espaciosa sala, y saludaba encorvando su aventajado talle, aprisionado en largo levitón :

— Buenas noches, Condesa de Cela. ¡He aquí á tu primo Montenegro que viene de Portugal !

Su voz al sonar en medio del silencio de la anchurosa y oscura sala del Pazo, parecía más poderosa y más hueca. La Condesa, sin manifestar extrañeza, repuso con desabrimiento :

— Buenas noches, señor mío.

Don Juan Manuel se atusó el bigote y sonrió, como hombre acostumbrado á tales desvíos y que los tiene en poco. De antiguo recibíasele de igual modo en casa de todos sus deudos y allegados, sin que nunca se le antojara tomarlo á pecho : contentábase con hacerse obedecer de los criados y manifestar hacia los amos cierto desdén de gran señor. Era de ver cómo aquellos hidalgos campesinos que nunca habían salido de sus madrigueras concluían por humillarse ante la apostura caballeresca y la engolada voz

del viejo libertino, cuya vida de conspirador, llena de azares desconocidos, ejercía sobre ellos el poder sugestivo de lo tenebroso. Don Juan Manuel acercóse rápido á la Condesa y tomóle la mano, con aire á un tiempo cortés y familiar :

— Espero, prima, que me darás hospitalidad por una noche.

Así diciendo, con empaque de viejo gentilhombre, arrastró un pesado sillón de Moscovia, y tomó asiento al lado del canapé. En seguida, y sin esperar respuesta, volvióse á Rosarito. ¡Acaso había sentido el peso magnético de aquella mirada que tenía la curiosidad de la virgen y la pasión de la mujer! Puso el emigrado una mano sobre la rubia cabeza de la niña, obligándola á levantar los ojos, y con esa cortesanía exquisita y simpática de los viejos que han amado y galanteado mucho en su juventud, pronunció á media voz : la voz honda y triste con que se recuerda el pasado :

—¿Tú no me reconoces, verdad, hija mía? Pero yo sí; te reconocería en cualquier parte... ¡Te pareces tanto á una tía tuya, hermana de tu abuelo, á la cual ya no has podido conocer!... ¿Tú te llamas Rosarito, verdad?

— Sí, señor...

Don Juan Manuel se volvió á la Condesa :

— ¿Sabes, prima, que es muy linda la pequeña?

Y moviendo la plateada y varonil cabeza, continuó, cua si hablase consigo mismo :

— ¡Demasiado linda quizá para que pueda ser feliz !...

La Condesa, halagada en su vanidad de abuela, repuso con benignidad, mirando y sonriendo á su nieta :

— No me la trastornes, primo. ¡Sea ella buena, que el que sea linda es cosa de bien poco !...

El emigrado asintió con un gesto sombrío y teatral. Quedóse algún tiempo contemplando á la niña, y luego enderezándose en el sillón preguntó á la Condesa :

— ¿Es la mayorazga?

— No. A última hora ocurriósele á su mamá encargar un infantito á Pekín...

Y la noble señora señalaba sonriendo el botinín de estambre en que trabajaba su nieta. La niña, con las mejllas encendidas y los ojos bajos, movía las agujas temblorosa y torpe. ¿Adivinó el viejo libertino lo que pasaba en aquella alma tan pura? ¿Tenía él, como todos los grandes seductores, esa intuición misteriosa que lee en lo íntimo de los corazones y conoce las horas propicias al amor? Ello es que una sonrisa de increíble audacia tembló un momento bajo el mostacho blanco del hidalgo y que sus ojos verdes,

soberbios y desdeñosos como los de un tirano ó de un pirata, se posaron con gallardía donjuanesca sobre aquella cabeza melancólicamente inclinada que con su crencha de oro, partida por estrecha raya, tenía cierta castidad prerrafaélica.

V

La sonrisa y la mirada del emigrado han sido relámpagos por lo siniestras y por lo fugaces. Recobrada incontinenti su actitud de gran señor, Don Juan Manuel se inclina ante la Condesa.

— Perdona, prima, que todavía no te haya preguntado por el Conde.

La anciana suspira levantando los ojos al cielo.

— ¡Ay! ¡El Conde lo es desde hace mucho tiempo mi hijo Pedro!...

El mayorazgo se endereza en el sillón, dando con la contera de su caña en el suelo:

— ¡Vive Dios! En la emigración nunca se sabe nada. Apenas llega una noticia... ¡Pobre amigo! ¡Pobre amigo!... ¡No somos más que polvo!...

Frunció las cejas, y apoyándose á dos manos en el puño de oro de su bastón, añadió con fanfarronería:

— Si antes lo hubiese sabido créeme que no tendría el honor de hospedarme en tu palacio.

— ¿Por qué?

— Porque tú nunca me has querido bien. ¡En eso eres de la familia!

La noble señora sonrió tristemente:

— Tú eres el que has renegado de todos. ¿Pero á qué viene recordar ahora eso? Cuenta has de dar á Dios de tu vida, y entonces...

Don Juan Manuel se inclinó con sarcasmo:

— Te juro, Condesa, que como tenga tiempo he de arrepentirme.

El capellán, que no había desplegado los labios, repuso afablemente, afabilidad que le imponía el miedo á la cólera del hidalgo:

— Volterianismos, Don Juan Manuel... Volterianismos que después en la hora de la muerte...

Don Juan Manuel no contestó. En los ojos de Rosarito acababa de leer un ruego tímido y ardiente á la vez. El viejo libertino miró al clérigo de alto á bajo, y volviéndose á la niña, que temblaba, contestó sonriendo:

— ¡No temas, hija mía! Si no creo en Dios, amo á los ángeles...

El clérigo, en el mismo tono conciliador y francote, volvió á repetir:

— ¡Volterianismos, Don Juan Manuel!... ¡Volterianismos de la Francia!...

Intervino con alguna brusquedad la Condesa, á quien lo mismo las impiedades que las galanterías del emigrado inspiraban vago terror:

— ¡Dejémosle, Don Benicio! Ni él ha de convencernos ni nosotros á él...

Don Juan Manuel sonrió con exquisita ironía:

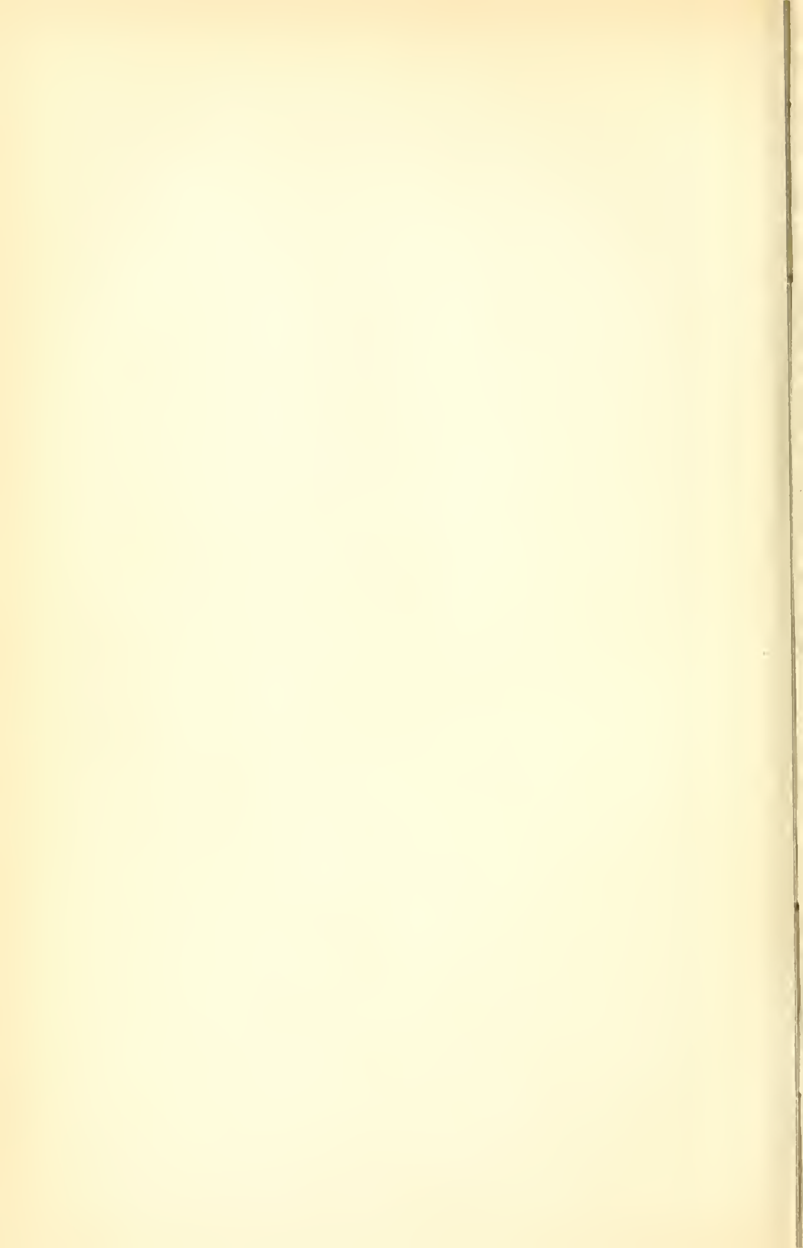
— ¡Gracias, prima, por la ejecutoria de firmeza que das á mis ideas, pues ya he visto cuánta es la elocuencia de tu capellán!

La Condesa sonrió fríamente con el borde de los labios y dirigió una mirada autoritaria al clérigo para imponerle silencio. Después, adoptando esa actitud seria y un tanto melancólica con que las damas del año treinta se retrataban y recibían en el estrado á los caballeros, murmuró:

— ¡Cuando pienso en el tiempo que hace que no nos hemos visto!... ¿De dónde sales ahora? ¿Qué nueva locura te trae? ¡Los emigrados no descansáis nunca!...

— Pasaron ya mis años de pelea, Condesa... Ya no soy aquél que tú has conocido. Si he atravesado la frontera ha sido únicamente para traer socorros á la huérfana de un pobre emigrado, á quien asesinaron los estudiantes de Coimbra. Cumplido este deber me vuelvo á Portugal.

— ¡Si es así, que Dios te acompañe!...



VI

Un antiguo reloj de sobremesa dió las diez. Era de plata dorada y de gusto pesado y barroco, como obra del siglo XVIII. Representaba á Baco coronado de pámpanos y dormido sobre un tonel. La Condesa contó las horas en voz alta, y volvió al asunto de su conversación :

— Yo sabía que habías pasado por Santiago, y que después estuvieras en la feria de Barbanzón vestido de chalán. Mis noticias eran de que conspirabas.

— Ya sé que eso se ha dicho.

— A ti se te juzga capaz de todo, menos de ejercer la caridad como un apóstol...

Y la noble señora sonreía con alguna incredulidad. Después de un momento añadió, bajando insensiblemente la voz :

— ¡Es el caso que no debes tener la cabeza muy segura sobre los hombros !

Y tras la máscara de frialdad con que quiso revestir sus palabras, asomaban el interés y el afecto. Don Juan Manuel repuso en el mismo tono confidencial, paseando la mirada por la sala :

— ¡Ya habrás comprendido que vengo hu-

yendo! Necesito un caballo para repasar mañana mismo la frontera.

— ¿Mañana?

— Mañana.

La Condesa reflexionó un momento :

— ¡Es el caso que no tenemos en el Pazo ni una mala montura!...

Y como cbservase que el emigrado fruncía el ceño, añadió :

— Haces mal en dudarlo. Tú mismo puedes bajar á la cuadra y verlo. Hará cosa de un mes pasó por aquí haciendo una requisa la partida de Don Ramón María, el Manco, y se llevó las dos yeguas que teníamos. No he querido volver á comprar, porque me exponía á que se repitiese el caso el mejor día. Don Juan Manuel la interrumpió :

— ¿Y no hay en la aldea quien preste un caballo á la Condesa de Cela?

A la pregunta del mayorazgo siguió un momento de silencio. Todas las cabezas se inclinaban y parecían meditar. Rosarito que con las manos en cruz y la labor caída en el regazo estaba sentada en el canapé al lado de la anciana, suspiró tímidamente :

— Abuelita, el Sumiller tiene un caballo que no se atreve á montar.

Y con el rostro cubierto de rubor, entreabierta la boca de madona y el fondo de los ojos misteriosos y cambiante, Rosarito se estrechaba á la Condesa cual si buscase am-

paro en un peligro. Don Juan Manuel la infundía miedo, pero un miedo sugestivo y fascinador. Quisiera no haberle conocido, y el pensar en que pudiera irse la entristecía. Aparecíasele como el héroe de un cuento medroso y bello cuyo relato se escucha temblando y, sin embargo, cautiva el ánimo hasta el final, con la fuerza de un sortilegio. Oyendo á la niña, el emigrado sonrió con caballeresco desdén, y aun hubo de atusarse el b gote suelto y bizarramente levantado sobre el labio. Su actitud era ligeramente burlona :

— ¡Vive Dios! Un caballo que el Sumiller no se atreve á montar casi debe ser un Bucéfalo. ¡He ahí, queridas mías, el corcel que me conviene!

La Condesa movió distraídamente algunos naipes del solitario, y al cabo de un momento, como si el pensamiento y la palabra le viniesen de muy lejos, se dirigió al capellán :

— Don Benicio, será preciso que vaya usted á la Rectoral y hable con el Sumiller.

Don Benicio repuso volviendo las hojas de El Año Cristiano :

— Yo haré lo que disponga la señora Condesa, pero, salvo su mejor parecer, el mío es que más atendida había de ser una carta de vuecencia.

Aquí levantó el clérigo la tonsurada cabe-

za, y al observar el gesto de contrariedad con que la dama le escuchaba, se apresuró á decir :

— Permítame la señora Condesa que me explique. El día de San Miguel fuimos juntos de caza. Entre el Sumiller y el Abad de Cela que se nos reunió en el monte, hiciéronme una jugarreta del demonio. Todo el día estuviéronse riendo. ¡Con sus sesenta años á cuestas, los dos tienen el humor de unos rapaces! Si me presento ahora en la Rectoral pidiendo el caballo, por seguro que lo toman á burla. ¡Es un raposo muy viejo el señor Sumiller!

Rosarito murmuró con anhelo al oído de la anciana :

— Abuelita, escríbale usted...

La mano trémula de la Condesa acarició la rubia cabeza de la nieta :

— ¡Ya, hija mía!...

Y la Condesa de Cela que hacía tantos años estaba amagada de parálisis, irguióse sin ayuda, y, precedida del capellán, atravesó la sala, noblemente inclinada sobre su muleta, una de esas muletas como se ven en los santuarios, con cogín de terciopelo carmesí guarnecido por clavos de plata.

VII

Del fondo oscuro del jardín, donde los grillos daban serenata, llegaban murmullos y aromas. El vientecillo gentil que los traía estremecía los arbustos sin despertar los pájaros que dormían en ellos. A veces el follaje, misterioso como la túnica de una diosa, se abría susurrando, y penetraba el blanco rayo de la luna que se quebraba en algún asiento de piedra, oculto hasta entonces en sombra clandestina. El jardín cargado de aromas, y aquellas notas de la noche, impregnadas de voluptuosidad y de pereza, y aquel rayo de luna, y aquella soledad y aquel misterio, traían como una evocación romántica de citas de amor en siglos de trovadores.

Don Juan Manuel se levantó del sillón, y, vencido por una distracción extraña, comenzó á pasearse entenebrecido y taciturno. Temblaba el piso bajo su andar marcial, y temblaban las arcaicas consolas, que parecían altares con su carga rococa de efigies, fanales y floreros. Los ojos de la niña seguían miedosos é inconscientes el ir y venir de aquella sombría figura : si el emigrado se

acercaba á la luz, no se atrevían á mirarle; si se desvanecía en la penumbra, le buscaban con ansia. Don Juan Manuel se detuvo en medio de la estancia. Rosarito bajó los párpados presurosa. Sonrióse el mayorazgo contemplando aquella rubia y delicada cabeza, que se inclinaba como lirio de oro, y después de un momento llegó á decir :

— ¡Mírame, hija mía ! ¡Tus ojos me recuerdan otros ojos que han llorado por mí !

Tenía Don Juan Manuel los gestos trágicos y las frases siniestras y dolientes de los seductores románticos. En su juventud había conocido á lord Byron, y la influencia del poeta inglés fuera en él decisiva. Al oirle, las pestañas de Rosarito rozaron la mejilla con tímido aleteo, y permanecieron inclinadas como las de una novicia. El emigrado sacudió la blanca cabellera, aquella cabellera cuya novelesca historia tantas veces recordara la niña aquella noche, y fué á sentarse en el canapé :

— Si viniesen á prenderme, ¿tú, qué harías? ¿Te atreverías á ocultarme en tu alcoba? ¡Una abadesa de San Payo salvó así la vida á tu abuelo !...

Rosarito no contestó. Ella, tan inocente, sentía el fuego del rubor en toda su carne.

El viejo libertino la miraba intensamente, cual si solo buscase elturbarla más. La expresión de aquellos ojos verdes era á un tiem-

po sombría y fascinadora, inquietante y audaz : dijérase que infiltraban el amor como un veneno, que violaban las almas, y que robaban los besos á las bocas más puras. Después de un momento añadió con amarga sonrisa :

—Escucha lo que voy á decirte. Si viniesen á prenderme, yo me haría matar. ¡Mi vida ya no puede ser ni larga ni feliz, y aquí tus manos piadosas me amortajarían !...

Cual si quisiese alejar sombríos pensamientos agitó la cabeza, con movimiento varonil y hermoso, y echó hacia atrás los cabellos que oscurecían su frente, una frente altanera y desguarnida, que parecía encerrar todas las exageraciones y todas las demencias, lo mismo las del amor que las del odio, las celestes que las diabólicas... Rosarito murmuró casi sin voz :

— ¡Yo haré una novena á la Virgen para que lo saque á usted con bien de tantos peligros !...

Una onda de indecible compasión la ahogaba, con ahogo dulcísimo. Sentíase presa de confusión extraña; pronta á llorar, no sabía si de ansiedad, si de pena, si de ternura; conmovida hasta lo más hondo de su ser, por conmoción oscura, hasta entonces ni gustada ni presentida. El fuego del rubor quemábale las mejillas; el corazón quería saltársele del pecho; un nudo de divina angustia oprimía su garganta y escalofríos mis-

teriosos recorrían su carne. Temblorosa, con el temblor que la proximidad del hombre infunde en las vírgenes, quiso huir de aquellos ojos hipnóticos y dominadores que la miraban siempre; pero el sortilegio resistió. El emigrado la retuvo con un extraño gesto, tiránico y amante, y ella, llorosa, vencida, cubrióse el rostro con las manos : ¡Aquellas hermosas manos de novicia, pálidas, místicas, ardientes!

VIII

La Condesa de Cela apareció en la puerta de la estancia, donde se detuvo jadeante y sin fuerzas :

Con la muleta apartaba el blasonado portier. Rosarito se limpió los ojos, y acudió velozmente. La noble señora apoyó la diestra, blanca y temblona, en el hombro de su nieta, y cobró aliento en un suspiro :

— ¡Allá va camino de la Rectoral ese bienaventurado de Don Benicio !...

Después sus ojos buscaron al emigrado :

— ¿Tú, supongo que hasta mañana no te pondrás en camino? Aquí estás seguro, como no lo estarías en parte ninguna.

En los labios de Don Juan Manuel asomó una sonrisa de hermoso desdén. La boca de aquel hidalgo aventurero reproducía el gesto con que los grandes señores de otros tiempos desafiaban la muerte. Don Rodrigo Calderón debió sonreir así sobre el cadalso. La Condesa, dejándose caer en el canapé, añadió con suave ironía :

— He mandado disponer la habitación en que, según las crónicas, vivió Fray Diego de Cádiz cuando estuvo en el Pazo. Paréceme

que la habitación de un santo es la que mejor conviene á vuesa mercé...

Y terminó la frase con una sonrisa. El mayorazgo se inclinó mostrando asentimiento burlón. Pasado un momento exclamó con cierta violencia :

— ¡Diez leguas he andado por cuetos y vericuetos y estoy más que molido, Condesa!

Don Juan Manuel se había puesto en pie. La Condesa le interrumpió murmurando :

— ¡Válgate Dios con la vida que traes! Pues es menester recogerse y cobrar fuerzas para mañana.

Después, volviéndose á su nieta, añadió .

Tú le alumbrarás y enseñarás el camino, pequeña.

Rosarito asintió con la cabeza, como hacen los niños tímidos, y fué á encender uno de los candelabros que había sobre la gran consola situada enfrente del estrado. Trémula como una desposada se adelantó hasta la puerta, donde hubo de esperar á que terminase el coloquio que el mayorazgo y la anciana sostenían en voz baja. Rosarito apenas percibía un vago murmullo. Suspirando apoyó la cabeza en el marco y entornó los párpados. Sentíase presa de una turbación llena de palpitaciones tumultuosas y confusas. En aquella actitud de cariátide parecía

figura ideal detenida en el lindar de la otra vida. Estaba tan pálida y tan triste, que no era posible contemplarla un instante sin sentir anegado el corazón por la idea de la muerte... Su abuela la llamó :

— ¿Qué te pasa, pequeña?

Rosarito por toda respuesta abrió los ojos, sonriendo tristemente. La anciana movió la cabeza con muestra de disgusto, y se volvió á Don Juan Manuel :

— A ti aún espero verte mañana. El capellán nos dirá la misa de alba en la capilla, y quiero que la oigas...

El mayorazgo se inclinó, como pudiera hacerlo ante una reina. Después, con aquel andar altivo y soberano, que tan en consonancia estaba con la índole de su alma, atravesó la sala. Cuando el portier cayó tras él, la Condesa de Cela tuvo que enjugarse algunas lágrimas :

— ¡Qué vida, Dios mío ! ¡Qué vida !...



IX

La sala del Pazo, aquella gran sala adornada con cornucopias y retratos de generales, de damas y de obispos, yace sumida en trémula penumbra. La anciana Condesa dormita en el canapé. Encima del velador parecen hacer otro tanto el bastón del mayorazgo y la labor de Rosarito. Tropel de fantasmas se agita entre los cortinones espesos.

¡Todo duerme! Mas he ahí que de pronto la Condesa abre los ojos y los fija con sobresalto en la puerta del jardín. Imagínase haber oído un grito en sueños, uno de esos gritos de la noche, inarticulados, y por demás medrosos. Con la cabeza echada hacia delante y el ánimo acobardado y suspenso, permanece breves instantes en escucha... ¡Nada! El silencio es profundo. Solamente turba la quietud de la estancia el latir acompasado y menudo de un reloj, que brilla en el fondo apenas esclarecido...

La Condesa ha vuelto á dormirse.

Un ratón sale de su escondite y atraviesa la sala con gentil y vivaz trotecillo. Las cornucopias le contemplan desde lo alto : parecen pupilas de monstruos ocultos en los rin-

cones oscuros. El reflejo de la luna penetra hasta el centro del salón : los daguerreotipos centellean sobre las consolas, apoyados en los jarrones llenos de rosas. Por intervalos se escucha la voz aflautada y doliente de un sapo que canta en el jardín. Es la media noche, y la luz de la lámpara agoniza...

La Condesa se despierta y hace la señal de la cruz.

De nuevo ha oído un grito, pero esta vez tan claro, tan distinto que ya no duda. Requiere la muleta, y en actitud de incorporarse escucha. Un gatazo negro, encaramado en el respaldo de una silla, acéchala con ojos lucientes. La Condesa siente el escalofrío del miedo. Por escapar á esta obsesión de sus sentidos se levanta y sale de la estancia. El gatazo negro la sigue maullando lastimeramente : su cola fosca, su lomo enarcado, sus ojos fosforescentes le dan todo el aspecto de un animal embrujado y macabro. El corredor es oscuro. El golpe de la muleta resuena como en la desierta nave de una iglesia. Allá, al final, una puerta entornada deja escapar un rayo de luz...

La Condesa de Cela llega temblando.

La cámara está desierta, parece abandonada. Por una ventana abierta, que cae al jardín, alcánzanse á ver en esbozo fantástico masas de árboles que se recortan sobre el cielo negro y estrellado : la brisa nocturna

estremece las bujías de un candelabro de plata, que lloran sin consuelo en las doradas arandelas : aquella ventana abierta sobre el jadín misterioso y oscuro tiene algo de evocador y sugestivo. ¡Parece que alguno acaba de huir por ella!...

La Condesa se detiene paralizada de espanto.

En el fondo de la estancia, el lecho de palo santo, donde durmiera cien años antes Fray Diego de Cádiz, dibuja sus líneas rígidas y severas á través de luengos cortinajes de damasco antiguo, ese damasco carmesí que parece tener algo de litúrgico, tanto recuerda los viejos pendones parroquiales. A veces una mancha negra pasa corriendo sobre el muro : tomaríasela por la sombra de un pájaro gigantesco : se la ve posarse en el techo y deformarse en los ángulos, arrastrarse por el suelo y esconderse bajo las sillas : de improviso, presa de un vértigo funambulesco, otra vez salta al muro, y galopa por él como una araña...

La Condesa cree morir.

En aquella hora, en medio de aquel silencio, el rumor más leve acrecienta su alucinación. Un mueble que cruje, un gusano que carcome en la madera, el viento que se retuerce en el mainal de las ventanas, todo tiene para ella entonaciones trágicas ó pavorosas. Encorvada sobre la muleta, tiembla

con todos sus miembros. Se acerca al lecho separa las cortinas y mira. ¡Rosarito está allí, inanimada, yerta, blanca! Dos lágrimas humedecen sus mejillas. Los ojos tienen la mirada fija y aterradora de los muertos. ¡Por su corpiño blanco corre un hilo de sangre!... El alfilerón de oro que momentos antes aún sujetaba la trenza de la niña, está bárbaramente clavado en su pecho, sobre el corazón. ¡La rubia cabellera extiéndese por la almohada trágica, magdalénica!...





TULA VARONA

TULA VARONA



TULA VARONA

Los perros de caza, iban y venían con carreras locas, avizorando las matas, horadando los huecos zarzales, y metiéndose por los campos de centeno con alegría ruidosa de muchachos. Ramiro Mendoza, cansado de haber andado todo el día por cuetos y vericuetos, apenas ponía cuidado en tales retozos : con la escopeta al hombro, las polainas blancas de polvo, y el ancho sombrerazo en la mano, para que el aire le refrescase la asoleada cabeza, regresaba á Villa-Julia, de donde había salido muy de mañana. El duquesito, como llamaban á Mendoza en el « Foreigner Club », era cuarto ó quinto hijo de aquel célebre Duque de Ordax que murió hace algunos años en París completamente arruinado. A falta de otro patrimonio, heredara la gentil presencia de su padre, un verdadero noble español, quijotesco é ignorante, á quien las liviandades de una reina, dieron pasajera celebridad. Aún hoy, cierta marquesa de

cabellos plateados, — que un tiempo los tuvo de oro, y fué muy bella, — suele referir á los íntimos que acuden á su tertulia los lances de aquella amorosa y palatina jornada.

El duquesito caminaba despacio y con fatiga. A mitad de una cuestecilla pedregosa, como oyese rodar algunos guijarros tras sí, hubo de volver la cabeza. Tula Varona bajaba corriendo, encendidas las mejillas, y los rizos de la frente alborotados.

— ¡Eh! ¡duque! ¡duque!... ¡Espere usted hombre!

Y añadió al acercarse:

—¡ He pasado un rato horrible! ¡ Figúrese usted, que unos indígenas me dicen que anda por los alrededores un perro rabioso!!!

Ramiro procuró tranquilizarla :

— ¡Bah! no será cierto : si lo fuese, crea usted que le viviría reconocido á ese señor perro.

Al tiempo que hablaba, sonreía de ese modo fatuo y cortés, que es frecuente en labios aristocráticos. Quiso luego poner su galantería al alcance de todas las inteligencias y añadió :

— Digo esto porque de otro modo quizá no tuviese...

Ella interrumpióle saludando con una cortesía burlona .

— Sí, ya sé : de otro modo, quizá no tuviese usted el alto honor de acompañarme.

Se reía con risa hombruna, que sonaba de un modo extraño en su pálida boca de criolla. Llevaba puesto un sombrerete de paja, sin velo ni cintajos, parecido á los que usan los hombres, guantes de perfumada gamuza, y borceguíes blancos, llenos de polvo. Su cabeza era pequeña y rizada; el rostro gracioso, el talle encantador. Gastaba corto el cabello, lo cual le daba cierto aspecto alegre y juguetón. Rehizo en el molde de su lindo dedo los ricillos rebeldes que se le entraban por los ojos, y añadió :

— Venga acá la escopeta, duque. Si aparece por ahí ese perro, usted no debe tirarle : es cuestión de agradecimiento. ¡Antes morir!

Riendo y loqueando tomó la escopeta de manos del duquesito, y se puso á marcar el paso. Sus movimientos eran muy graciosos, pero su alegría, demasiado nerviosa, resultaba inquietante como las caricias de los gatos. El duquesito, que se había quedado atrás, la desnudaba con los ojos. ¡Vaya una mujer! tenía los contornos redondos, la línea de las caderas ondulante y provocativa... El buen mozo tuvo intenciones de cogerla por la cintura y hacer una atrocidad; afortunadamente, su entusiasmo, halló abierta la válvula de los requiebros :

— ¡Encantadora Tula! ¡ admirable! ¡ parece usted Diana cazadora!

Tula, medio se volvió á mirarle.

— ¡Ay! ¡cuantísima erudición! Yo estaba en que usted no conocía íntimamente otra Diana que la artista de Parish.

Era tan maligna la sonrisa que guiñaba sus negros ojos, que el duquesito, un poco mortificado, quiso contestar á su vez algo terriblemente irónico; pero en vano escudriñó los arcanos de su magín. La frase cruel, aquella de tres filos envenenados que debía... clavarse en el corazón de la linda criolla, no pareció. ¡Oh! pobres mostachos, ¡qué furiosamente os retorcieron entonces los dedos del duquesito!

Como cien pasos llevarían andados, y Tula, que caminaba siempre delante, se detuvo esperando á Mendoza:

— ¡Ay! Tengo este hombro medio deshecho. Tome usted la escopeta; ¡es más pesada que su dueño!

El otro la miró, sin abandonar la sonrisilla fatua y cortés. ¡La ironía! ¡la terrible ironía, acababa de ocurrírsele!

— ¡Eso!... ¡quién sabe, Tula! ¡Usted aún no me ha tomado al peso.

Y se rió sonoramente, seguro de que tenía ingenio.

Tula Varona le contempló un momento á través de las pestañas entornadas.

— ¡Pero hombre! ¡que sólo ha de tener usted contestaciones de almanaque! Le he

oído eso mismo cientos de veces. ¡Y la gracia está en que tiene usted la misma respuesta para los dos sexos!

Como iba delante, al hablar volvía la cabeza, ya mirando al duquesito, por encima de un hombro, ya del otro, con esos movimientos vivos y gentiles de los pájaros que beben al sol en los arroyos.

De aquella mujer, de sus trajes y de su tren se murmuraba mucho en Villa-Julia : sabíase que vivía separada de su marido, y se contaba una historia escandalosa. Cuando su doncella, una rubia inglesa, muy al cabo de ciertas intimidades, deslizó en la orejita nacarada y monísima de la señora, algo, como un eco, de tales murmuraciones, Tula se limitó á sonreir, al mismo tiempo que se miraba los dientes en el lindo espejillo de mano que tenía sobre la falda — un espejillo con marco de oro cincelado, que también tenía su historia galante. — Tula Varona, reunía todas las excentricidades y todas las audacias mundanas de las criollas que viven en París : jugaba, bebía y tiraba del cigarrillo turco, con la insinuante fanfarronería de un colegial. Al verla apoyada en el taco del billar, discutiendo en medio de un corro de caballeros el efecto de una carambola, ó las condiciones de un caballo de carreras, no se sabía

si era una dama genial, ó una aventurera muy experta.

Del sombrío caminejo de la montaña, salieron á un gran raso de césped, en mitad del cual había una fuentecilla : rodeábanla macizos de flores y bancos de hierro, colocados en círculo, á la festoneada sombra de algunos álamos. Grupos de turistas venían ó se alejaban por la carretera. Dos jovencitas, sentadas cerca de la fuente, leían, comentándola, la carta de una amiga ; algunas señoras pálidas y de trabajoso andar, llamaban á sus maridos con gritos lánguidos; y una niñera que tenía la frente llena de rizos, contestaba haciendo dengues, las bromas verdes de tres elegantes caballeretes. Se veían muchos trajes claros, muchas sombrillas rojas, blancas y tornasoladas. Tula llenó en la fuente su vaso de bolsillo, una monería de cristal de Bohemia, y lo alzó desbordante :

— ¡Duque ! ¡brindo por usted !

Bebió entre los cuchicheos de las dos jovencitas que leían la carta. Al acabar estrelló el vaso contra las rocas, y se echó á reir de modo provocativo.

— Vámonos, duque; no escandalicemos.

Estaba muy linda : el sol la hería de soslayo, el viento le plegaba la falda.

Desde la explanada, dominábase el vasto panorama de la ría guarnecida de rizos :

los tilos del paseo de París y las torres de la ciudad, destacábanse sobre la faja roja que marcaba el ocaso. Después de un centenar de pasos empezaban los palacetes modernos. Tula se detuvo ante la verja de un jardinillo. Tiró con fuerza de la cadena, que colgaba al lado de la puerta; y después, dijo, introduciendo el enguantado brazo por entre los barrotes :

— ¡He aquí mi nido !

Los rayos del sol, que se ponía en un horizonte marino, cabrilleaban en los cristales. Era un hermoso nido, rodeado de follaje, con escalinata de mármol, y balcones verdes, tapizados de enredaderas. Tula tendió con gallardía la mano al duquesito, y mirándole á los ojos, pronunció con su acariciador acento de criolla :

— ¿No quiere usted hacerme compañía un momento?... Tomaríamos mate á estilo de América.

El otro, tuvo algún titubeo, y, á la postre, concluyó por animarse. Su amiga le hizo pasar á un saloncito sumido en amorosa penumbra. El ambiente estaba impregnado del aroma meridional y morisco de los jazmines que se enroscaban á los hierros del balcón. Tula indicóle asiento con una graciosa reverencia, y se ausentó velozmente, no sin tornar alguna vez la cabeza para mirar y sonreir al buen mozo.

— ¡Vuelvo duque, ¡vuelvo! ¡No se asuste usted!

El duquesito al siguió con la vista. Tula Varona tenía ese andar cadencioso y elástico que deja adivinar unas piernas largas y esbeltas de venus griega. No tardó en aparecer envuelta en una bata de seda azul celeste, guarnecida de encajes. Posado en el hombro, traía un lorito, que salmodiaba el estribillo de un « fado » brasileño, y balanceaba á compás su verde caperuza. De aquella traza, recordaba esos miniados de los códices antiguos, que representan emperatrices y princesas, aficionadas á la cetrería, con rico brial de brocado, y un hermoso gravilán en el puño. Dejó el loro sobre la cabeza de una estatuilla de bronce, capricho artístico de Pradier, y se puso á preparar el mate sobre una mesa de bambú, en un rincón del saloncito. De tiempo en tiempo, volvíase, con gentil escorzo de todo el busto, para lanzar al duque una mirada luminosa y rápida. Conocíase que quería hacer la conquista del buen mozo; y adoptaba con él aires de coquetería afectuosa; pero en el fondo de sus negras pupilas, temblada de continuo una risita burlona, que simulaba contenida por el marco de aquellas pestañas, rizas y luengas que a mirar, se entornaban con voluptuosidad americana.

Dejaba pasar pocos momentos sin dirigir la palabra á su amigo, y cuando lo hacía era

siempre de un modo picado y rápido. Colocaba la hierba en el fondo del mate, y se volvía sonriente.

— A esto llaman allá cebar...

Echaba agua, tomaba un sorbo y añadía :

— Es operación que hacen las negritas.

Y después de otro momento, al poner azúcar :

— No crea usted; tiene sus dificultades.

Cuando hubo terminado, llamó á Ramiro Mendoza, que en el otro extremo del saloncito, pasaba revista á una legión de idolillos indios esparcidos á guisa de *bibelots*, sobre un mueble japonés. El buen mozo la felicitó campanudamente, por aquella encantadora genialidad. Tula entornó sus aterciopelados ojos :

— ¡Oh ! ¡muchas gracias !

Los elogios de un hombre tan elegante, no podían menos de serle muy agradables, pero ¡ay ! resistíase á creer que fuesen sinceros. Ramiro protestó con mucho calor, y aquella protesta, le valió una de esas miradas femeninas de parpadeo apasionado y rápido.

Para explicarle cómo se tomaba el mate, Tula llevóse á los labios la boquilla de plata y sorbió lentamente. A menudo alzaba los párpados y sonreía. Los rizos, caíanle sobre los ojos, el cuello mórbido y desnudo, graciosamente encorvado parecía salir de una

cascada de encajes; la azul y ondulante entreabertura de la manga dejaba ver en incitante claro-oscuro, un brazo de tonos algo velados y dibujo intachable, que sostenía el mate de plata cincelada. Tula levantó la cabeza, y murmuró en voz baja é íntima.

— Pruebe usted Ramiro : pero tiene usted que poner los labios donde yo los he puesto... Tal es la costumbre. ¡La boquilla no se cambia!...

Ramiro la interrumpió : aquello era precisamente lo que él encontraba más agradable. Callóse á lo mejor, viendo entrar un lacayo mulato, que traía una bandeja con pastas y licores. ¡Hay que imaginarse á Trinito! Una figurilla renegrida, manchada de hollín; una librea extravagante; una testa llena de rizos negros y apretados, como virutas de ébano; unos ojos vivos, asomando por debajo de las cejas, crespas y caídas, de enanillo encantador y burlón.

Tula llenó dos copas muy pequeñas.

— Va usted á tomar « Licor de Constantinopla » regalo del embajador turco en París.

Con un gesto le pidió el mate para ponerle más agua. Antes de volvérselo, dió algunos sorbos, al mismo tiempo que de soslayo, lanzaba miraditas picarescas á Mendoza.

— Ahora supongo que le gustará á usted más...

— ¡Naturalmente, Tula!

— No sea usted malicioso. Dígolo porque estará menos amargo.

Después del mate la plática toma carácter más íntimo. El duquesito, cuenta su género de vida en Madrid : su afición á los toros, su santo horror á la política; recuerda las agradables veladas musicales en las habitaciones de la Infanta, los saraos de la condesa de Cela. Sentía él necesidad de hablar con Tula, de contarle cuanto pensaba y hacía. ¡Lo escucha ella con tanto interés! A veces le interrumpe dirigiéndole alguna frase de magistral coquetería y le da golpecitos en las rodillas con un largo abanico de palma, que ha tomado de encima del piano. El duquesito se acaricia la barba maquinalmente, sin ser dueño de apartar los ojos un momento de aquel rostro picaresco y riente, que aún parece adquirir gentileza, bajo el tricornio, hecho con un número antiguo de *Le Figaro*, que entre burla y coqueteo, la criolla acaba por encasquetarse sobre los rizos, con tan buen donaire, que nunca estudiantillo de la tuna lo tuvo igual

— ¿Qué tal, duque?

— ¡ Sublime ! ¡ encantadora ! ¡deliciosísima !

En el vestíbulo, tras la puerta de cristales del saloncito, se dibujó el perfil de una

señora anciana, la cual, después de haber observado un instante, asomó la cabeza sonriendo cándidamente.

— ¿No ha venido el señor Popolasca?

— No, tiita. ¿Pero qué hace que no pasa? Ándele, tomará mate.

La tiita dió las gracias. Era una señora que tenía siempre grandes quehaceres; y se alejó á saltitos, haciendo cortesías á Ramiro Mendoza, que retorcía entre sus dedos furibundos las guías del bigote á lo matón. Cuando hubo desaparecido la anciana, el duquesito tomó la copa, vacióla de un sorbo, y á tiempo de ponerla sobre la mesa, pregúntó :

— Diga usted, Tula, se puede saber quién es ese Popolasca que al parecer viene todos los días.

La criolla no se inmutó.

— Un italiano que me da lecciones de esgrima. ¡Oh! ¡Aquí donde usted me ve, soy gran espadachina !

A todo esto, habíase puesto en pie, y se alisaba los cabellos.

—¡ Vamos! ¿quiere usted que le dé unos cuantos botonazos? ¿De verdad quiere usted?

Y señalándole el juego de floretes que había en un rincón, esparcido sobre varias sillas, añadió :

— Allí tiene usted. ¡Y ahora veremos cuántas veces lo mato!

Se pusieron en guardia, riendo de antemano, como si fuesen á representar un paso muy divertido. Tula, con la mano izquierda, recogía la cola hasta mostrar el principio de la redonda y alta pantorrilla. El duquesito, dejóse tocar por cortesía, y luego emprendió uno de esos juego socarrones de los maestros, envolviendo, ligando, descubriéndose, retrocediendo con la punta del florete en el suelo. Sonreía como un hércules, que hace juegos de fuerza ante un público de niñeras y bebés. Tula acabó por enfadaise, y se dejó caer sobre el confidente, jadeante, casi sin poder hablar:

— ¡Ay!... Conste que es usted un gran tirador, Ramiro, pero conste también, que es usted muy poco galante.

Acabó de quitarse el guante y lo arrojó lejos de sí.

— Me ha dado usted un terrible botonazo.

Y señalaba el seno de armonioso dibujo oprimiéndoselo suavemente con las dos manos El duquesito preguntó sonriendo:

— ¿Me permite usted ver?...

— ¡Hombre no! Puede usted desmayarse.

Tula recostada en el confidente, suspiraba de ese modo hondo, que levanta el seno con aleteo voluptuoso. Las manos, que conservaba cruzadas, parecían dos palomas blancas,

ocultas entre los encajes del regazo azul, en cuya penumbra de nido, el rubí de una sortija lanzaba reflejos sangrientos sobre los dedos pálidos y finos. Algunos pájaros de América modulaban apenas un gorjeo en sus jaulas doradas, que pendían inmóviles entre los cortinajes de los abiertos balcones; y en los ángulos, trípodes de bambú, sostenían tíbores con enormes helechos de los trópicos.

Ramiro Mendoza, miraba á Tula de hito en hito; y atusábase el bigote, sonriendo, con aquella sonrisa fatua y cortés, que jamás se le caía de los labios. A su pesar, el buen mozo sentíase fascinado, y temía perder el dominio que hasta entonces conservara sobre sí. Instintivamente se llevó una mano al corazón, cuya celeridad le hacía daño. La criolla mordióse los labios disimulando una sonrisa, al mismo tiempo que con la yema de los dedos se registraba la ola de encajes, que parecía encresparse sobre su pecho; pero no hallando lo que buscaba alzó los ojos hasta el duquesito.

— Eche usted acá un cigarrillo, maestro Cuchillada.

Ramiro sacó la petaca, de la que no faltaba el hípico trofeo de la montura inglesa y se la presentó abierta á la criolla.

— No hay más que un cigarro, Tula, ¿le parece á usted que lo fumemos juntos?

Su sonrisa tenía una expresión extraña;

su voz sonaba seca y velada. Extrajo el cigarro con exquisita elegancia y continuó :

— ¿Acepta usted, Tula? Lo fumaremos como hemos tomado el mate... Figúrese usted que ahora se pagan en esa moneda los derechos al Estado, y que el Estado en este caso soy yo, como aquel rey de Francia.

La criolla replicó con viveza y malicia :

— Pero esta personita no acostumbra á pagar derechos... Ya que para figuraciones estamos ¡ figúrese usted que soy contrabandista !

Sus ojos brillaban con cierto fuego interior y maligno : toda su persona parecía animada de lascivo encanto, como si se hallase medio desnuda, en nido de seda y encajes, ténuemente iluminado por una lámpara de porcelana color rosa. Miró al duquesito de un modo acariciador y tierno, y se echó á reir con tal abandono, que se tiró hacia atrás en el confidente. Como la risa le duró mucho tiempo, los ojos del buen mozo pudieron pasar, desde la garganta blanca y tornátil, sacudida por el coro de carcajadas cristalinas hasta las pantuflas turcas, y las medias de seda negra, salpicadas de mariposillas azul y plata y extendidas sin una arruga sobre la pierna... Tula se incorporó haciendo al duquesito lugar á su lado en el confidente, envolviéndole al mismo tiempo en una mirada sostenida con los ojos medio cerrados.

— ¡Dios mío! ¡Va usted á creer que soy una loca!

El se inclinó con gallardía.

— Lo que creo, es que el loco acabaría por serlo yo si tuviese la dicha de permanecer mucho tiempo al lado de mujer tan adorable.

— Pues si usted tiene ese miedo, otra vez le cerraré la puerta.

Sabía ella decir todas estas trivialidades con coquetería insinuante y graciosa. Su charla alegre y burbujeante, parecía libada en una copa llena de vino de Falerno y hojas de rosa; pero el hechizo incomparable de aquella mujer, hallábase en el movimiento provocativo y picaresco de los labios, que, en cada frascecilla, engastaban un grano de sal que cristalizaba en forma de diamante.

La criolla habla, ríe, se mueve, gesticula todo á un tiempo, con coquetería vivaz é inquietante. Como al descuido, su pie delicado y nervioso, entretenido en hacer saltar la babucha turca, roza el pie y la polaina del duquesito, el cual, expoleado por aquellos rápidos contactos se aventura á rodear con su brazo el talle de la criolla, bien que sin osar estrechárselo. Aprovechando un momento en que ella torna la cabeza, se inclina y la besa en los cabellos furtivamente, con ternura tímida. La criolla lanza un grito trágico.

— ¡Me ha besado usted, caballero!...

— ¡Tula! ¡Tula!... ¡Perdone usted! ¿No ve usted que estoy loco?...

Habíale cogido las manos, y le besaba la punta de los dedos suspirando. Tula le veía temblar, sentía el roce de sus labios, oía sus palabras llenas de ardimiento, y experimentaba un placer cruel al rechazarle tras de haberle tentado. Arrastrada por esa coquetería peligrosa y sutil de las mujeres galantes, placíale despertar deseos que no compartía. Pérfida y desenamorada, hería con el áspid del deseo, como hiere el indio sanguinario, para probar la punta de sus flechas.

Ramiro Mendoza no pudo contenerse más, y la estrechó con ardor. Ella se desasió rechazándole:

— ¡Déjeme usted, canalla!

Cogió uno de los floretes y le cruzó la cara. El duquesito dió un paso, apretando los dientes: ella en vez de huirle, acerada, erguida, con la cabeza alta y los ojos brillantes, como viborilla á quien pisan la cola, le azotó el rostro, una y otra vez, sintiendo á cada golpe, esa alegría depravada de las malas mujeres cuando cierran la puerta al querido que muere de amor y de celos.

— ¡Salga usted! ¡salga usted!

Al ruido acudió Trinito; su faz de diablillo ahumado, dibujaba una sonrisa grotesca. Para él, todo aquello era un juego de los señores.

— Mi amita, ¿manda alguna cosa?

Tula se volvió blandiendo el florete :

— Sí; enseña la puerta á ese caballero.

El duquesito lívido de coraje, salió atropellando al criado. La criolla, apenas le vió desaparecer hizo una mueca de burla, y se encasquetó el tricornio de papel ; luego saltando sobre un pie, pues en la defensa escurriérasele una pantufla, se aproximó al espejo. Sus ojos brillaban, sus labios sonreían, hasta sus dientecillos blancos y menudos parecían burlarse alineados en el rojo y perfumado nido de la boca; sentía en su sangre el cosquilleo nervioso de una risa alegre y sin fin que, sin asomar á los labios deshacíase en la garganta y se extendía por el terciopelo de su carne como un largo beso. Todo en aquella mujer cantaba el diabólico poder de su hermosura triunfante. Insensiblemente empezó á desnudarse ante el espejo, recreándose largamente en la contemplación de los encantos que descubría : experimentaba una languidez sensual al pasar la mano sobre la piel fina y nacarada del cuerpo. Habíansele encendido las mejillas, y suspiraba voluptuosamente entornando los ojos, enamorada de su propia blancura, blancura de diosa, tentadora y esquiva...

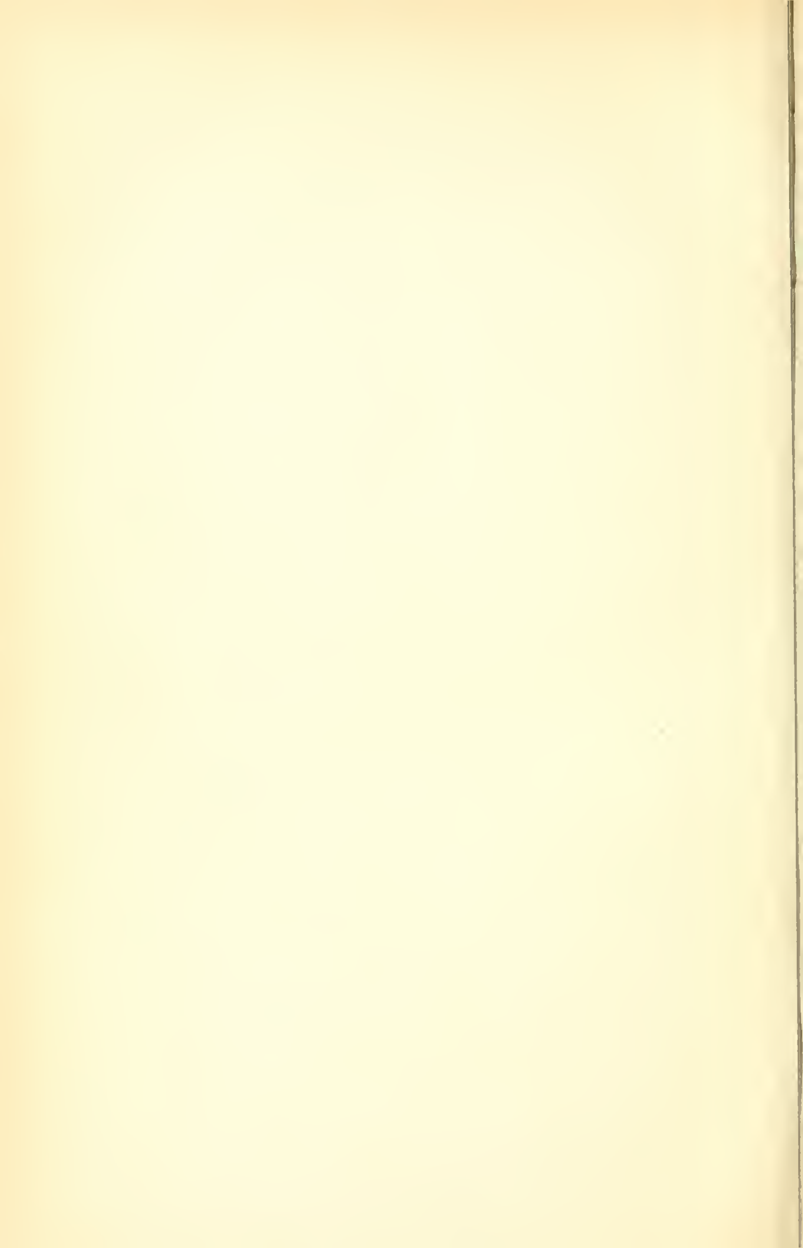
¡Diana cazadora la llamara el duquesito, bien ajeno al símbolo de aquel nombre!





EULALIA


EULALIA



EULALIA

I

Larga hilera de álamos asomaba por encima de la verja su follaje que plateaba al sol. Allá en el fondo, albeaba un palacete moderno con persianas verdes y balcones cubiertos de enredaderas. Las puertas, áticas y blancas, también tenían florido y rumoroso toldo : Daban sobre la carretera y sobre el río. Cuando Eulalia apareció en la alto de la escalinata, sus hijas, tras los cristales del mirador, le mandaban besos. La dama levantó sonriente, la cabeza y las saludó con la mano. Después permaneció un momento indecisa : Estaba muy bella, con una sombra de vaga tristeza en los ojos. Suspirando, abrió la sombrilla y bajó al jardín : Alejóse por un sendero entre rosales, enarenado y ondulante. El aya entonces retiró á las niñas.

Eulalia salió al campo. Su sombrilla pequeña, blanca y gentil, tan pronto aparecía entre los maizales como tornaba á ocultarse, y

ligera y juguetona, volteaba sobre el hombro de Eulalia, clareando entre los maizales como una flor cortesana. A cada movimiento la orla de encajes mecíase y acariciaba aquella cabeza rubia que permanecía indecisa entre sombra y luz. Eulalia dando un largo rodeo, llegó al embarcadero del río. Tuvo que cruzar alegres veredas y umbrías trochas, donde á cada momento se asustaba del ruido que hacían los lagartos al esconderse entre los zarzales y de los perros que asomaban sobre las bardas, y de los rapaces pedigüeños que pasaban desgreñados, lastimeros, con los labios llenos de moras... Eulalia desde la ribera llamó :

— ¡Barquero!... ¡Barquero!...

Un viejo se alzó del fondo de la junquera donde adormecía al sol. Miró hacia el camino, y cuando reconoció á la dama, comenzó á rezongar :

— Quedéme en seco... Apenas lleva agua el río... De haberlo sabido...

Arremangóse hasta la rodilla, y empujó la barca medio oculta entre los juncales. Eulalia interrogó con afán :

— ¿Hay agua?

El viejo se detuvo, con el rostro luciente de sudor, y cobró aliento :

— Paréceme que habrá.

Restregóse las manos, y empujó de nuevo la barca, que resbaló hasta la orilla y quedó me-

ciéndose. Saltó á bordo y previno los remos :

— Ya puede embarcar, mi señora.

Eulalia alzóse levemente la falda, y quedó un momento indecisa, como queriendo penetrar con los ojos la profundidad del río. Una onda lamió sus pies enterrados en la arena de la ribera. El barquero atracó hincando un remo :

— No tenga miedo de mojarse, mi señora. El agua del río no hace mal.

Eulalia, trémula y sonriente, le alargó una mano y saltó á bordo. Sentíase mojada, y aquello le traía el recuerdo de infantiles alegrías llenas de juegos y de risas. Suspirando por el tiempo pasado, sentóse á proa, enfrente del barquero :

— ¡Oh!... ¡Qué paisaje tan encantador!

En la tarde azul, llena de paz, volaban las golondrinas sobre el río, rozando un pico del ala, y los mimbrales de la orilla se espejaban en el fondo de los remansos, con vaguedad de ensueño. Eulalia miraba el remolino que hacía el agua en la proa de la barca, y sentía una larga delicia sensual al sumergir su mano. El río dormía cristalino y verdeante. El barquero bogaba con lentitud, y los remos, al romper el espejo del agua, parecía como si rompiesen un encanto. Era el barquero un aldeano viejo, con guedejas blancas y perfil monástico. El viento, entrándole por el pecho, hinchaba su camisa y dejaba ver un islote de canoso y

crespo vello. Sus ojos glaucos parecían dos gotas de agua caídas en la hundida cuenca.

Cuando la barca tocó la orilla, el viejo desarmó los remos, y metióse en el río hasta media pierna. Un zagal, que llevaba sus vacas por el fondo de un prado, quedóse mirando á la blanca dama que venía sentada á proa. Eulalia puso la enguantada mano en el hombro sudoroso del barquero, y saltó sobre la hierba lanzando un grito femenil. Al pronto quedó indecisa, buscando con los ojos el camino. Luego abrió la sombrilla y decidióse á seguir una vereda trillada por los zuecos de los pastores que, anochecido, bajaban á la ribera para abrevar sus ganados. Era húmeda y honda aquella vereda, perdida entre setos de laurel, con turbios charcos y pasaderas bailoteantes. Una cuadrilla de segadores pasó llenándola con los gritos de su lengua visigoda. Eulalia sintió espanto de aquellos hombres curtidos, sudorosos, polvorientos, que volvían en hordas de la tierra castellana, con la hoz al hombro. Se apartó para dejarles paso, y quedó inmóvil sobre la orilla del camino hasta que se perdieron á lo lejos. Entonces interrogó á un zagal que segaba hierba :

— ¿El molino de la Madre Cruces, sabes dónde queda?

El zagal levantó la cabeza y se quitó la montera :

— ¿El molino de la Madre Cruces?... Allá

abajo, conforme se va para San Amedio...

La dama sonrió levemente :

— ¿Y para San Amedio, es camino por aquí?

— Es camino, sí, senora.

Eulalia siguió adelante. Ya iba lejos, cuando el zagal salió al camino llamándola á voces :

— ¡Señora!... ¡Mi señora! ¿Quiere que le muestre el molino?

La dama se volvió :

— Bueno.

— ¿Y qué me dará?

De nuevo asomó una sonrisa en los labios tristes de Eulalia :

— Te daré lo que quieras.

El zagal cargó el haz de hierba y echó delante :

— Ha de saber mi señora que el molino de la Madre Cruces casi no muele. No lleva agua la presa

Eulalia suspiró, distraída en sus pensamientos .

— Hijo, yo tengo poco grano que moler.

El zagal la miró con sus ojos de aldeano, llenos de malicias :

— Eso se me alcanza. La señora va á visitar al caballero que vino poco hace. Un caballero enfermo que toma los aires en el molino de la Madre Cruces.

Eulalia quedó sonriente y pensativa. Después preguntó al zagal :

— ¿Tú le conoces?

— Conozco, sí señora. También le tengo mostrado las veredas.

— ¿Y qué hace en el molino?

— Pues toma los aires.

— ¿No anda alrededor de las rapazas?

— Por sabido que andará. ¡Andan todos los caballeros!...

Soltó el haz de hierba en medio del camino y trepó á un bardal :

— ¡ Allí tiene el molino ! ¡Mírele allí !

Eulalia, se detuvo llevándose ambas manos al corazón, que latía como un pájaro prisionero.

II

Es alegre y geórgica la paz de aquel molino aldeano, con sus muros cubiertos de húmeda hiedra, con su puerta siempre franca gozando la sombra regalada de un cerezo. Feliz y benigna la piedra gira moliendo el grano y el agua verdea en la presa, llena de vida inquieta y murmurante. Sentada ante la puerta, bajo la sombra amiga, hila una vieja que tiene todo el cabello blanco. Las palomas torcaces picotean en la era llena de sol. El perro dormita atado al cerezo. Hállase franca la cancela, y Eulalia entra llamando :

— ¡Madre Cruces!... ¡Madre Cruces!...

La vieja con la rueca en la cintura sale á encontrarla.

— ¡Mi reina!... ¡Todos los días esperándola!

— ¡Hasta hoy estuve prisionera!

— ¡Pobre paloma!

La dama se detiene recelosa, mirando al perro, que hace sonar la cadena y endereza las orejas :

— ¿Muerde, Madre Cruces?

Aquella vieja recuerda otros tiempos, y parece llena de feudatario respeto

— No tenga temor, mi reina... Le tenemos atado.

— Puede romper la cadena.

— No tenga temor. ¡Quieto, «Solimán»! El perro agacha las orejas y vuelve á echarse en el hoyo polvoriento donde antes dormitaba. Las moscas acuden de nuevo, y con las moscas anda mezclado un tábano rojo y zumbador. La vieja exclama :

— ¡Algo bueno anuncia!

— Yo creía que era mal agüero, Madre Cruces.

— Mal agüero si fuese negro... Ese mismo lo vide antes.

Eulalia sonríe con incrédula tristeza, sentada en uno de los poyos que flanquean la puerta :

— ¿Estás tú sola, Madre Cruces?

— Sola, mi reina... Ya llegará el galán que consuele ese corazón.

— ¿Dónde ha ido?

— Recorriendo esos campos, paloma.

— Cuéntame, Madre Cruces... ¿Está triste?

— Menos lo estaría si tanto no recordase á quien le quiere.

— ¿Tú comprendes que me recuerda?

— ¡Claramente! Por veces éntrame pena cuando le oigo suspirar.

— No suspirará más tristemente que suspiro yo.

Los ojos de Eulalia brillan arrasados de lá-

grimas. La molinera deja quieto el huso entre sus dedos arrugados, y con ademán de abuela consejera se inclina hacia la dama :

— Pues hace mal mi señora. Siempre vale mejor que pene uno solo. Por veces, viendo triste al buen caballero dígome entre mí : Suspira, enamorado galán, suspira, que todo lo merece aquella paloma blanca.

La vieja habíase levantado para entrar en el molino. Eulalia, al quedar sola vuelve los ojos con afán hacia aquel camino de verdes orillas, largo y desierto, que aparece dorado bajo el sol de la tarde. En el fondo de los hierbales pacen las vacas, y sobre los oteros triscan las ovejas. La lejanía son montes azules con el caserío sinuoso, cándido y humilde de los nacimientos. La barca de Gondar comienza su lento pasaje entre las dos riberas, y la gente de las aldeas desciende por medio de los maizales dando voces al barquero para que espere. El río, paternal y augusto como una divinidad antigua, se derrama en holganza, esmaltando el fondo de los prados. La Madre Cruces reaparece en la puerta del molino, con la falda llena de olorosas manzanas.

— ¿No quiere mi señora honrar esta pobreza?

Y colma el regazo de la dama que sonríe encantada :

— ¡Qué hermosas son !

— ¡Una regalía ! Todas del mismo árbol, mi reina.

La Madre Cruces vuelve á sentarse, y en silencio hila su copo, porque los ojos de Eulalia miran siempre á lo lejos. La dama suspira :

—¡Cuánto tarda! ¡Cómo no le dice el corazón que yo estoy aquí!...

— ¡El corazón es por veces tan traidor!

— ¡El mío es tan leal!...

— ¡Cuitado pajarillo!

— ¡Hoy anochece más temprano, Madre Cruces!

— No anochece... Son los árboles que aquí hacen oscuro, mi señora.

— Si tarda no le veré.

— Mía fe no tardará. Á esta hora ordeñamos la vaca y toma la leche conforme sale de la ubre.

La vieja había dejado la rueca para descolgar las madejas de lino puestas á secar en una rama de cerezo. ¡Aquellas madejas de antaño, olorosas, morenas, campesinas, que las abuelas devanaban en los viejos sarillos de nogal! Después la Madre Cruces volvió á sentarse en el poyo de la puerta. Entre sus manos crece un ovillo. Eulalia, distraída, lo mira dar vueltas bajo aquellos dedos arrugados y seniles. La rosa pálida de su boca tiembla con una sonrisa de melancolías :

— ¡Déjame, Madre Cruces!

La Madre Cruces le cede el ovillo complacida :

— Antaño algunas madejas me tiene enredado. Apenas si recordará.

— ¡Me acuerdo tanto! Venía con mi abuelo. ¿Era tu padrino, verdad, Madre Cruces?

— Sí, mi reina... Padrino como cumple, de bautizo y de boda... Un gran caballero. ¡De aquellos cual no quedan!...

— ¡Pobre abuelo!

— Mejor está que nosotros allá en el mundo de la verdad.

— ¡Si viviese no sería yo tan desgraciada!

— Nuestras tribulaciones son obra de Dios, y nadie en este mundo tiene poder para hacerlas cesar.

— Porque nosotros somos cobardes... Porque tememos la muerte.

— Yo, mi señora, no la temo. Tengo ya tantos años que la espero todos los días, porque mi corazón sabe que no puede tardar.

— Yo también la llamo, Madre Cruces.

— Mi señora, yo llamarla, jamás. Podría llegar cuando mi alma estuviese negra de pecados.

— Yo, la llamo, pero le tengo miedo... Si no la tuviese miedo la buscaría...

La Madre Cruces suspira:

— ¡No diga tal, mi reina! ¡No diga tal!...

Y quedan las dos silenciosas y tristes, con la vaga tristeza de la tarde. Anochece y las palomas torcaces vuelan en parejas buscando el nido, y en la orilla del río canta un ruiseñor.

El cerezo de la puerta deja caer un velo de sombra, y allá sobre el camino solitario, tiembla el rosado vapor de la puesta solar. Rostro al molino viene un pordiosero. Torna de recorrer las ventas, las rectorales y los pazos donde le dan limosnas cada disanto. Es viejo, zaino y sin piernas. Desde hace muchos años va en un caballo blanco por aquellas viejas feligresías de Cela, de Gondary, de Cardeña. Su rocín pace la hierba de las veredas. Ante la cancela del molino el pordiosero se detiene y salmodia la letanía de sus penas. La Madre Cruces se levanta y le pone en las alforjas algunas espigas de maíz. El viejo, inclinado sobre el cuello de su caballo, reza. Es un rezo humilde y lastimero por las buenas almas caritativas y por sus difuntos.

III

El galán asomaba en lo alto del camino, y Eulalia, con amoroso sobresalto, la voz ahogándose en lágrimas, gritó :

— ¡Jacobo ! ¡ Jacobo !

Y sintiendo cómo las fuerzas le fallecían de amor, tuvo que sentarse. La Madre Cruces salió á la cancela, dando voces regocijadas :

— ¡Señor !... ¡Llegue presuroso, señor !... ¡Mal sabe quien le espera !...

El galán aún venía lejos. Delante correteaban sus perros : un galgo y un perdiguero con lujosos collares. Jacobo Ponte, volvía de tirar á las codornices en los Agros del Priorato. Caminaba despacio, con las polainas blancas de polvo y el ancho sombrero de cazador derribado sobre las cejas para resguardarse del sol poniente. Los cañones de su escopeta brillaban. Eulalia, con los ojos arrasados, miraba hacia el camino, y temblaban sus lágrimas en una sonrisa. La Madre Cruces seguía clamando en el umbral de la cancela :

— ¡Supiera el enamorado galán la buena ventura que le aguarda !... ¡Tal supiera mía fe, que alas deseara !...

Jacobo Ponte, entró silbando á los perros que se quedaban en el camino y horadaban

los zarzales, de donde salían algunos pájaros asustados. Vió á Eulalia bajo la sombra del cerezo, y sonriendo se detuvo para entregar su escopeta á la Madre Cruces, porque era muy medrosa la dama y se asustaba de las armas. Entonces ella suspirando vino á su encuentro .

— ¡Llegas cuando tengo que irme!...

Y echándole los brazos al cuello descansó la cabeza sobre su hombro. Jacobo murmuró :

— ¡Temí que no vinieses ya nunca!

Eulalia levantó los ojos :

— ¿Has creído eso?

— Sí.

— ¡Tú no sabes cómo te quiero!

Caminaban enlazados como esos amantes de pastorela en los tapices antiguos. Los dos eran rubios, menudos y gentiles. Ante una escalera de piedra que tenía frondoso emparrado, se detuvieron. Jacobo oprimió dulcemente la mano de Eulalia :

— ¿Subimos?

Eulalia inclinó la cabeza :

— ¡Es tarde!... ¡Tengo que irme!

Jacobo suplicó en voz baja, con ardiente susurro :

— ¡Un momento! ¡Sólo un momento!

Se miraban en el fondo de los ojos, indecisos y sonrientes. Después, cogidos de la mano subieron en silencio la escalera, y entraron á una sala entarimada de nogal, con tres puer-

tas sobre la solana, y ruinosa balconada sobre el río. La luna esclarecía débilmente la estancia. En la sombra del techo, grandes racimos de uvas maduraban colgados de las oscuras vigas. Sobre la rústica tracería de las puertas, estaban claveteadas pieles de zorro. Allá en el fondo, bajo la tardecina claridad que caía de dos ventanas, guarnidas por sendos poyos de piedra, brillaba la madera lustrosa de una cama antigua. El aire traía gratos aromas aldeanos. Quiso Eulalia asomarse al balcón, y Jacobo la siguió :

— Espera... Puedes caerte...

Y se asomaron los dos dándose de nuevo la mano. Estaba derruída la balaustrada, y arriesgaron un paso tímido, para mirar el fondo de la presa donde temblaba amortiguado el lucero de la tarde. El agua salpicaba hasta el balcón. Quiso Eulalia acercarse más y Jacobo la retuvo :

— Entremos.

Eulalia se volvió un poco pálida :

— ¡Qué felices viviríamos los dos aquí!

Jacobo le cogió las manos :

— ¡Si tú quisieses!...

Y ella suspiró inclinando la frente :

— ¡Qué sería de mis pobres hijas!

Jacobo apartóse silencioso y sombrío. Después, allá en el fondo, sentado en el poyo de una ventana, murmuró con la cabeza oculta entre las manos :

— ¡Siempre tus hijas!... ¡Las aborrezco!

Los ojos de Eulalia le buscaron en la mortecina claridad, llenos de amor y resignados :

— ¿A mí también me aborreces?

Y se acercaba lenta y lánguida, con andar de sombra : Jacobo alzó la cabeza y sonrió levemente :

— También.

— ¿Como á mis hijas?

— Igual.

Eulalia le forzó á que la mirase, posándole las manos en los hombros :

— ¡Qué ogro tan salado eres!... Déjame que te vea. ¡Hace tan obscuro aquí dentro!

Y abrió la ventana, de donde volaron dos golondrinas. Jacobo se incorporó. Tenía un aire de grave cansancio, casi de abatimiento. Sobre su frente pálida temblaban algunos rizos húmedos de sudor. La sonrisa de su boca era triste y pensativa. Sus ojos de niño, azules y calenturientos, se fijaban en Eulalia :

— ¿Cuándo vas á volver?

Ella le miró intensamente :

— No sé. Ahora estoy más presa que nunca. Mi marido lo sabe todo.

— ¡Tu marido!... ¿Quién ha podido decírselo?

— Yo misma, Jacobo. ¡Yo misma!

— ¿Y por qué? ¿Estabas loca? ¿Tu marido qué ha hecho?

— ¡Llorar!... Es un hombre sin valor para

nada. Jamás le hubiera confesado la verdad si creyese que podía haberte buscado.

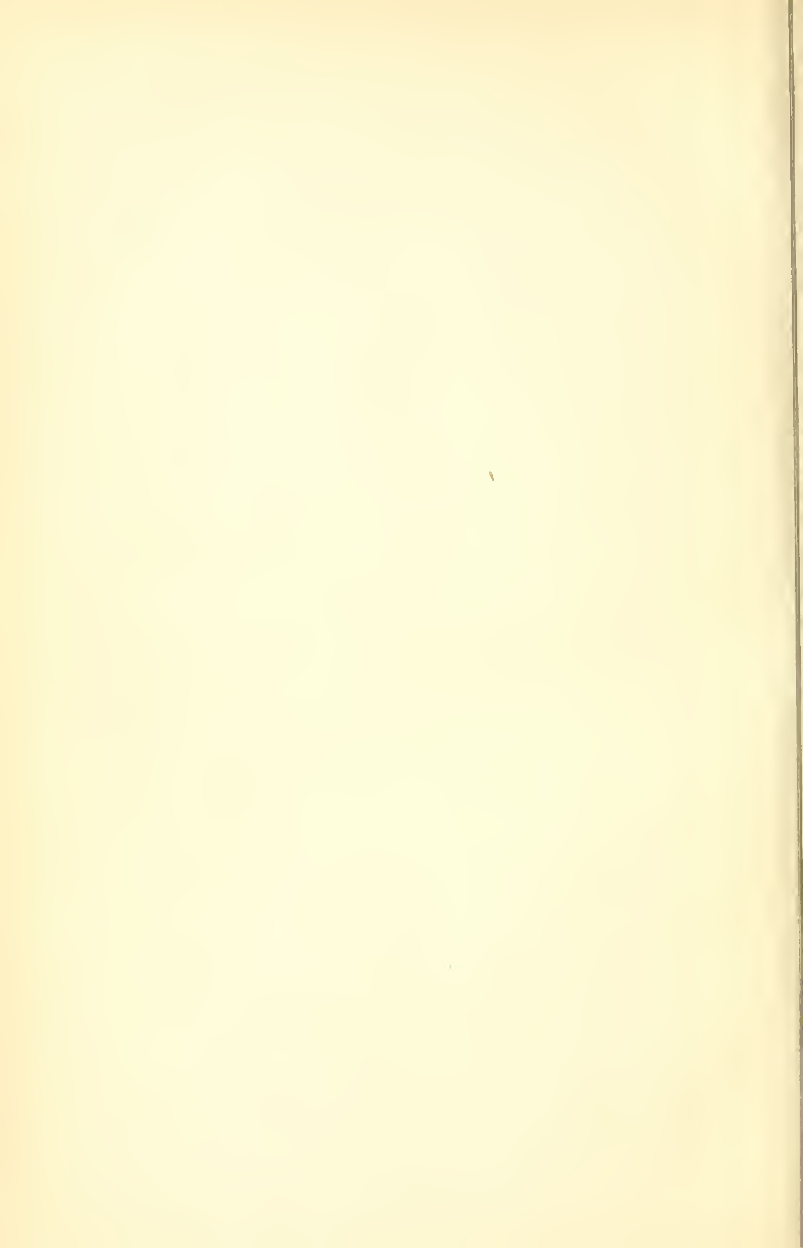
Los labios de Jacobo perdieron el color, quedaron de una altanera lividez. Aquellos ojos infantiles cobraban de pronto el frío azul de dos turquesas. Bajo el rubio entrecejo asestaban la mirada duros y crueles como los ojos de un rey joven :

— ¿Cuándo me has visto temblar, Eulalia?

Y su voz velada, tenía nobles acentos de cólera y de tristeza. Eulalia se apresuró á besarle, desagraviándole :

— ¡Nunca!... ¡Nunca!... Pero podía haberte matado por la espalda.

Jacobo sonrió bajo los besos de Eulalia, dejándose acariciar como un niño dócil y silencioso. Permanecieron en la ventana con las manos unidas y las almas presas en la melancolía crepuscular. Gorjeaban los pájaros ocultos en las copas oscuras de los árboles. Se oyó lejano el mugir de un buey, y luego el paso de un rebaño y la flauta de un zagal. Después todo se hundía en ese silencio campesino, lleno de paz, con fogatas de pastores y olor de establos. En medio del silencio, resonaba la rueda del molino, que como un acompañamiento recordaba las voces caducas y temblonas de las abuelas sabedoras, que refieren consejas y decires, dando vueltas al huso, sentadas bajo el candil que alumbra la velada, mientras cae el grano y muele la piedra.



IV

Hablaban con las manos juntas, apoyados en el borde de la ventana bajo el claro de la luna. Se contaban su vida durante aquellos días que estuvieron sin verse. Era un susurro ardiente, entrecortado de suspiros. Tenía la melancolía del amor y la melancolía de la noche. A veces quedaban en silencio y oían las voces de los pastores que cruzaban el camino. Eulalia dijo :

— ¡Qué tarde debe ser!... ¿Dejas que me vaya, Jacobo?

Jacobo inclinó la cabeza besándole las manos :

— ¿Y cuándo volveremos á vernos ?

— ¡Quién sabe, amor mío!... Cuando pueda escaparme otra vez.

— ¿Allá saben que has venido?

— Lo sospecharán.

— ¿No temes nada?

— Nad·

— ¿Qué hará tu marido cuando vuelvas?

— Me tendrá más presa.

Aquella venganza indecisa y lejana trans-

figuraba su amor, dándole un encanto doloroso y poético. Se apartaron de la ventana con una sonrisa triste los dos. Andaban sin soltarse las manos, y sus sombras se desvanecían lentamente en la oscuridad de la estancia. Jacobo dijo :

— Eulalia, no vuelvas allá.

— ¿Por qué?

— Porque te pierdo para siempre... Me lo dice el corazón.

— ¡Eso jamás !... Tendría que morirme.

— Quédate, Eulalia...

— ¡No puedo, Jacobo !... ¡No puedo !

— Robaré á tus hijas... Las tendrás tú...

— ¡No puedo, Jacobo ! ¡No puedo !

— ¡Eulalia, y que hayas sido tú misma nuestra delatora !

Eulalia suspiró :

— ¡Estaba loca !... No podía seguir tejiendo mi vida con hilos de mentiras. Se lo dije todo... ¿Recuerdas la última tarde que nos vimos? Aquella tarde fué. Yo esperaba que al saberlo no querría verme más. Creí que nuestra casa se desharía para siempre. Muchas noches, desvelada, ya tenía cavilado en ello... ¡Cuántas veces me había consolado esa esperanza, al mismo tiempo que me hacía llorar por mi pobre casa deshecha !...Yo viviría retirada con mis hijas. Te vería á ti sin recelos, sin temores. ¡Pobre amor mío ! Si tuve valor para decírselo, fué por eso. ¡Ja-

cobo, cómo nos equivocamos al pensar lo que pasa en los corazones! Aquel hombre tan frío, que aparentaba desdeñarme como á una niña sin juicio, me quiere hasta la locura, Jacobo. ¡Me quiere más que á sus hijas, más que á su madre, más que á todo en el mundo!

En el misterio de la sombra, la voz de Eulalia empañada en lágrimas, temblaba. Al fin los sollozos cubrieron sus querellas. Pasó en el claro de la luna como un fantasma, y tornóse lenta á la ventana y quedó allí silenciosa y suspirante, apoyada en el alféizar. Jacobo la siguió. Volvieron á mirarse en silencio. La brisa pasaba murmuradora. El perro atado á la puerta del pajar, ladraba á las estrellas que palidecían en el cielo. Jacobo dijo temblándole la voz:

— Eulalia, es la última vez que nos vemos.

— No digas eso... Yo vendré siempre... Te juro que volveré... ¿No se escapan los presos de las cárceles?...

En los labios de Jacobo había una sonrisa doliente:

— ¿Y sabes acaso si cuando vuelvas me hallarás?

Eulalia le asió las manos:

— Te hallaré, sí... ¿Por qué dices que no te hallaré?

Y quedó mirándole dolorida, con tímido afán:

— Porque este amor nuestro, es imposible ya.

Ella murmuró temblando :

— ¿Y qué quieres?

— Quiero que termine por bien tuyo y por bien de tu marido.

— ¡Eres cruel!... ¡Eres cruel!...

Y sollozaba con angustia, los ojos puestos en Jacobo, que permanecía mudo y esquivo. De pronto Eulalia serenóse, enjugó sus lágrimas con fiereza y volvió á cogerle las manos hablándole desesperada y ronca :

— Jacobo, tú quieres que yo viva á tu lado. Tú no sabes que seríamos muy desgraciados... No debes sacrificarme lo mejor de tu vida. Eres un niño y tendrías demasiados años para arrepentirte... Yo tampoco merezco ese sacrificio.

Jacobo la miró con amargura :

— ¡No quieras mostrarte generosa!

Ella repitió con duelo :

— ¡No, no merezco ese sacrificio!...

Estaba pálida, temblaban sus manos y sollozaba con los ojos secos :

— Voy á causarte una gran pena. Yo ambicioné que tú me quisieses como á esas novias de los quince años... ¡Pobre loca!... Y te oculté mi vida y todo te lo negué cuando me has preguntado, y ahora, ahora... Tú me adivinas.. ¡Jacobo, tú me adivinas y no me dices que me perdonas!...

Jacobo murmuró sordamente, temblándole la voz como si temiese adivinar :

— ¿Has querido á otros?...

Eulalia inclinó la cabeza. Jacobo la sacudió rudamente por los hombros :

— ¿Quiénes fueron tus amantes?

— Se ha muerto ya.

— ¿Uno nada más?

— Nada más.

— ¡Y conmigo dos!...

Se apartó violentamente, rechazando los brazos que Eulalia le tendía, llamándole con desesperado afán :

— ¡Óyeme!... ¡Óyeme!... ¡Mi amor querido, óyeme!

Jacobo desde el fondo de la estancia gritó con fiereza :

— ¡Calla!

Los ojos de Eulalia le buscaron en la obscuridad, con anhelo amoroso y cobarde :

— ¡Jacobo!

Y los sollozos velaban su voz. Jacobo volvió á gritar :

— ¡Calla!

Ella se acercó lentamente :

— Jacobo, ahora soy tu esclava... Ahora haré cuanto tú quieras... Háblame, mírame. ¡Jacobo! ¡Jacobo¡

— ¡Déjame!... Vete para siempre... Vete.

Eulalia quedó mirándole en éxtasis doloroso :

— ¡Niño!... ¡Niño adorado!...

Y lloraba de ternura comprendiendo que

Jacobo la había querido como á una colegiala de quince años. Ante aquella desesperación candorosa y juvenil, sentía ennoblecidos sus amores, y el dolor de Jacobo le daba estremecimientos, como una nueva caricia apasionada y casta. Jacobo la miró con rencor y con duelo :

— ¡Te parezco un niño! Tienes razón, como un niño creí todas tus mentiras.

— Jacobo, no merezco ser tratada así. Entonces no te conocía.

Jacobo, seguía contemplándola fijamente:

— ¿Hace muchos años?

— Sí.

— ¿Tu marido lo supo?

— Sí.

— ¿Y qué hizo?

Eulalia calló. Jacobo acercóse á ella, y sacudiéndola rudamente repitió :

— ¿Qué hizo?

Eulalia levantó la cabeza :

— ¿Para qué quieres saberlo?

— Dilo.

— Mi marido no lo supo. Jacobo... Te dije antes que sí, pero no es verdad.

Jacobo se apartó fieramente, con los brazos en alto :

— ¡Todavía ese hombre es más feliz que yo!

Eulalia quiso retenerle :

— ¡Jocobo, ¿quieres que se lo diga?... Se lo diré.

Jacobo la miró con sombrío abatimiento :

— ¡Eres despreciable, Eulalia !

Ella sollozó :

— Mátame si quieres, pero no me insultes así.

Y se arrodilló abrazándose á las rodillas de Jacobo :

— ¡Mátame si quieres !

Jacobo sonreía con esa sonrisa triste y agónica de los desesperados :

— No intentes conmoverme...

Y pálido, trémulo, abatido, se pasó la mano por los ojos, ya falto de voluntad y de cólera :

— No sé matar, Eulalia, ya lo sabes. Yo sólo te digo adiós. Siento que á tu lado ya nunca podría ser feliz... Tengo todas tus cartas, voy á dártelas.

Eulalia, sentada en el suelo, sollozaba. Jacobo, desde el fondo sombrío de la estancia, le arrojó las cartas, y sin pronunciar una sola palabra, salió. Ella alzóse, llamándole :

— ¡Jacobo !... ¡Jacobo !...

Desolada, retorciéndose las manos, corrió de la puerta al balcón. Le vió alejarse seguido de los perros que saltaban, acosándole con retozos. Atravesaba por medio de un linar ondulante, y las sombras negras de aquellos perros inquietos y ladradores, al claro de la luna, parecían llenas de maleficio.



V

El rumor de unas pisadas sobre el empedrado de la solana sobresaltó á Eulalia. Poco después, la Madre Cruces aparecía en la puerta alumbrándose con un farol :

— Mi reina, que más tarde no tendrá barca.

Eulalia suspiró enjugándose los ojos

— ¿Dónde ha ido Jacobo?

— ¡Y quién lo sabe!

— ¡Qué desgraciada soy, Madre Cruces!

La vieja intentó consolarla :

— Mi señora verá cómo las penas del querer luego se tornan alegrías. Entre enamorados todo es ansí. De las querellas salen las fiestas.

La vieja continuaba en la puerta, y Eulalia se levantó. Salieron en silencio. La Madre Cruces iba delante alumbrando. Era ya noche cerrada, y bajo el follaje de los árboles hacía completamente oscuro. Eulalia murmuró :

— ¿Qué decías de la barca, Madre Cruces?

— Que presto se irá.

— ¿Aún la alcanzaremos?

— Tal presumo, mi reina. Yo llevéle al barquero aviso de esperar. No tenga zozobra.

Cruzaron presurosas el huerto susurrante y

húmedo del rocío. La Madre Cruces dejó el farol sobre la hierba para abrir la cancela. Eulalia, con los ojos llorosos, contemplaba las ventanas. Les mandaba un adiós. Después salieron al camino :

— ¿Cuándo volverá mi señora?

— ¡Ya nunca!

Y Eulalia se llevó el pañuelo á los ojos. La angustia entrecortaba su voz, y al mismo tiempo que combatía por serenarla, pasaban por su alma, como ráfagas de huracán, locos impulsos de llorar, de mesarse los cabellos, de gritar, de correr á través del campo, de buscar un precipicio donde morir. Sentía en las sienes un latido doloroso y febril que le hacía entornar los párpados. Caminaba sin conciencia, viendo apenas cómo el camino blanqueaba al claro de la luna, ondulando entre los maizales que se inclinaban al paso del viento con un largo susurro :

— ¡Dios, mío no le veré más!... ¡No le veré más!...

Y el camino se lo figuraba insuperable á sus fuerzas, y su casa y sus hijas se le aparecían en una lontananza triste y fría. Toda su vida sería ya como un largo día sin sol. Caminaba encorvada al lado de la Madre Cruces :

— ¡No le veré más! ¡Todo acabó para siempre!... ¡No ha querido ni conservar mis cartas, mis pobres cartas que yo escribí con tanto amor!...

Al cruzar los Agros del Priorato, las dos mujeres se detuvieron asustadas. Rompiendo por entre los maizales venían hacia ellas unos perros negros :

— ¿Estarán rabiosos, Madre Cruces?

— No parece, mi señora.

Los perros llegaban con alegre zalagarda, y la Madre Cruces creyó reconocerlos. Los llamó, todavía insegura, con leve susto en la voz :

— ¡Morito! ¡Solimán.

Los perros acudieron dando corcobos y ladridos. La vieja acariciói les :

— ¿Dónde queda el buen amo, Morito?

Eulalia sollozó :

— Ellos son, mi reina.

— ¿Y dónde está él?

— Pues no estará lejos.

Eulalia volvióse, y como perdida en la noche miró en torno, gritando con voz desfallecida, que repitió el eco en un castañar :

— ¡Jacobo!... ¡Jacobo!...

Los perros la rodeaban retozones, queriendo lamerle las manos, que ella retiraba asustada :

— ¡Jacobo!... ¡Jacobo!..

Saltando las cercas un hombre cruzó á lo lejos el camino y metióse entre los maizales. Eulalia gimió :

— ¡Es él!

Desesperada quiso detener á los perros, que

avizorados tomaban vientos. Lloraba intentando sujetarlos por los collares, y los perros lanzaban alegres ladridos. Oyóse lejos un silbido y se partieron corriendo, dejándola en abandono. Ronca y angustiada volvió á gritar :

— ¡Jacobo!... ¡Jacobo!...

Y volvió á responderle el eco desde el temeroso castañar. Desfallecida se detuvo, asiéndose á la Madre Cruces, porque apenas podía tenerse. Estaba tan pálida que la vieja creyó verla morir. La llamó asustada :

— ¡Mi reina!... ¡Mi paloma!...

Y dejó el farol en medio del camino para poder llevarla hasta un ribazo, donde la hizo sentar. Eulalia abrió los ojos, dando un largo suspiro, y reclinó la frente sobre el hombro de la vieja :

— Madre Cruces, tú le hablarás siempre de mí.

— Por sabido, mi reina.

— Aun cuando no quiera oirte.

— Sí, paloma.

Por el camino pasaban dos arrieros a caballo. La Madre Cruces acudió á recoger su farol y tornóse á donde estaba Eulalia, que al verla llegar se alzó lánguidamente. Continuaron andando. La noche era calma y serena. Perdida en el silencio oíase la esquila de una cabra descarriada que buscaba su redil. Las luciérnagas brillaban inmóviles entre los

zarzales del camino. Al bajar la cuesta de San Amedio comenzaba el lento marullar de las aguas del río. Un ruiseñor cantaba en los mimbrales de la orilla, y las ranas cantaban en el fango de las junqueras, al borde de las charcas. El río brillaba bajo el cielo estrellado. La Madre Cruces llamó :

— ¡Barquero !... ¡Barquero !...

El viejo saltó á la ribera :

— ¿Qué hay? Es la señora. Si llego á presumir que sería tan luenga la tardanza, tiendo una red... ¡Mi alma si llego á presumirlo !

La Madre Cruces murmuró :

— ¿Acaso son horas de pesca?

— Con la luna que hay, las mejores.

Eulalia tenía el pañuelo sobre los ojos. Muda y pálida adelantóse hacia la barca. Dejóse abrazar por la Madre Cruces y sin una palabra, sin un gemido, en medio de un silencio mortal, embarcó. La Madre Cruces permaneció en la ribera. El barquero empuñó los remos y bogó. La barca se alejaba y la Madre Cruces tornóse al molino con la zozobra de mirar si estaban recogidas las gallinas, porque hacía noches que el raposo andaba al acecho. Caminando á lo largo de la orilla, gritó :

— ¡Adios, mi reina !

Sentada en la proa de la barca, Eulalia lloraba en silencio, y esparcidas en su regazo contemplaba las cartas que Jacobo le había devuelto. La luz de la luna caía sobre sus

manos cruzadas, inmóviles y blancas como las de una muerta, y más lejos temblaba sobre las aguas del río. Eulalia, besó con amor todas sus cartas, y sollozando las arrojó en la corriente. En la estela de la barca quedaron flotando como una bandada de místicas aves blancas. Eulalia entonces se inclinó y sus lágrimas cayeron en el río. El viejo barquero, doblándose sobre los remos, le gritó

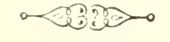
— ¡Cuidado, mi señora!

Y al erguirse de la boyada oyó un sollozo, y vió apenas una sombra indecisa y blanca que caía en el río. Presuroso acudió á una y otra borda, sondando con los ojos en el agua. Arrastrado, por la corriente, en medio de la indecisa bandada de sus cartas, iba el cuerpo de Eulalia. La luna marcaba un camino de luz sobre las aguas, y la cabellera de Eulalia, deshecha ya, apareció dos veces flotando. En el silencio oíase cada vez más distante la voz de un mozo aldeano que cruzaba por la orilla, cantando en la noche para arredrar el miedo, y el camino por donde se alejaba aparecía blanco entre una siembra oscura. Y era el del mozo este alegre cantar :

¡Ei ven o tempo de mazar o liño!
¡Ei ven o tempo do liño mazar!
¡Ei ven o tempo rapazas do Miño
Ei ven o tempo de se espreguizar!

FIN

ÍNDICE



Paris, Imprimerie Densé, 9, rue Edouard-Jacques.





